



Centro de Estudios Internacionales

Interés y estabilidad.

Los intereses y la política exterior de Estados Unidos hacia el Este de
Asia

TESIS

que para optar por el título de

Licenciado en Relaciones Internacionales

presenta

Hamid Alberto Abud Russell

Directora de Tesis: Dra. Marisela Connelly

Ciudad de México, febrero de 2018

DEDICATORIA

Para mis hermanos, Said y Yussef, a quienes debo todo, por inspirarme a ser siempre mejor.

Para mis padres, Linda y José, por su apoyo incondicional.

For her.

AGRADECIMIENTOS

A la doctora Marisela Connelly, directora de esta tesis, a quien agradezco su paciencia y respaldo incondicional a lo largo de todo el proceso.

A mis profesores de la licenciatura en Relaciones Internacionales, quienes espero vean reflejadas sus enseñanzas en esta tesis.

El Colegio de México, institución con la que estaré eternamente en deuda.

A mis amigos de Campeche, a quienes debo incontables alegrías.

Mis amigos de la Ciudad de México, quienes hicieron de esta metrópolis un hogar.

A mis compañeros del Colegio de México, con quienes compartí experiencias que me acompañarán a lo largo de la vida.

A mis amigos de la Licenciatura en Relaciones Internacionales del Colegio de México, por su apoyo y consejo, sin los cuales no sería quien soy.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	p. 9
I - Apertura y consolidación de mercados en el Este de Asia	p. 21
Antecedentes	p. 21
La reconstrucción japonesa	p. 33
La división de la península coreana	p. 36
El éxito de Taiwán	p. 42
Vietnam	p. 45
Conclusión	p. 54
II - Ni aliados ni adversarios, sólo intereses	p. 61
China	p. 67
Taiwán	p. 78
Reflexión: la relación de Estados Unidos con China y Taiwán	p. 81
Japón	p. 85
Reflexión: la relación de Estados Unidos con Japón	p. 93
Conclusión	p. 97
III - Aislacionismo	p. 105
Hacia el aislacionismo	p. 110

El gobierno de Herbert Hoover	p. 120
Reflexión: los gobiernos republicanos	p. 125
El nuevo milenio	p. 131
El gobierno de George W. Bush	p. 135
El gobierno de Barack Obama	p. 142
Reflexión: los gobiernos de Bush y Obama	p. 153
Conclusión	p. 158
CONCLUSIÓN	p. 165
Recuento histórico	p. 166
Intereses estratégicos	p. 171
Intereses económicos	p. 174
La ausencia	p. 175
BIBLIOGRAFÍA	p. 180

“The chief business of the American people is business. They are profoundly concerned with producing, buying, selling, investing and prospering in the world. I am strongly of the opinion that the great majority of the people will always find these the moving impulses of our life.”

– Calvin Coolidge

INTRODUCCIÓN

La victoria en la Segunda Guerra Mundial y el triunfo en la Guerra Fría llegaron acompañados de un papel protagónico de Estados Unidos en el Pacífico. Estos dos momentos históricos apuntalaron su posición en el Este de Asia y consolidaron la hegemonía de la superpotencia, quien, desde el siglo XVIII, había interactuado con la región –aunque en condiciones más modestas. Los primeros acercamientos entre la joven nación y el Lejano Oriente se dieron desde el nacimiento de las Trece Colonias como entidades soberanas, las cuales vieron en el Este de Asia una oportunidad de comercio. Con el tiempo, el crecimiento estadounidense y su expansión hacia el Oeste abrieron las rutas de intercambio, las cuales insertarían firmemente a Washington como un actor regional.

En un principio, lo único que motivó a los primeros navegantes que zarpaban con la tarea de cruzar el océano fue la promesa del comercio que los esperaba del otro lado del Pacífico. Ese ímpetu que llevó a tantos a intercambiar maderas, pieles y aceites, por porcelana, seda y especias, es el mismo que yace al centro de los intereses estadounidenses hoy en día; después de doscientos años, esos intereses estadounidenses siguen presentes.

Es claro que las estrategias para garantizar sus intereses económicos cambiaron a medida que sus capacidades materiales aumentaron, pues el crecimiento del volumen comercial llegó acompañado de un aumento en los intereses estratégicos que garantizaran las condiciones necesarias de estabilidad. Como bien resume Paul Kennedy, “la riqueza [...] es necesaria para apuntalar el poderío militar, y el poder militar es necesario para adquirir y proteger la riqueza”.¹

¹ “[W]ealth is [...] needed to underpin military power, and military power is usually needed to acquire and protect wealth”. Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Nueva York, Random House, 1987, p. 10.

Como puede uno advertir, el argumento central de la tesis es el papel que desempeñan los intereses de Estados Unidos en su política exterior, hacia el Este de Asia. El trabajo se sustenta en la teoría propuesta por el geógrafo David Harvey, inmersa en las corrientes subalternas. Abona al debate sobre la política exterior basada en intereses económicos, producto de la acumulación de capital y las presiones que lo llevan a buscar una salida. Dicho capital requiere de certeza, pues la movilidad genera condiciones adversas que hacen riesgosa su inversión. Estados Unidos mitiga la incertidumbre al proveer la estabilidad que garantiza al capital condiciones favorables para su crecimiento. Como argumenta Harvey “[la] acumulación de capital mediante un intercambio de mercado que fija precios prolifera bajo ciertas estructuras institucionales de ley, propiedad privada, contrato, y seguridad de la divisa”.² El mismo autor pone el ejemplo de Estados Unidos tras su victoria en el Pacífico, y cómo generó condiciones de estabilidad para sus aliados regionales.³

En el trabajo evité recurrir en demasía a la noción de hegemonía, con el fin de concentrar la atención del lector en la importancia de los intereses estratégico y económicos a la hora de formular la política exterior. No obstante, que Estados Unidos ejerció un poder hegemónico en la región, y que se valió del mismo a la hora de implementar su política exterior, es indiscutible. Con eso en mente, refiero al texto de Giovanni Arrighi y Beverly Silver, pues sintetizan las ideas de Gramsci y resumen a la perfección el concepto de Hegemonía: “[la] supremacía de [un Estado] se manifiesta de dos maneras: como ‘dominación’ y como ‘liderazgo moral e intelectual’”.⁴ Bajo lo planteado por los autores, a partir de la lectura de Gramsci, podemos concluir que la dominación estadounidense no se limitó a suprimir a los rivales. Washington repartió beneficios, como la

² David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, Oxford University Press, 2003, p. 89.

³ *Ibid.*, pp. 37-40.

⁴ Giovanni Arrighi y Beverly J. Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999, p. 26. La cita puntual viene del texto de Arrighi y Silver, pero cabe destacar que es el texto de Harvey el que introduce la palabra ‘Estado’ para reemplazar la noción de ‘grupo social’. Harvey, *op. cit.*, p. 36.

apertura de sus mercados y la inversión de capital, a manera de “distribuir bienes” que consolidaran su posición en el Este de Asia.⁵

Al igual que el tema, la problemática que guía la investigación se centra en la relación entre los intereses y el vínculo de estos con la formulación de política exterior: ¿en qué medida es la política exterior de Estados Unidos en el Este de Asia producto de sus intereses estratégicos y económicos? Para acotar aún más: ¿qué política exterior sigue Estados Unidos en el Este de Asia en su intento por garantizar sus intereses regionales? Estas dos preguntas generan, a su vez, dos más: la primera refiere a la necesidad de definir de manera precisa a qué me refiero cuando hablo de intereses, y la segunda, quién está detrás de dicha política.

Primero responderé a la segunda interrogante, es decir, quién está detrás del diseño de la política exterior estadounidense. La respuesta de Harvey muestra que la política estadounidense contrapone a dos fuerzas, las cuales dan lugar a un “imperialismo capitalista”, que pone cara a cara “las políticas de Estado e Imperio” y los “procesos de acumulación de capital en el tiempo y el espacio”. Aunque argumenta que “el [político] busca ventajas colectivas”, el autor reconoce que dicho individuo responde “a un grupo de élite”, pues el gobierno estadounidense “[...] refleja intereses de clase corporativa e industrial y fue, desde su independencia, burgués”.⁶

Regreso a la primera interrogante, aquella que refiere a los intereses, pues es central para la obra. Sin una descripción clara, el texto que acompaña esta introducción no sería más que un recuento histórico de Estados Unidos en el Este de Asia. Es necesarios puntualizar los dos tipos de intereses que identifiqué, y cómo defino cada uno, si hemos de entender su papel en la política exterior. Al igual que Harvey, argumento que la lógica de acumulación de capital ha formado parte

⁵ Harvey, *op. cit.*, pp. 36-40.

⁶ *Ibid.*, pp. 26-27; 46-47. A lo largo de la obra, Harvey argumenta que Estados Unidos está sujeto a los intereses de una élite. Alude a sectores como el armamentista, el energético y diversos sectores financieros, los cuales desempeñan un papel preponderante en la formulación de políticas en Washington.

de Estados Unidos desde su origen.⁷ Por lo tanto, es importante comenzar por el primero de los dos intereses que identifiqué, a saber, el económico. Este se entiende como el impulso estadounidense por “convertir en bien y privatizar la tierra [...]; convertir diversas formas de derechos de propiedad (común, colectiva, estatal, etc.) en derechos de propiedad privada; [...] convertir en bien el poder de trabajo [...]; monetizar el intercambio y los impuestos [...]; la deuda nacional, y por último el sistema de crédito [...]”;⁸ son todos estos ejemplos del interés económico. En resumidas cuentas, facilitar la creación de espacios de absorción para el capital sobre acumulado, lo cual favorezca su ciclo de circulación.⁹

Como destaca Harvey, “[la] acumulación de control de territorio como fin en sí mismo tiene claras consecuencias económicas”, y es la expansión hacia nuevos territorios una de las maneras mediante las cuales el Estado evita una sobre acumulación de capital tal que lleve a una devaluación de su valor.¹⁰ El interés estratégico es un “[...] proyecto político de parte de actores cuyo poder se basa en el control de un territorio y la capacidad de movilizar sus recursos humanos y naturales, con fines políticos, económicos y militares”.¹¹ Dicho proyecto se entretiene con los intereses económicos, al grado en que uno podría perder la capacidad de discernir entre uno y otro.¹² El interés estratégico se caracteriza por una lógica de territorialidad, y su necesidad de crecimiento a base de expansión tiende a allanar el camino para el movimiento de capital. En resumidas cuentas, es verdad –como sugiere Harvey– que las lógicas de capital y Estado son distintas (e inclusive antagónicas) pero en el caso de Estados Unidos, la expansión territorial ha

⁷ *Ibid.*, pp. 145-161.

⁸ *Ibid.*, p. 145.

⁹ Para poder entender de mejor manera el proceso de circulación de capital véase, *Ibid.*, pp. 108-112. La figura de la página 110 ofrece una manera didáctica de comprender el proceso que expone Harvey.

¹⁰ *Ibid.*, p. 33; 88.

¹¹ David Harvey lo denomina política de Estado e imperio. En este texto será esta la definición de interés estratégico. *Ibid.*, p. 26.

¹² *Ibid.*, p. 30.

facilitado al capital encontrar mercados a los que no tenía acceso. La encomienda del interés estratégico de Washington ha consistido en facilitar los ciclos de circulación de capital, en aras de evitar sobre acumulación que genere crisis al interior.¹³

Las ideas propuestas por Harvey no son pronunciamientos aislados. Ya, desde 1951, Hannah Arendt argumentaba que “[...] la burguesía entendió que sólo mediante una mentalidad de ‘la expansión lo es todo’, y sólo con el correspondiente proceso de acumulación con poder, podría ponerse en marcha [...] el motor”.¹⁴ Pues, argumenta la autora, la expansión imperialista es consecuencia de “[...] la sobreproducción de capital y la creación de dinero ‘superfluo’, resultado del exceso de ahorro, el cual no podía encontrar inversiones productivas dentro de las fronteras nacionales”.¹⁵ El texto de Arendt muestra que la noción del imperialismo, producto de la necesidad de los Estados de buscar una salida para el capital sobre acumulado, no es privativo de David Harvey. Asimismo, la importancia de recursos y la capacidad de acceder a ellos lo podemos encontrar en las ideas de Leffler, quien argumenta que “[la] gran lección militar de la década de 1930 y 1940 fue que no debía volverse a permitir que potenciales adversarios controlaran los recursos de Europa y Asia [...]”.¹⁶ Es claro que la noción de una política exterior centrada en garantizar sus intereses económicos no es una idea que se limite a los textos de Harvey.

Lo mismo podemos observar en lo que refiere a los intereses estratégicos. Rashid Khalidi, quien detalla la historia de la Guerra Fría en el Medio Oriente, argumenta que “[La] ideología no era tan importante [...] y, quizá, [...] [los] conflictos de interés en cuestiones estratégicas y de

¹³ *Ibid.*, p. 88-112.

¹⁴ Hannah Arendt, *Imperialism*, Nueva York, 4ª reimpression, Harcourt, Brace & World, 1968, p. 24.

¹⁵ *Ibid.*, p. 15.

¹⁶ Melvyn P. Leffler, “The Emergence of and American Grand Strategy, 1945-1952”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 68.

recursos [...] merecen más atención”.¹⁷ Estados Unidos destinó recursos a frenar el avance de Moscú con la expresa encomienda de mantener la región dentro de su esfera de influencia, por la importancia estratégica que representaba.¹⁸ Al igual que con el aspecto económicos, lo que podemos ver es que las ideas de Khalidi son similares a aquellas propuestas por Harvey. La noción de una política exterior vinculada a intereses, sean estos estratégicos o económicos, se sustenta en los trabajos de grandes teóricos.

Con base en lo antes mencionado, la hipótesis de que parto es que Estados Unidos formuló su política exterior con miras a garantizar sus intereses estratégicos y económicos, lo cual llegó mediante la expansión estadounidense de territorio y capital en el Este de Asia. Cuando antepuso una agenda distinta a aquella de procurar sus intereses regionales, disminuyó su presencia y capacidad de maniobra. Opté por un análisis histórico, el cual comprende del siglo XIX (haciendo énfasis en los episodios más relevantes) al 2016 (por la dinámica regional que se observa a principios del siglo XXI y la necesidad estadounidense de intervenir, para asegurar su posición). El estudio se centra exclusivamente en el Este de Asia, pues es uno de los espacios geopolíticos más dinámicos en el cual Estados Unidos ha desempeñado un papel protagónico. El análisis da gran importancia a la relación política entre Washington y los Estados de la región, pero siempre desde la perspectiva estadounidense. De manera más concreta, se analizará con detenimiento los intereses estadounidenses y cómo estos forman parte de la interacción de Washington con los diversos países de la región.

¹⁷ Rashid Khalidi, *Sowing Crisis. The Cold War and American Dominance in the Middle East*, Boston, Beacon Press, 2009, p. 5.

¹⁸ A lo largo de su obra, Rashid Khalidi estudia la importancia que el Medio Oriente tenía para Estados Unidos, tanto por el aspecto geográfico, cuanto por los recursos que ahí se encuentran. Véase, *ibid.*, p. 7 *et passim*.

El objetivo principal de la obra es estudiar el papel de los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos en su política exterior hacia el Este de Asia.¹⁹ Dentro de este objetivo destaco tres más. El primero estudia la política estadounidense de contención del comunismo en los primeros años de la Guerra Fría, para determinar en qué medida esta política responde a intereses estratégicos y económicos, o si puede adjudicarse a una u otra en particular. Para esto, se analiza de manera concreta las acciones que tomó Estados Unidos al garantizar la supervivencia de regímenes favorables a sus intereses.

El segundo objetivo analiza la reorientación de la política exterior a raíz de cambios en la región, empezando con el détente entre las súper potencias y el acercamiento entre Washington y Beijing. Dicho contacto evidenció la transición de una agenda política a una económica. El segundo cambio, la caída de la Unión Soviética, alteró el panorama geopolítico, pero mostró la continuidad de los intereses de Estados Unidos.

Por último, el tercer capítulo estudiará la ausencia estadounidense en el Este de Asia durante las administraciones republicanas de principios del siglo XX, y la de George W. Bush. Acto seguido, analizaré la reorientación de la política exterior durante la administración de Barack H. Obama, en aras de evidenciar lo costoso que supone retomar la presencia regional.

Al ser una obra tan extensa, se requiere de una metodología que pueda sustentar el peso del trabajo. Recorro al análisis histórico, similar al que utiliza Paul Kennedy, Julius Pratt y George Herring, pues sus textos logran adentrarse en el estudio de casos específicos, a la vez que mantienen una línea general coherente que el lector puede identificar a lo largo de sus respectivas obras. Recurriré de manera frecuente a fuentes primarias, para poder construir los argumentos de manera propia, sin dejar de lado trabajos ya publicados, los cuales serán útiles para no caer en un

¹⁹ Por intereses me refiero a los ya definidos con base en el texto de Harvey, véase, *supra*, p. 11.

discurso repetitivo o erróneo. Destaco igual el recurso de la interpretación hermenéutica, que es fundamental a la hora de analizar las fuentes ya mencionadas. Por último, la crítica de las fuentes es uno de los puntos clave, pues si bien es cierto que diversos autores tienen un mejor manejo de datos y acontecimientos, al examinar toda la literatura en su conjunto, podré recurrir a herramientas comparativas que permitan discernir líneas y opiniones similares, que podré rebatir o incorporar, en aras de enriquecer el trabajo.

La tesis comienza con un recuento de los antecedentes de la presencia estadounidenses en la región del siglo XVIII al XIX. El motivo de esta pequeña introducción es mostrar al lector la participación de Washington previo a la Segunda Guerra Mundial, para contextualizar el involucramiento estadounidense y entender de mejor manera los intereses que tenía previo al enfrentamiento con Japón. El primer capítulo, enmarcado en el contexto de la Guerra Fría, analiza la política exterior de Estados Unidos hacia la región en momentos clave, para identificar cuál fueron los intereses detrás de esta.

En ese capítulo reparo en cuatro momentos clave de la posguerra, los cuales definieron la relación estadounidense con los actores de la región. En primer lugar, analizo el papel de Washington en la reconstrucción de Japón tras la Segunda Guerra Mundial. El apoyo que brindó a Tokio mostró el interés que tenía Estados Unidos en lograr la pronta recuperación de quien más tarde se convertiría en el motor de la economía regional.

Acto seguido, estudio la actuación de Washington en la protección de regímenes afines en la región, entre los cuales destacan Corea, Taiwán y Vietnam. El primero y el segundo mostraron la determinación estadounidense por proteger gobiernos que abanderaran el proyecto económico de Estados Unidos, pues eran el frente de batalla en los esfuerzos por contener el comunismo. Corea

del Sur y Taiwán se convirtieron en ejemplos de reconstrucción exitosos, que Estados Unidos usó para mostrar los aspectos positivos de adoptar del modelo que promovía.

El caso de Vietnam es de suma relevancia por ser distinto de los anteriores. Vietnam no obtuvo su independencia como las colonias japonesas (Taiwán y Corea), pues Estados Unidos ignoró la petición de las fuerzas insurgentes en aras de favorecer su alianza con Francia. Tras la derrota de la potencia europea, Washington optó por continuar el esfuerzo de guerra, lo cual resultó en una de las derrotas más importantes del ejército estadounidense. El caso de Vietnam, al ser una derrota, contrasta con los casos de Japón, Corea y Taiwán, lo cual ayuda a entender qué papel desempeñan los intereses estratégicos y económicos en la política exterior hacia la región. El estudio de estos casos examina la actuación de Estados Unidos, sin por ello desatender el contexto y condiciones de cada país. Es verdad que el objetivo central yace en estudiar la política exterior de Washington, pero esto no se traduce en un descuido de los actores locales.

El segundo capítulo contrasta los casos de China y Japón para evidenciar la construcción de la política exterior basada en los intereses estratégicos y económicos. La relación entre China y Estados Unidos muestra que los intereses estratégicos y económicos son distintos, pero cómo la persecución de uno allana el camino para el segundo. El restablecimiento del intercambio diplomático con Beijing obligó a Washington a distanciarse de su aliado en Taipéi. La relación con la República Popular, que fue en un principio de carácter político, transitó con rapidez a una en que el aspecto comercial cobró mayor relevancia, lo cual sentó los parámetros del intercambio entre los gobiernos de China y Estados Unidos. Estos cambios ilustran a la perfección las diferencias entre los intereses estratégicos y económicos, y cómo modifican la política exterior.

El caso de Japón contrasta con el de China, pues al tiempo que Estados Unidos se alejaba del primero, se acercaba al segundo. A pesar de la cercanía militar, la relación entre Tokio y

Washington comenzó a mostrar tensiones serias, todas vinculadas a la esfera comercial. El descontento provenía de lo que muchos pensaban eran abusos por parte del gobierno japonés, quien favorecía medidas proteccionistas que afectaban a la industria estadounidense. Las últimas décadas del siglo XX estuvieron marcadas por constantes fricciones entre los dos aliados, uno que buscaba la apertura de mercados y el otro que se resistía a privatizar ciertas industrias. La alianza militar, la afinidad ideológica y los convenios firmados no hicieron nada por disminuir el ímpetu de la Casa Blanca de forzar la mano de su contraparte.

Los dos casos, China y Japón, ofrecen una oportunidad para entender la formulación de política exterior desde la perspectiva de los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos. El claro problema que esto presenta es el número limitado de casos del capítulo, por concentrarse en dos países. Sin embargo, las características tan particulares de ambos permiten un estudio a fondo de la relación entre Washington y dos de los actores más importantes del Este de Asia, y las diferencias entre los dos favorecen el argumento que sostiene una política basada en intereses.

El último capítulo trata dos episodios: el aislacionismo de las décadas de 1920 y 1930, y la reorientación estadounidense de recursos, durante la administración de George W. Bush, hacia el Medio Oriente. Aunque uno y otro momento han sido estudiado con mucho detenimiento por diversos autores, pocos han mostrado las similitudes en el comportamiento entre los presidentes republicanos de principios del siglo XX y el presidente republicano de principios del siglo XXI. Esta comparación es importante pues muestra cómo una reorientación de los intereses da lugar a una política exterior sumamente inconsistente. A diferencia de los capítulos anteriores, que estudian cambios en la política exterior con miras a satisfacer los intereses estratégicos y económicos, el tercer capítulo estudia cómo la agenda de Estados Unidos cambió en dos momentos precisos y los efectos que esto tuvo sobre el actuar de Washington.

En primer lugar, el capítulo analiza los motivos del aislacionismo que primó durante los gobiernos de Warren Harding, Calvin Coolidge y Herbert Hoover, para entender el contexto histórico que dio lugar a una política exterior tan tímida. Examinó cada gobierno de manera individual, para luego hacer una comparación de los tres y mostrar las similitudes en su actuar. Estudió la política exterior de cada uno, sumado a las acciones (o falta de las mismas) en el Este de Asia. Acto seguido, reparó en las acciones de la administración de George W. Bush y la agenda de su gobierno centrada en el combate al terrorismo. Esto describe el contexto que más tarde utilizó para estudiar el papel que desempeñó en el Este de Asia, y cómo los compromisos que adquirió Estados Unidos en el Medio Oriente reorientaron recursos que limitaron su capacidad de actuar en la cuenca asiática del pacífico. Es importante estudiar a fondo la política exterior del presidente republicano, para poder comparar sus acciones con las que tomaron los mandatorios de las décadas de 1920 y 1930.

Por último, concentro mi atención en las acciones de la administración Obama y la implementación del pivote.²⁰ La política exterior del primer presidente afroamericano reflejó la necesidad de concentrar recursos en el Este de Asia, con la finalidad de hacer frente a los retos que presentaba. Estudió las políticas concretas que puso en marcha y la manera en que lidió con China, actor que había adquirido un papel preponderante durante la administración de Bush. El objetivo del último apartado del capítulo es mostrar los esfuerzos del gobierno de Obama por formular su política exterior con base en los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos

A modo de consideraciones finales, se hará un breve recuento del trabajo, acompañado de un apartado que analice de manera separada el papel de los intereses estratégicos en la formulación de política exterior. Otro apartado que destaque cómo influyeron los intereses económicos el actuar

²⁰ El pivote fue la herramienta de política exterior de la administración Obama para lidiar con las consecuencias de la ausencia durante la presidencia de George W. Bush. Véase, *infra*, capítulo 3.

de Washington en el Este de Asia. Por último, un apartado que estudie el aislacionismo de los siglos XX y XXI, con tal de resumir lo expuesto en los capítulos anteriores. Aunque extenso, el estudio de este periodo provee al lector una visión mucho más completa de las acciones de Estados Unidos en el Este de Asia. Es irresponsable tratar de analizar un evento u otro y formula generalizaciones a partir de fotografías en el tiempo. Sólo al examinar el conjunto de las acciones tomadas por Washington en la región se puede mostrar de manera adecuada cuál es la base de la política exterior estadounidense.

I

APERTURA Y CONSOLIDACIÓN DE MERCADOS EN EL ESTE DE ASIA

ANTECEDENTES

El concepto de frontera domina la identidad estadounidense. Lejos de ser una limitante, la noción alude al espíritu de quienes se aventuran hacia lo desconocido con el fin de derrumbar barreras. La frontera, más allá del concepto geográfico, se consolidó como símbolo de la oportunidad y el progreso.¹ La expansión hacia el Oeste influyó la toma de decisiones de funcionarios a lo largo de su historia y, desde su inicio, la compra de la Luisiana y la anexión de territorios tras la guerra con México abonaron a la migración de colonos hacia territorios sin conquistar.² El Pacífico, lejos de frenar el ímpetu estadounidense, sería esa nueva frontera; el escenario de expansión comercial.³

Tras su independencia, Estados Unidos se consolidó como un país mercantil.⁴ Desde 1790, la venta de pieles y otras mercancías incentivó a muchos comerciantes a realizar el largo viaje

¹ Frederick Jackson Turner, *The Frontier in American History*, Nueva York, Henry Holt and Company, 1920, pp. 1-5.

² George C. Herring, *From Colony to Superpower. U.S. Foreign Relations since 1776*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 103-107, 176-177, 194-207 (en adelante *From Colony to Superpower*).

³ Véanse Julius Pratt, *A History of United States Foreign Policy*, Nueva Jersey, Prentice-Hall Inc., 7ª edición, 1961, pp. 265-266. Lawrence H. Battistini, *The United States and Asia*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1955, pp. 5-6.

⁴ Debido a una economía dominada por lo agrario y una fuerte dependencia de los productos importados de Europa (en su mayoría de Inglaterra), Estados Unidos se volcó a lo comercial para suplir sus carencias. Véase, Battistini, *op. cit.*, pp. 4-7.

desde las costas de Nueva Inglaterra hasta los puertos en el lejano oriente.⁵ Comparado con los intereses de los grandes imperios, sus metas eran modestas; el intercambio de bienes y el comercio dominaban su agenda. La idea de aprovechar las oportunidades que brindaba la frontera no se limitaba a pequeños grupos de individuos, pues inclusive Adams y Jefferson abogaban por la importancia de los mercados asiáticos, en especial el chino.⁶ Estados Unidos se caracterizaba por su proeza mercantil, y no podían perder la oportunidad de capitalizar las ganancias que ofrecían los mercados de China y el resto de Asia.

En un principio, las aspiraciones, montos e involucramiento del Estado fueron humildes. El proyecto se dejó a manos de empresas privadas, quienes explotaron el comercio en el Este de Asia para hacer pequeñas fortunas con el comercio en la región.⁷ Esta postura, sufrió un fuerte cambio tras la guerra con México (1846-1848), que (inevitablemente) aumentó las capacidades y responsabilidades de la joven nación.⁸ Tras la adquisición de los territorios del Oeste, los puertos que tanto elogiaba el teniente Charles Wilkes yacían bajo control estadounidense,⁹ y el sueño de ser potencia se materializaba de la mano del gobierno federal. Lejos de continuar como una empresa que se dejaría a manos de empresarios y comerciantes con intereses en el Lejano Oriente, la nueva estrategia desde Washington integró al Estado como aquel que allanaría el camino.¹⁰ El gobierno desempeñó un papel más activo en la construcción de rutas comerciales que incentivarían el

⁵ Richard W. Van Alstyne, *The United States and East Asia*, Londres, Thames & Hudson LTD., 1973, pp. 18-20. Pratt, *op. cit.*, pp. 265-266, 355-359. Battistini, *op. cit.*, 9-10.

⁶ Van Alstyne, *op. cit.*, p. 21

⁷ *Ibid.*, pp. 18-22.

⁸ *From Colony to Superpower*, pp. 176-177, 194-207.

⁹ Pratt, *op. cit.*, p. 241. Van Alstyne, *op. cit.*, p. 25.

¹⁰ A mediados del siglo XIX, Estados Unidos pasó de considerar el comercio con Asia como una esfera que debía dejarse exclusivamente al sector privado, y comenzó a ver la necesidad de ejercer un papel más protagónico en el Pacífico. Uno de los primeros pasos fue la postura que tomó en Hawái frente a Francia y Gran Bretaña. Véase Herring, *op. cit.*, pp. 208-209.

intercambio con la región, lo cual significó voltear hacia el Pacífico y contemplar las posibilidades económicas que ofrecía.

Poco a poco, el naciente imperio consolidó su posición en islas y territorios estratégicos que facilitaron a sus navíos emprender el largo viaje a través del océano Pacífico. Aunque el Estado se había preocupado por agilizar y facilitar la participación de compañías estadounidenses, penetrar los grandes mercados en Asia era una tarea difícil, en gran medida por el control territorial que ejercían las potencias europeas. Al llegar se topaban con restricciones impuestas por los imperios de Occidente, quienes monopolizaban los puertos que conquistaban.¹¹ La construcción de la ruta no sería suficiente; Estados Unidos necesitaría una entrada a los mercados que sus contrapartes europeas habían capturado. La relación con Gran Bretaña –aunque tensa en un principio– facilitó a muchos navíos estadounidenses la entrada a mercados privilegiados.¹² En aras de preservar y mejorar su posición, la política que dictó Washington fue siempre una que favorecía el principio de “puertas abiertas”.¹³ El mercado chino se convirtió en un campo de batalla para las grandes potencias, las cuales limitaban la participación de otros actores, con el fin de maximizar sus ingresos. En un principio, Estados Unidos buscó evitar posibles fricciones valiéndose del derecho internacional y la diplomacia, pues el enfrentamiento directo con dichas potencias sería catastrófico.

China tuvo una dolorosa incorporación al mercado internacional. La relación con las potencias extranjeras –en especial las europeas– fue siempre desventajosa y, en ciertos casos,

¹¹ Bruce A. Elleman, *International Competition in China, 1899-1991. The Rise, fall, and restoration of the Open Door Policy*, Nueva York, Routledge, 2015, pp. 8-10.

¹² George Herring señala al “Hitchhiking imperialism” como principal estrategia estadounidense en el Lejano Oriente, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX. Para el autor, esto denota la capacidad Washington de aprovechar las ganancias de Gran Bretaña en sus negociaciones comerciales con Beijing, las cuales Estados Unidos utilizaba para mejorar su posición económica en China. Herring, *From Colony to Superpower*, p. 210.

¹³ Tang Tsou, *America's Failure in China 1941-1950*, Chicago, The University of Chicago Press, 1953, p. 4. Van Alstyne, *op. cit.*, pp. 71-77.

humillante.¹⁴ Los primeros acercamientos por parte de comerciantes estadounidenses hicieron valer el camino que habían allanado los imperios europeos, en especial el británico. Estos habían forzado la apertura de los puertos y mercados en China, valiéndose de tácticas coercitivas, entre las cuales destacan las Guerras del Opio.¹⁵

Al comienzo, Estados Unidos desempeñó un papel marginal, pues no contaba con la capacidad o presencia que le permitieran presionar a sus contrapartes europeas. Inclusive cuando mejoró su imagen frente al resto de las potencias regionales, se abstuvo de establecer zonas económicas exclusivas en China continental, pues el principio de puertas abiertas seguía determinando el actuar estadounidense. Estas acciones estrecharon la relación entre los gobiernos en Washington y Beijing, y tenían el propósito de limitar el monopolio mercantil que las potencias europeas y Japón comenzaron a establecer. La agenda de Estados Unidos, regida por los ideales de libre comercio e igualdad entre los Estados, se enfrentó a la intransigencia de las zonas económicas exclusivas de las potencias.¹⁶

A diferencia de China, donde la política estadounidense desempeñó un papel secundario, la inserción en Japón fue una muestra de la creciente importancia que Washington quería adoptar en la región. El Imperio del Sol Naciente se había mantenido al margen de la oleada occidental que había azotado Asia-Pacífico; sin embargo, el aislacionismo del shogunato poco pudo hacer para

¹⁴ Elleman, *op. cit.*, pp. 8-10.

¹⁵ Las Guerras del Opio fueron dos conflictos a mediados del siglo diecinueve, en los cuales Gran Bretaña hizo uso de su poderío militar para obtener concesiones comerciales en China. La primera tuvo lugar entre 1839 y 1842; la segunda, entre 1856 y 1860. Véanse Frederic Wakeman, "The Canton trade and the Opium War", en John K. Fairbank (editor), *The Cambridge History of China*, vol. 10, Londres, Cambridge University Press, 1978, y John K. Fairbank, "The creation of the treaty system", en John K. Fairbank (editor), *The Cambridge History of China*, vol. 10, Londres, Cambridge University Press, 1978.

¹⁶ Elleman, *op. cit.*, pp. 8-10.

contrarrestar la arrogancia y determinación del comodoro Perry,¹⁷ quien consideraba a Japón la pieza fundamental para completar la ruta que facilitaría el cruce del Pacífico.¹⁸

El ultimátum que entregó Perry en 1853 fue respondido un año después, cuando regresó con una flota mejor equipada y con demandas claras e inflexibles.¹⁹ A diferencia de China (el mercado que todos buscaban penetrar) Japón fue, en un principio, una isla que serviría para abastecer y acelerar el tránsito de navíos hacia la región. No obstante, a diferencia de su vecino, el acercamiento con Occidente y las reformas puestas en marcha por el gobierno local lograron una rápida asimilación de los principios de las potencias europeas.²⁰ La isla, que 40 años atrás no permitía la entrada de extranjeros, lanzaría una campaña militar a finales del siglo XIX, que la consolidaría como la potencia regional; Estados Unidos comenzaba a tener un efecto significativo.

Tras la conquista del Oeste, la mentalidad expansionista llevó a que Estados Unidos ampliara su horizonte y mirara hacia la conquista de una nueva frontera: el océano Pacífico.²¹ Bajo los principios del libre mercado y el cristianismo, los estadounidenses comenzaron una campaña de civilización, y su armada sería el agente que difundiría las enseñanzas de Occidente.²²

La consolidación de Estados Unidos como actor regional no se logró sino hasta la adquisición permanente de un territorio, a saber, las Filipinas (en 1898). Aunque la apertura de Japón y la presencia de navíos estadounidenses mostraban un claro interés de Washington en la región, fueron la integración de Hawái y la guerra hispano-estadunidense las que apuntalaron su presencia.²³ La “espléndida pequeña guerra”,²⁴ así llamada por el secretario de Estado John Hay,

¹⁷ Marius B. Jansen, *The Making of Modern Japan*, Cambridge, Harvard University Press, 2002, caps. 4-5.

¹⁸ Van Alstyne, *op. cit.*, pp. 44-50.

¹⁹ Pratt, *op. cit.*, pp. 271-273.

²⁰ Por esto me refiero a los ideales de apertura comercial, los cuales los imperios europeos privilegiaban en aras de lograr aumentar su intercambio con la región.

²¹ Turner, *op. cit.*, pp. 1-38.

²² Van Alstyne, *op. cit.*, p. 34.

²³ *From Colony to Superpower*, pp. 317-324.

²⁴ *Ibid.*, p. 316.

otorgó a Estados Unidos un territorio que le permitía posicionarse como una potencia en la región, lo cual modificó la visión que los imperios de Europa tenían de su contraparte en América. Las acciones estadounidenses a finales del siglo XIX consolidaron a la joven nación como una potencia con claros intereses en la región, y que se haría valer de la fuerza para evidenciar la seriedad de su reclamo. Sus conquistas territoriales serían ahora la punta de lanza desde donde lanzar su ofensiva comercial, que consolidaría el proyecto que tanto ansiaba Washington.

Las últimas décadas del siglo XIX y la primera del siglo XX vieron el auge del imperialismo, con la irrupción en escena de dos nuevas potencias: Japón y Estados Unidos.²⁵ Tras su victoria en la guerra hispano-estadunidense, el segundo se dedicó a promover la política de puertas abiertas, que buscaba limitar la práctica de esferas de influencia, con el fin de evitar el monopolio de los mercados chinos y la fragmentación territorial que traía consigo.²⁶ En su papel como secretario de Estado, John Hay comunicó a todas las potencias de la región que debía respetarse el principio de competencia, pues como naciones soberanas, la igualdad entre ellas debía extenderse al comercio y al intercambio de bienes.²⁷ A pesar de sus esfuerzos, esta acción no fue más que una carta de deseos por parte del secretario de Estado, quien no estaba dispuesto a comprometer el envío de tropas que respaldaran dicha declaración.

Tras su triunfo en la guerra sino-japonesa de 1894,²⁸ Japón desplazó a China como centro de poder en el Este de Asia. La adquisición de Taiwán, el control de la península coreana y el cobro de reparaciones de guerra mostró la cara de un imperio en expansión. A diferencia de su

²⁵ Wolfgang J. Mommsen, *La época del Imperialismo. Europa 1885-1918*, traducido por Genoveva y Antón Dieterich, vigesimotercera edición, vol. 28, México, Siglo XXI, 2004, pp. 137 *et passim*. *From Colony to Superpower*, pp. 299 *et passim*.

²⁶ Elleman, *op. cit.*, pp. 8-18.

²⁷ George F. Kennan, *American Diplomacy. Expanded Edition*, Chicago, University of Chicago Press, 1984, pp. 21-22.

²⁸ Elleman, *op. cit.*, p. 9.

contraparte en Norteamérica, Japón comenzó una serie de campañas de expansión, que asemejarían más al comportamiento de los imperios de Europa.

La península de Corea y Manchuria atraían el interés de un imperio insular que buscaba la conquista de territorio continental, y despertaban la curiosidad de un antiguo imperio territorial que buscaba un puerto cálido en el Pacífico. Las fricciones entre Moscú y Tokio, en 1904-1905, por incorporar la península coreana a su zona de influencia desencadenaron el primero conflicto entre el gobierno japonés y una potencia europea. A diferencia del conflicto con China, Japón se encontró con un oponente mejor equipado y entrenado, lo cual representó un enfrentamiento más costoso y tardado.

Al darse cuenta del agotamiento de ambas potencias, el presidente Theodore Roosevelt invitó a ambas partes a negociar el cese de hostilidades. La paz de Portsmouth delimitó las esferas de influencia de ambos bandos y dio una salida al zar, quien veía en dicha guerra un despilfarro de valiosos recursos. Aunque victoriosa, esa paz no le dio a ninguna de las partes lo que esperaba, pues a diferencia del enfrentamiento con China, las ganancias japonesas de la paz con Rusia serían considerablemente menores.²⁹

La segunda victoria japonesa mostraba la orientación de su política exterior, que veía la expansión en la región como su principal objetivo. Por su parte, Washington, mediante el tratado de Portsmouth, evidenciaba el papel que buscaba desempeñar como mediador y garante del libre comercio. El choque entre quien buscaba monopolizar la región y quien buscaba su apertura llevaría a uno de los desenlaces más violentos en el Este de Asia.

La dinámica regional sufrió una severa reconfiguración durante la segunda década del siglo XX, cuando las potencias europeas reorientaron sus recursos a combatir unas con otras en los

²⁹ *From Colony to Superpower*, pp. 360-361.

campos de batalla europeos. Como destaca Tsou, el fin de la Primera Guerra Mundial reconfiguró el balance de poder, pues de un sistema multipolar, el Este de Asia pasó a formar parte de un sistema bipolar bajo el tutelaje de Japón y Estados Unidos.³⁰ El desenlace en el viejo continente favoreció al nuevo imperio insular, pues el debilitamiento de las metrópolis representó una oportunidad que Japón no tardaría en capitalizar.

Estados Unidos mantenía su interés por la conservación de la integridad territorial de China y la protección de la Política de Puertas Abiertas, que beneficiaba el libre comercio. Durante la Conferencia Naval en Washington, la administración de Warren G. Harding exhortó a las potencias ahí presentes a respetar la Política de Puertas Abiertas, con el fin de asegurar la supervivencia de Beijing y garantizar el respeto entre los Estados.³¹ Años más tarde, el secretario de Estado Frank Kellogg se reuniría con el ministro francés Aristide Briand, con la finalidad de limitar el uso de la fuerza como medio para resolver disputas.³² Esto poco o nada haría por detener a Japón, quien había fijado sus metas en la consolidación de un imperio regional, por lo que haría caso omiso de los mismos tratados a los que se había adherido.

A pesar de varios intentos y un sinnúmero de aproximaciones, los japoneses parecían no ceder en su proyecto imperial. Las veintiuna demandas eran una de las muestras de la insistencia por lograr un control sobre el territorio administrativo de Beijing, con el fin limitar la influencia de las potencias europeas y lograr, *de facto*, la dominación de China. Aunque este intento de

³⁰ Tsou, *op. cit.*, p. 16.

³¹ Elleman, *op. cit.*, pp. 75-77. El pacto al que se adhirieron los ahí presentes es conocido como el tratado de las nueve potencias, el cual firmaron Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón, Francia, Italia, los Países Bajos, Bélgica, Portugal y China. En gran medida, el objetivo del tratado era presionar a Japón, quien decía comprometerse a mantener la integridad territorial de China, pero ignoraba acuerdos como el de *Lansing-Ishii*. El acuerdo *Lansing-Ishii*, firmado entre Japón y Estados Unidos en 1917, reiteraba el compromiso de ambas potencias a la política de Puertas Abiertas, al tiempo que ponía por escrito el reconocimiento de Washington a los intereses especiales de Tokio en China. Véase Departamento de Estado, *Mutual Interests in China (Lansing-Ishii agreement)*, Washington, 1917.

³² Departamento de Estado, *Treaty between the United States and other Powers providing for the renunciation of war as an instrument of national policy*, París, 1928. (De aquí en adelante *Pacto Kellogg-Briand*).

demandas pudo ser frenado, el ímpetu japonés era incontenible; la invasión de Manchuria y la salida de la Liga de las Naciones mostró las prioridades japonesas y su determinación a posicionarse como la indiscutida potencia regional.

El descontento que generó esta actitud expansionista en Gran Bretaña y Estados Unidos comenzó a erosionar las relaciones con Japón, a quien veían como voraz e insaciable. Lejos de apuntalar su posición en China, las acciones del imperio del sol tornaron la opinión de Estados Unidos en favor del gobierno de Beijing.³³ Este tipo de fricciones continuaría durante la década de 1930, hasta el episodio en Pearl Harbor, en 1941, que sacaría a Estados Unidos de su aislacionismo y renuencia al involucramiento militar.

La victoria en el escenario del Pacífico, durante la Segunda Guerra Mundial, trajo consigo una serie de obstáculos que serían tan difíciles de resolver como el propio conflicto armado. La administración, repatriación e independencia de territorios antes gobernados por potencias extranjeras representó un reto para la nueva potencia hegemónica. Atrás quedó el aislacionismo de un Estado que mostró la proeza de su capacidad militar al participar en dos frentes distintos, de los cuales uno ganó por cuenta propia. No obstante, los logros obtenidos por la fuerza poco o nada contribuirían a lidiar con la oleada ideológica adversa a la que se enfrentaba Washington en la nueva esfera de influencia que había heredado.³⁴

La guerra del Pacífico suele verse como un apéndice del conflicto europeo; sin embargo, el enfrentamiento entre Washington y Tokio respondió más a fuerzas y dinámicas propias del Este de Asia que a procesos en el viejo continente. El expansionismo japonés se atribuye a la necesidad de controlar territorios ricos en recursos, que proveyeran los insumos para sostener el crecimiento

³³ Tsou, *op. cit.*, pp. 17-18.

³⁴ Por oleada ideológica me refiero aquí a comunismo, nacionalismo y antiimperialismo, ideas que Estados Unidos combatiría en escenarios diversos, a lo largo del siglo XX, desde Japón hasta Vietnam.

de la economía.³⁵ Más allá de desplazar a las potencias europeas –sólo por mostrar su proeza y poderío militar– el imperio japonés buscó la creación de una esfera de influencia que garantizara un monopolio extractivo. Esto generó fricciones con Washington quien, desde finales del siglo XIX, había dejado en claro su compromiso con la apertura comercial de las colonias, territorios y países de la región. Para Estados Unidos, el libre mercado sería el motor que permitiría la paz en la región, y evitaría un monopolio como el que regía el proyecto imperial japonés.³⁶ Una vez asegurada la victoria, Washington pondría en marcha un proyecto que buscaría entorpecer cualquier intento por limitar el libre comercio.

La historia del involucramiento estadounidense en el Este de Asia muestra que el interés estratégico que tenía la región para Washington precede al conflicto con la Unión Soviética.³⁷ Como destaca Rashid Khalidi, el expansionismo estadounidense no surgió a raíz del estatus que le brindó su posición tras la Segunda Guerra Mundial,³⁸ pues ya desde finales del siglo XIX había colonizado Filipinas y Hawái –sin siquiera mencionar su actuar en el Caribe. Por lo tanto, sus acciones respondían más al cumplimiento de un proyecto que no había tenido la capacidad de implementar, que a la reacción de nuevas dinámicas que surgieron a raíz del enfrentamiento con la superpotencia euroasiática. Esto no quiere decir que no ajustaran sus políticas a las coyunturas que se presentaban; no obstante, dichos cambios respondían al proyecto que había marcado la política exterior de Washington desde finales del siglo XVIII.³⁹

³⁵ Van Alstyne, *op. cit.*, pp. 120-121.

³⁶ Melvyn P. Leffler, “The Emergence of and American Grand Strategy, 1945-1952”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 68.

³⁷ Para interés estratégico véase, *supra*, p. 11.

³⁸ Rashid Khalidi, *Sowing Crisis. The Cold War and American Dominance in the Middle East*, Boston, Beacon Press, 2009, p. 8.

³⁹ Van Alstyne destaca que, desde Adams y Jefferson (segundo y tercer presidentes respectivamente) Estados Unidos había fijado sus miras en las riquezas que yacían en los mercados del Lejano Oriente. Van Alstyne, *op. cit.* pp. 21-23. Para más, véase, Battistini, *op. cit.*, pp. 4-7.

El argumento moralista que tiñó los discursos de Estados Unidos en su proyección al exterior parecía contener un componente ideológico; no obstante, los intereses estratégicos y los recursos que yacen detrás de tales pronunciamientos deberían ser analizados con más cuidado.⁴⁰ La famosa consigna de esparcir la libertad obedecía más a intereses privados, al tiempo que el libre mercado servía como herramienta para lograr la libre movilidad de bienes y capital estadounidenses.⁴¹ Esto no quiere decir que la retórica de Washington partiera de un discurso vacío, pues como destaca el propio Leffler, se priorizaba la creación de condiciones favorables para el “modo de vida americano”.⁴² Empero, la promoción de estos valores estaba sujeta a los intereses estratégicos y económicos,⁴³ pues se priorizaba a los segundos por encima del discurso liberal.

El primer reto que enfrentó Estados Unidos fue la ocupación y administración de la potencia vencida tras la victoria en 1945. Una vez derrotado, Japón debía ser reincorporado al sistema internacional, lo cual requería reformas profundas de estructuras que habían llevado a su expansionismo militar. El Comando Supremo de las Fuerzas Aliadas, bajo el mando del general Douglas MacArthur, se dio a la tarea de reestructurar las instituciones políticas, lo cual llevó al fortalecimiento del Parlamento Japonés.⁴⁴ Sumado a la reforma económica y la limitante constitucional al rearme, Japón experimentó un rápido período de reconstrucción y auge, lo cual lo acercó aún más a Occidente.

El proceso de emancipación en Corea no puede entenderse sin la dinámica regional durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La división arbitraria de la península, resultado de acuerdos privados entre Truman y Stalin, llevó a la configuración de dos sistemas políticos

⁴⁰ Khalidi, *op. cit.*, p. 5

⁴¹ *Ibid.*, p. 164.

⁴² Leffler, art. cit., p. 68.

⁴³ Para intereses estratégicos y económicos, véase, *supra*, p. 11.

⁴⁴ Sayuri Guthrie-Shimizu, “Japan, the United States, and the Cold War, 1945-1960”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 244.

distintos, ambos con el respaldo de una de las superpotencias.⁴⁵ Los gobiernos que surgieron de la partición ansiaban ver la unificación de lo que consideraban un solo país, y la determinación del líder norcoreano desencadenó un conflicto armado que sellaría el destino de la península. De la guerra surgirían dos visiones políticas, económicas e ideológicas de Corea, incompatibles una con la otra, lo cual mantendría latente la disputa.

La dinámica de reconstrucción y emancipación –parcial– de Taiwán fue distinta. La derrota de Japón esperanzó a una isla que había sufrido una feroz ocupación desde finales del siglo XIX. No obstante, el revés sufrido por Chiang Kai-Shek (Jiang Jieshi) a manos de los Comunistas, en 1949, representó para Taiwán la llegada de una nueva fuerza invasora; una que poco se interesaba por un territorio que veía como plataforma para montar la reconquista de China.⁴⁶ Estados Unidos ignoró sus peticiones por recobrar el continente, por lo que la consolidación económica se convirtió en símbolo de autonomía.

En Vietnam, las ideologías fueron sumamente importantes, lo cual llevó a uno de los episodios más desastrosos de política exterior estadounidense. Al nacionalismo –el cual incentivó una ola de independencias a lo largo del mundo colonial– se sumó el conflicto ideológico de la Guerra Fría, que involucró a actores que poco interés tenían en Indochina. La división parcial de un territorio que buscaba deshacerse de toda influencia extranjera comprometió Washington en una lucha que nunca pudo entender. A pesar de todo el apoyo económico y militar, la fragilidad del régimen del sur dio pie a la primera derrota estadounidense, y con ello, el auge del comunismo en Indochina.

⁴⁵ William Stueck, “The Korean War”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 268-270.

⁴⁶ Marisela Connelly, *Historia de Taiwán*, México, El Colegio de México, 2014, p. 96.

En los cuatro países, Estados Unidos veía el crecimiento económico como la manera más efectiva de contener el comunismo.⁴⁷ Lejos de promover la militarización de sus aliados, Washington intensificó programas de ayuda económica que dieran lugar a niveles altos de bienestar nacional. Si la población percibía que su condición era más favorable bajo un régimen capitalista, no apoyarían partidos o movimientos comunistas que amenazaban el sistema que Washington buscaba consolidar en la región.

Sin importar el siglo, Estados Unidos defendió al libre mercado y al capitalismo como fuerzas que rescatarían a cualquier país del letargo económico en que se encontraban. Así, la estrategia de apertura e inversión que supusieron funcionaría en China y Japón en el siglo XIX, los rescataría también tras la destrucción de la Segunda Guerra Mundial. Los intereses de Washington no cambiaron entre siglos, sólo su capacidad de implementación.

LA RECONSTRUCCIÓN JAPONESA

La ocupación fue un evento sin precedente en la historia de Japón. La población seguía sin comprender en su totalidad los bombardeos en Nagasaki e Hiroshima, y debía ahora lidiar con las represalias de una derrota, concepto que le era ajeno.⁴⁸ Sin embargo, el ejército vencedor no resultó tan feroz como muchos pensaron, y Japón vivió una de las ocupaciones más estables y armoniosas.⁴⁹ En gran medida, el éxito del proyecto estadounidense puede atribuirse al ingenio y

⁴⁷ John G. Ikenberry, "The Political Foundation of American Relations with East Asia", en John G. Ikenberry y Chung-in Moon, *The United States and Northeast Asia. Debates, Issues, and New Order*, Nueva York, Rowman and Little Field Publishers, 2008, pp. 23-24.

⁴⁸ John K. Emmerson y Harrison M. Holland, *The Eagle and the Rising Sun*, Massachusetts, Addison-Wesley Publishing Company, 1988, pp. 56-57.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 57.

autonomía del general MacArthur, quien desde su cargo como Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas logró implementar severas reformas políticas y económicas.⁵⁰

La ocupación estadounidense puede dividirse en dos fases, a saber, reforma y estabilidad económicas.⁵¹ En la primera, los esfuerzos de Washington se destinaron a reestructurar el sistema político y militar japonés que había dado lugar al expansionismo. Para esto, se dismanteló la industria militar y se juzgó a políticos, burócratas, miembros de las fuerzas armadas e individuos asociados con el proyecto de expansión regional. Los ciudadanos gozaron nuevamente de libertades y garantías individuales, lo cual se sumó a las elecciones de 1946, un sistema parlamentario fuerte, y la revisión del estatus que gozaba el emperador. La idea de democratizar al país iba de la mano con una nueva constitución democrática, que se redactó haciendo hincapié en el crecimiento mediante la integración económica de la región, y el respeto y salvaguarda de la comunidad internacional.⁵²

La primera etapa idealista fue reemplazada por una mucho más pragmática. El advenimiento de la Guerra Fría sugirió a los estrategas en Washington que Japón debía industrializarse lo más pronto posible, pues la solidez económica serviría como muro contra la influencia comunista.⁵³ En esta nueva etapa de la ocupación –la cual favorecía la estabilidad de los mercados y la reactivación de la economía japonesa– permitió la participación política de individuos que habían sido purgados, y fue mucho más laxa con los monopolios industriales.⁵⁴ En aras de sanear las

⁵⁰ Michael Schaller, *The American Occupation of Japan. The Origins of the Cold War in Asia*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, pp. 23-25.

⁵¹ Guthrie-Shimizu, art. cit., pp. 246-249.

⁵² Constitución de Japón, Preámbulo, 1946.

⁵³ Emmerson y Holland, *op. cit.*, p. 60.

⁵⁴ Guthrie-Shimizu, art. cit., pp. 248-250.

finanzas y continuar con la política de rescate económico, se solicitó la ayuda del banquero Joseph Dodge,⁵⁵ quien mediante medidas de severa austeridad logró el superávit deseado.

La Guerra de Corea tomó por sorpresa a los analistas en Washington. La ferocidad y determinación con que las fuerzas norcoreanas avanzaban y conquistaban grandes porciones de territorio forzó una respuesta inmediata por parte del gobierno estadounidense. Para Japón esta guerra presentó dos ventanas de oportunidad, las cuales remediaban dos de los mayores problemas que afligían a la sociedad. En primer lugar, el esfuerzo militar y el envío de tropas representó un fuerte estímulo fiscal, que remedió los males que acaecieron a la isla tras la implementación de las políticas de austeridad. La aceleración de la producción de material bélico disparó los índices de productividad y reactivó la economía japonesa,⁵⁶ que entró en una espiral de crecimiento que la catapultaría a la cima de la economía global.

En segundo lugar, el conflicto en la península coreana agilizó la negociación del tratado de paz. Desde 1947, el general MacArthur había puesto énfasis en la necesidad de firmar la paz con Japón, pues las metas de reconstrucción y reforma económicas se habían cumplido, y era necesario que ahora los japoneses tomaran las riendas de la formulación e implementación de sus políticas.⁵⁷ En primera instancia, la administración Truman hizo caso omiso de dicha petición; sin embargo, la alianza militar entre Beijing y Moscú, y el envío de tropas chinas al conflicto en Corea, forzó a Washington a replantear su agenda.

La firma de la paz de San Francisco puso fin a la ocupación de Japón. Estados Unidos no renunció a su presencia militar, y la hizo efectiva mediante el posicionamiento de bases militares

⁵⁵ John W. Dower, *Embracing Defeat. Japan in the Wake of World War II*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1999, pp. 540-541.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 540-546.

⁵⁷ Guthrie-Shimizu, art. cit., pp. 249-250.

como en Okinawa.⁵⁸ El término de la relación de subordinación no trajo consigo un quiebre en las relaciones, pues el papel central de Japón para los intereses estratégicos de Washington hizo que estas se estrecharan. Más allá del despliegue bélico en territorio japonés, la alianza entre estos dos países mostró un claro componente comercial, el cual sirvió para acercar más a las dos potencias del Pacífico.⁵⁹

El imperio que pasó de la periferia a ser un actor central en el Este de Asia implementó las reformas más exitosas de la región, en materia política y económica.⁶⁰ La restauración y ampliación de libertades individuales construyó un fuerte sentimiento del poder de la opinión pública. El despido de MacArthur fue otro episodio que modificó el pensamiento de la sociedad, que se percató lo que el poder de los civiles podía hacer frente al de los militares.⁶¹ Por último, la reforma agraria y la desintegración (parcial) de poderosos monopolios generó una redistribución de la riqueza en Japón, misma que favoreció el desarrollo de una economía menos desigual. A pesar de graves contratiempos, la evolución de Japón en la segunda mitad del siglo XX sería un gran éxito del modelo que abanderaba Estados Unidos. Este éxito era de especial importancia para Estados Unidos, quien veía en dicha recuperación económica un freno al avance ideológico del comunismo.⁶²

LA DIVISIÓN DE LA PENÍNSULA COREANA

El conflicto en la península coreana no puede entenderse fuera del contexto internacional en que está inmerso. Presiones del sistema internacional, la influencia de las superpotencias y divisiones

⁵⁸ Emmerson y Holland, *op. cit.*, pp. 61-63.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 67-69.

⁶⁰ Me refiero a lo largo del texto a Japón como imperio, inclusive tras las reformas constitucionales tras la Segunda Guerra Mundial, pues la cabeza de Estado es conocido como emperador.

⁶¹ *Ibid.*, p. 60

⁶² John J. Ikenberry, art. cit., pp. 23-24

al interior de Corea sobre su futuro político dieron lugar a una guerra que, a su vez, tuvo grandes repercusiones para la región y el papel que en ella desempeñaron actores como China, la Unión Soviética y Estados Unidos.⁶³ El conflicto entre los dos Estados que ocuparon la península justificó la presencia de Washington en la región, modificó la percepción sobre la amenaza comunista y consolidó la determinación de las administraciones estadounidenses a proteger gobiernos afines en la región.

La derrota de Japón dejó atrás un imperio desmantelado, mismo que las potencias vencedoras aprovecharían para recuperar los vestigios de sus posesiones en el Este de Asia. Sin embargo, a diferencia de Indochina o las Filipinas, las partes presentes durante la conferencia del Cairo, de 1943, acordaron que debía otorgarse la independencia a Corea.⁶⁴ Aunque afín a los principios de democracia, el presidente F. D. Roosevelt consideró incapaz a la población de la península de poderse gobernar de manera autónoma pues años de subordinación y ocupación habían limitado su capacidad de administrarse sin el tutelaje de las potencias.⁶⁵

La partición de la península se dio de manera inesperada. Las tropas soviéticas avanzaron con rapidez en Manchuria, y la ocupación del norte de Corea se dio con igual facilidad.⁶⁶ Truman –quien temía que la tomaran por completo– negoció la división de la península en el paralelo 38, lo cual sentó las bases del conflicto.⁶⁷ El proyecto de un tutelaje concertado dio paso a la ocupación de un país partido por la mitad. Las tropas soviéticas y estadounidenses venían acompañadas de las ideologías que sus respectivos Estados abanderaban. En el norte, Kim Il-sung creó con rapidez una

⁶³ William Stueck, *The Korean War. An International History*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1995, pp. 13-19.

⁶⁴ Battistini, *op. cit.*, pp. 243-244.

⁶⁵ Stueck, art. cit., p. 267.

⁶⁶ Battistini, *op. cit.*, p. 244.

⁶⁷ Cho Soon Sung, “American Policy Toward Korean Unification, 1945-1980”, en Tae-Hwan Kwak, John Chay, Soon Sung Cho, Shannon McCune (editores), *U.S. – Korean Relations 1882-1982*, Seúl, Kyungman University Press, 1982, p. 66.

representación del Partido Comunista, que lo ayudaría a poner en marcha su proyecto; esto, por supuesto, fue bien recibido por autoridades en Moscú. En respuesta a lo que percibieron como una afronta al proyecto de un tutelaje concertado, los estadounidenses apoyaron a Syngman Rhee, un convencido anticomunista que había pasado parte de su vida en Estados Unidos y confiaba en el proyecto de Washington.⁶⁸

La reconstrucción y administración de las dos zonas ocupadas tomó caminos distintos. El norte contaba con recursos minerales y una industria mucho más desarrollada, lo cual dio lugar al auge económico que permitió la consolidación del régimen. A esto se sumaron reformas económicas y la redistribución de tierras, mismo que generó una base de apoyo popular que el sur no poseía. La zona ocupada por las fuerzas estadounidenses palideció en sus esfuerzos por estabilizar el sur de la península. La endeble situación económica se agravó por la escasez de alimentos, el influjo de coreanos que regresaban tras la ocupación japonesa, y la carencia de servicios básicos para la subsistencia de la población. Aunado a la falta de alimentos y servicios, las huelgas de trabajadores que exigían mejores condiciones de vida llevaron a choques entre las fuerzas de seguridad y la población, agravando el descontento social.⁶⁹

Estados Unidos parecía incapaz de remediar la frágil situación en el sur de Corea y los problemas sólo parecían agravarse con el pasar de los meses. Sumado a los problemas administrativos, las negociaciones para determinar el rumbo y autonomía de la península no rindieron fruto. La esperanza de llegar a un arreglo bilateral con el fin de solucionar la situación política de Corea se desvaneció.⁷⁰ Las diferencias entre lo que para cada bando constituía la

⁶⁸ Stueck, *op. cit.*, pp. 21-23.

⁶⁹ Stueck, *art. cit.*, pp. 269-272.

⁷⁰ Cuando hablo de la esperanza de un arreglo bilateral refiero aquí al acuerdo parcial negociado en la conferencia del Cairo.

libertad de los individuos y las condiciones de los partidos políticos llevó a que ambos tomaran medidas que sólo apuntalarían las diferencias entre dos futuros países.⁷¹

Estados Unidos recurrió a las Naciones Unidas en un último esfuerzo por generar un espacio imparcial para debatir la situación política de Corea. Washington logró convencer a la Asamblea General de crear una Comisión Temporal, que se encargaría de lidiar con las elecciones en la península.⁷² Aunque Estados Unidos cedió sus obligaciones, la Unión Soviética se rehusó a participar en lo que veía como un ejercicio que beneficiaría a Occidente. La población de Corea sería la más afectada, pues el encuentro entre dos potencias, y no la decisión de la población, dio lugar a dos Estados que nadie había pedido.⁷³

A pesar de los contratiempos y las fricciones con la Unión Soviética, las elecciones se llevaron a cabo en el sur de la península, y Washington, quien no consideraba a Corea como una prioridad, comenzó a retirar las tropas que ahí tenía.⁷⁴ Dejaba atrás un ejército surcoreano muy mal preparado y equipado, lo que preparó el escenario para la derrota ante la invasión del norte, en junio de 1950. Era claro que el interés estadounidense yacía en Europa, y que la importancia del Este de Asia se encontraba en la recuperación y reincorporación japonesa a la economía mundial.⁷⁵ Sin embargo, esto quedó evidenciado tras el pronunciamiento del secretario de Estado Dean Acheson, quien declaró que la esfera de influencia estadounidense se limitaba a Japón, por lo que sugirió que Taiwán y Corea del Sur eran prescindibles.⁷⁶

La luz verde que dieron Stalin y Mao a un impaciente Kim Il-Sung no fue tan determinante como el incentivo de la declaración del secretario de Estado Acheson. Si es verdad que el régimen

⁷¹ Cho Soon Sung, art. cit., p. 68.

⁷² *Ibid.*, p. 69.

⁷³ Stueck, *op. cit.*, pp. 24-27.

⁷⁴ Véase Donald Stone MacDonald, *U.S.-Korean Relations from Liberation to Self-Reliance. The Twenty-Year Record*, Oxford, Westview Press, 1992, pp. 6-8. Es de igual relevancia el texto de Cho Soon Sung, art. cit., pp. 69-70.

⁷⁵ *From Colony to Superpower*, pp. 638-640.

⁷⁶ Cho Soon Sung, art. cit., p. 70

de Corea del Norte requería del apoyo de sus aliados, la aparente indiferencia de Estados Unidos ante sucesos en la península alentó al joven líder a poner en marcha su misión reunificadora. En junio de 1950, a escasos meses del pronunciamiento del secretario Acheson, Corea del Norte emprendió una campaña militar en contra de su vecino del sur, la cual tomó al mundo por sorpresa e involucró a las potencias de la región.

Donald MacDonald destaca tres fases de la guerra de Corea, las cuales delimitan episodios concretos del conflicto.⁷⁷ La primera constituye el avance de las tropas norcoreanas con el fin de unificar la península bajo la administración de la recién consolidada República Democrática del Pueblo de Corea. El avance fue sumamente efectivo y el ejército de Kim Il-sung logró acorralar a las fuerzas de la República de Corea en la región de Pusan.⁷⁸

Ante la transgresión norcoreana, la respuesta estadounidense buscó ser inmediata con la idea de llegar al auxilio del gobierno de Syngman Rhee. La coalición liderada por el general MacArthur logró el repliegue de las tropas de Corea del Norte, y avanzó más allá del paralelo 38. El contingente de las Naciones Unidas, bajo el mando estadounidense, comenzó una campaña que tendría como fin la reunificación de Corea bajo el régimen de los surcoreanos. Sin embargo, al percatarse de las posibles ramificaciones de una frontera con Occidente, y los problemas que podría significar la expansión del conflicto en su frontera, Mao tomó la determinación de hacer frente a Estados Unidos.⁷⁹

La segunda fase de la guerra incluye la respuesta de China, junto con las tropas de Kim Il-sung, para retomar el territorio perdido a manos del ejército de Naciones Unidas.⁸⁰ Una vez que lograron repeler la invasión hasta el paralelo 38, el Ejército de Liberación Popular continuó la

⁷⁷ MacDonald, *op. cit.*, pp. 8-14.

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 8-10

⁷⁹ Stueck, art. cit., pp. 277-278.

⁸⁰ *Loc. cit.*

ofensiva, hasta recapturar Seúl. Este episodio forzó la permanencia de las tropas estadounidenses, quienes (tras replegarse) se encargaron de retomar la capital de la República de Corea, mientras en Naciones Unidas países neutrales intentaban negociar un armisticio.⁸¹

La última fase se refiere al estancamiento de las hostilidades y el agotamiento de ambos bandos.⁸² Tanto Kim Il-sung, cuanto Syngman Rhee buscaban presionar a sus aliados con el fin de lograr que estos apoyaran una última cruzada que reunificara la península. Sin embargo, Beijing había pagado un precio muy alto en términos de vidas humanas, y un ejército agotado no veía la necesidad de continuar una ofensiva tan costosa. Moscú, quien se había mantenido al margen del conflicto, no veía la necesidad de aumentar su apoyo en aviones, tanques y suministros. Por su parte, Washington no veía la necesidad de antagonizar a la Unión Soviética, cuando había logrado su cometido en Europa. Así, la incertidumbre y las fricciones continuaron hasta la firma del armisticio el 27 de julio de 1953.⁸³

La Guerra en Corea apuntaló la convicción estadounidense por contener el avance del comunismo.⁸⁴ La noción de contención mediante un desarrollo económico estable dominó la agenda y la relación entre la República de Corea y Estados Unidos. El apoyo de Washington, como en Japón, estuvo condicionado al crecimiento y desarrollo del mercado interno, la industrialización y la liberalización.⁸⁵ Fue tal el énfasis que puso Estados Unidos en estos rubros, que el golpe de estado, de 1961, que desplazaría al gobierno de Rhee fue solapado, siempre y cuando se adhiriera y cumpliera con los objetivos del plan de desarrollo en la región.⁸⁶ Como Japón, realizó una

⁸¹ MacDonald, *op. cit.*, pp. 10-14

⁸² Stueck, art. cit., p. 279.

⁸³ Cho Soon Sung, art. cit., pp. 73-75. Para una visión más general del conflicto, véase Herring, *op. cit.*, pp. 639-650.

⁸⁴ MacDonald, *op. cit.*, p. 14.

⁸⁵ Cho Soon Sung, art. cit. pp. 77-79.

⁸⁶ Primero se permitió el reemplazo de Rhee por el gobierno democrático de Chang-myon. Acto seguido, se respetó el golpe militar y la instauración de una dictadura a manos del General Park. *Ibid.*, pp. 79-80.

reforma agraria que permitió un crecimiento equitativo, lo cual llevó al fortalecimiento del mercado interno. Años más tarde desarrollaría una industria con miras a la exportación, en un esfuerzo de emular a Taiwán, a quien Estados Unidos veía como un modelo exitoso de desarrollo.⁸⁷

Corea del Sur dependió en gran medida de la entrada de capital estadounidense, el cual revivió una economía devastada por la guerra.⁸⁸ Dicha entrada generó una dependencia enorme, pues representaba una porción importante del presupuesto con el cual contaba el gobierno en Seúl.⁸⁹ A este apoyo se sumó el influjo de capital japonés, el cual favoreció el desarrollo industria del país que había sido, antes, su colonia.⁹⁰ Nuevamente Estados Unidos mostró su determinación a construir un país abierto al flujo de capital y capaz de resistir el comunismo mediante la solidez fiscal que brindaban tanto la entrada de dólares, como el sistema capitalista. Corea, después de ser marginado por Acheson, formaba parte de la nueva frontera en el combate al comunismo.

EL ÉXITO DE TAIWÁN

A diferencia de la península de Corea, el desarrollo de Taiwán respondió en mayor medida a las dinámicas internas que fijaron la relación entre la isla, Estados Unidos y China continental. El 25 de octubre de 1945, Chen Yi firmó el documento que regresaba la soberanía de Taiwán al gobierno nacionalista.⁹¹ En términos económicos, la reincorporación de Taiwán a China trajo serios problemas, lo cual dejaba en claro que los 50 años de separación habían marcado el camino tan

⁸⁷ Entiéndase que quiso emular el sistema de Taiwán en tanto Corea del Sur buscó implementar el Sistema de Inversión por Sustitución de Importaciones. José Luis León Manríquez y Juan Felipe López Aymes, “Corea del Sur”, en José Luis León Manríquez (coord.), *Historia mínima de Corea*, México, El Colegio de México, 2009, p. 150.

⁸⁸ Battistini, *op. cit.*, pp. 263-264

⁸⁹ José León y Juan López, art. cit., p. 150.

⁹⁰ Cho Soon Sung, art. cit. p. 87.

⁹¹ Para más información sobre el gobierno de Chen Yi véase Marisela Connelly, *op. cit.*, pp. 79-82.

distinto que ambos habían tomado. Las atrocidades cometidas por el partido nacionalista y la administración de Chen Yi hacían palidecer las acciones cometidas por los ocupantes japoneses.⁹²

Como sugiere Marisela Connelly, parecía que las exigencias y el nivel de desarrollo al que se había acostumbrado la sociedad taiwanesa estaban generando problemas con sus compatriotas. La economía sufrió los saqueos de las tropas del gobierno nacional que llegaron, quienes vieron en esta próspera isla la oportunidad de enriquecerse con facilidad. Los habitantes de Formosa observaron cómo los nuevos inquilinos, sobre todo a los niveles más altos del gobierno, expropiaban las industrias japonesas para enriquecerse ellos mismos.⁹³ Para diciembre de 1949, la isla de Taiwán era, *de facto*, la base del gobierno nacional y, con la llegada de Chiang Kai-shek, Taiwán se habría de convertir en una isla con un crecimiento que, años después, una serie de países buscarían emular.

Cuando Chiang Kai-shek retomó el cargo de presidente, en 1950, encontró un Taiwán en serios problemas económicos, debido a la administración de Chen Yi y la inflación importada del continente. Tres cuartas partes de la industria taiwanesa, dos terceras partes de las plantas eléctricas y la mitad de la red de transporte urbano habían sido destruidas o inhabilitadas por los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial.⁹⁴ Quedaba claro que la prioridad del gobierno nacionalista era la reforma económica, pues si quería recuperar China continental, necesitaría una gran cantidad de recursos.⁹⁵

Inclusive con todos los problemas económicos que padecía, Taiwán contaba con plantas de energía eléctrica, vías ferroviarias, líneas de telégrafo, cables de teléfono, carreteras y la

⁹² Marisela Connelly, *op. cit.*, pp. 80-81.

⁹³ *Ibid.*, pp. 82-84.

⁹⁴ Ralph Clough, "Taiwan under Nationalist Rule, 1949-1982", en MacFarquhar Roderick y John K. Fairbank (editores), *The Cambridge History of China*, vol. 15, Nueva York, Cambridge University Press, 1991, p. 835.

⁹⁵ Marisela Connelly, *op. cit.*, p. 107.

infraestructura necesaria para montar una recuperación exitosa.⁹⁶ Por encima de todo, la ventaja que tenía la isla era la mano de obra calificada, pues no tendría más que rehabilitar las fábricas, ya que la población contaba con el entrenamiento necesario para poner en marcha el proyecto.⁹⁷

Uno de los problemas más grandes que enfrentó el gobierno nacionalista fue la inflación, que combatió mediante la introducción del nuevo dólar taiwanés y el aumento en la tasa de interés. Aunado a esto, el gobierno del Guomindang implementó una severa reforma agraria, que se vio acelerada por la falta de vínculos con la clase terrateniente local.⁹⁸ Para finales de la década de 1950, el gobierno taiwanés había estabilizado la economía, había alcanzado tasas de crecimiento altas y sostenidas y el sector agrícola e industrial mostraba un desarrollo prometedor.⁹⁹ Esto, en gran medida, gracias al apoyo que dio Estados Unidos al régimen en la isla tras la Guerra de Corea.

Para principios de 1960, el modelo de desarrollo había agotado su potencial y empezaba a mostrar estragos; el gran problema se volvió el desempleo. El nuevo objetivo del gobierno insular se había vuelto el desarrollo de la industria con miras a la exportación de los productos manufacturados, la cual absorbería la mano de obra.¹⁰⁰ En gran medida, lo que el gobierno pretendía era estimular al sector privado al crear un ambiente propicio para la inversión, al liberalizar los controles en el comercio y la industria; todo para lograr el desarrollo de una industria enfocada en la exportación.¹⁰¹ Lo que marcó la diferencia, y mostró el ingenio de la nueva política económica en Taiwán, fue el establecimiento de Zonas de Procesamiento de Exportaciones, que concentraban las transacciones en un administrador, lo que facilitó la participación de los inversionistas.

⁹⁶ Ralph Clough, art. cit., pp. 835-836.

⁹⁷ Richard Louis Edmonds y Steven M. Goldstein (editores), *Taiwan in the Twentieth Century: A Retrospective View*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, p. 24.

⁹⁸ *Loc. cit.*

⁹⁹ Marisela Connelly, *op. cit.*, p. 111.

¹⁰⁰ Richard Louis Edmonds y Steven M. Goldstein, *op. cit.*, pp. 29-30.

¹⁰¹ Marisela Connelly, *op. cit.*, p. 111.

En gran medida, mucho del desarrollo que logró Taiwán puede atribuirse al apoyo que brindó Estados Unidos al régimen de la isla, tanto económico, cuanto político. El monto de 100 millones de dólares, en apoyo para propósitos no militares, fue una suma que el gobierno empleó de manera efectiva para impulsar proyectos de infraestructura y desarrollo de capital humano.¹⁰² Este apoyo no se limitó a facilitar fuertes subsidios al gobierno en Taiwán, pues el gobierno estadounidense también incentivó a sus empresarios a invertir en la isla, a la vez que se desarrolló en programas vinculados, como la Comisión Conjunta para la Reconstrucción Rural.¹⁰³ Esta delimitación puede atribuirse a la presión de Estados Unidos, quien veía la necesidad de comenzar a eliminar la corrupción, si es que Taiwán quería alcanzar el desarrollo que se le había prometido. Ante todo, Estados Unidos sabía que salvar a Taipéi de una invasión China dependía tanto de sus capacidades defensivas, como de una sólida economía. Y que los frutos de su esfuerzo serían la apertura comercial y la capacidad de participar en dicho mercado.

VIETNAM

El nacionalismo presente en las colonias, mismo que acompañó el desmantelamiento del Imperio del Sol Naciente, causó grandes problemas para las metrópolis que buscaban reinstaurar su control. La ocupación japonesa había dirigido su energía a la explotación de los pueblos del Este de Asia, y en sus esfuerzos por conquistarlos despertó en la población una animosidad ante cualquier fuerza invasora. Este mismo sentimiento dificultó los intentos de las potencias europeas por subyugar a sus colonias tras la victoria en el escenario del pacífico. En Malasia, Myanmar, Indonesia e

¹⁰² *Loc. cit.* El apoyo monetario de Estados Unidos fue facilitado en el período 1951-1965. Una vez que la isla alcanzó la autonomía fiscal y financiera, los norteamericanos consideraron terminado el programa, pues Taiwán había logrado consolidarse como una economía robusta.

¹⁰³ Peter Chen-main Wang, “A Bastion Created, A Regime Reformed, An Economy Reengineered, 1949-1970”, en Murray A. Rubinstein (editor), *Taiwan. A New History*, Nueva York, M. E. Sharp, 1999, pp. 328.

Indochina, los movimientos nacionalistas se alzaron contra las fuerzas de ocupación de Occidente, que regresaban a reclamar los territorios que decían suyos.¹⁰⁴ A diferencia de Corea –que presenció la derrota de su metrópoli– estos territorios eran aún considerados colonias de potencias extra regionales y los procesos de emancipación no serían sencillos (ya por la intransigencia de los imperios europeos, ya por la determinación de independencia de los grupos insurgentes).

Las guerras en Vietnam y el conflicto que se esparció por Indochina no pueden encapsularse en la contienda entre comunismo y capitalismo. Antes de verse inmersa en la disputa entre el Viet Cong y Estados Unidos, Vietnam se encontraba en una convulsa guerra entre fuerzas insurgentes que buscaban expulsar a tropas francesas, mientras estas últimas intentaban recuperar aquello que percibían como propio.¹⁰⁵ La internacionalización del conflicto es resultado del proyecto imperial francés, la lucha nacionalista vietnamita y el combate estadounidense al comunismo, que convirtió la guerra contra el colonialismo en un conflicto entre Norte y Sur, Oriente y Occidente; capitalismo y comunismo.

La visión que Estados Unidos tenía sobre el papel económico de Indochina no distaba de la que el Imperio japonés había tenido sobre esa región. El territorio era para ambos fuente de materias primas necesarias para garantizar el crecimiento económico de los Estados del Este de Asia, lo cual se tradujo en acciones concretas por explotar los recursos.¹⁰⁶ Para Washington, la importancia de Indochina radicaba en su potencial como proveedor de materias primas para la reconstrucción de sus aliados. Esta posición hizo del país un espacio que Estados Unidos no podía

¹⁰⁴ Battistini, *op. cit.*, caps. 13-14.

¹⁰⁵ Frederik Logevall, “The Indochina wars and the Cold War, 1945-1975”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, vol. 2, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 281-282.

¹⁰⁶ *From Colony to Superpower*, p. 661.

perder, pues afectaría de manera directa sus intereses económicos, al tiempo que ponía en peligro sus intereses estratégicos.¹⁰⁷

A diferencia de las soluciones que pudo encontrar Estados Unidos a los levantamientos de fuerzas nacionalistas en Filipinas, Indonesia y Malasia,¹⁰⁸ la situación en Indochina se caracterizó por dos bandos determinados a ejercer su control sobre Vietnam.¹⁰⁹ El miedo a un bloque comunista monolítico llevó a Estados Unidos a implementar una política neocolonial afín a los intereses franceses, al tiempo que hacía caso omiso a la mano que estrechaba el régimen de Ho Chin Min.¹¹⁰ El gobierno en Hanói extendió a Washington la opción de invertir y establecer bases en el territorio de Vietnam, lo cual habría respondido a los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos.¹¹¹ Sin embargo, los tomadores de decisión en Washington temían perder a Francia como aliado, enemistarse con Gran Bretaña por el apoyo estadounidense a procesos de emancipación y generar fricciones en el bloque europeo que facilitarían el avance de la Unión Soviética.¹¹² Decir que temían una Indochina comunista no fue sino la excusa perfecta para justificar su apoyo a Francia frente a lo que era, simple y llanamente, una lucha de independencia.

A pesar de haber declarado su neutralidad frente a una guerra de recolonización, el dinero con que Francia financiaba su empresa militar provenía de la ayuda que Estados Unidos daba a sus aliados en Europa (vinculado al Plan Marshall).¹¹³ Al percatarse que París no haría sino continuar con su esfuerzo bélico, la administración de Truman se dio a la tarea de apoyar de manera

¹⁰⁷ Véase, George C. Herring, *America's Longest War: The United States and Vietnam, 1950-1975*, Nueva York, MacGraw Hill, 2ª edición, 1986, p. 7 (en adelante *America's Longest War*). Lovegall, art. cit., p. 283.

¹⁰⁸ Battistini, *op. cit.*, caps. 13-14.

¹⁰⁹ *Ibid.*, cap. 13.

¹¹⁰ *America's Longest War*, pp. 3-37.

¹¹¹ *Ibid.*, pp. 3-10.

¹¹² *Ibid.*, pp. 7-9.

¹¹³ Logevall, art. cit., p. 283.

ya clara al gobierno francés con armamento y material de guerra. Este fue, como lo llama Herring, el callejón sin salida en que Estados Unidos y Francia se metieron.¹¹⁴

Al tiempo que Washington apoyó a su aliado europeo en la península de Indochina, la ayuda que brindó a las fuerzas de Chiang Kai-Shek no logró detener el avance de Mao y su eventual victoria comunista en China.¹¹⁵ Esto alarmó a los estadounidenses, quienes veían en este triunfo una amenaza a sus aspiraciones de contar con una península de Indochina afín a su agenda, pues si el comunismo había triunfado en el país vecino, continuaría devorando a los países de la región.¹¹⁶ Convencidos de la importancia de Indochina (y la amenaza que representaba China), los estadounidenses brindaron todo el apoyo posible a las tropas francesas, con el expreso fin de frenar la insurrección al mando de Ho. A pesar de los esfuerzos por mantener el control de la península mediante la restitución de monarquías en Laos, Camboya y Vietnam, el apoyo entre los locales favorecía al movimiento nacionalista que buscaba su liberación del yugo francés.¹¹⁷ Las capacidades de la potencia europea eran innegables, lo que le permitió mantener el control sobre las ciudades y los pueblos más significativos, pero el desgaste que sufrieron las tropas extranjeras al tratar de expandir su control sobre aldeas y zonas rurales llevó a una serie de derrotas que mermó su moral.¹¹⁸

Tras una terrible derrota en Dien Bien Phu, Francia supo que la guerra estaba perdida. Al percatarse que su aliado se retiraba, y totalmente convencido que era necesaria la lucha contra un enemigo implacable, Washington comenzó una campaña de presión que mostraría no ser suficiente para convencer a Francia de continuar el esfuerzo por mantenerse en Vietnam. En 1954, la

¹¹⁴ *America's Longest War*, cap. 1.

¹¹⁵ Van Alstyne, *op. cit.*, pp. 148-166.

¹¹⁶ Logevall, art. cit., pp. 288-289.

¹¹⁷ *America's Longest War*, pp. 9-11. Battistini, *op. cit.*, pp. 295-305.

¹¹⁸ Logevall, art. cit., pp. 289-290.

conferencia de Ginebra puso fin al conflicto entre las tropas francesas y las fuerzas de Ho, mediante la división del país a lo largo del paralelo siete.¹¹⁹ Esta determinación sentaría las bases para lo que constituiría una de las guerras más costosas y la derrota más conocida del ejército estadounidense.

El golpe sufrido tras la retirada de las tropas francesas no socavó la determinación estadounidense por mostrar su compromiso con la permanencia de regímenes que abanderaran el capitalismo y el libre mercado. Al decretarse la división de Vietnam, Washington apoyó al régimen de Ngo Dinh Diem, económica y militarmente.¹²⁰ El influjo de dólares y la llegada de asesores militares aceleró su desarrollo, el cual comenzó un crecimiento a pasos agigantados, sobre todo en la capital. El llamado “milagro” que experimentó Vietnam del Sur fue visto por Washington como evidencia de los logros de la asistencia estadounidense, sin percatarse de la dependencia que habían generado.¹²¹

La inversión estadounidense rindió frutos en sus esfuerzos en su esfuerzo por mantener en funciones al gobierno de Saigón. Sin embargo, el crecimiento acelerado que experimentó la economía vietnamita vino acompañado de inflación, corrupción y problemas dentro del régimen.¹²² El carácter religioso del líder alienó a grupos budistas, y la falta de reforma agraria generó gran descontento entre una población rural, que ya sufría bajo política de reubicación y marginación.¹²³

A pesar de las materias primas que habían facilitado la reconstrucción y el desarrollo de los países del Este de Asia, la guerra en Vietnam había forzado a Washington a incurrir en gastos que

¹¹⁹ *From Colony to Superpower*, pp. 661-662.

¹²⁰ *America's Longest War*, pp. 45-61.

¹²¹ Bui Diem y David Chanoff, *In the Jaws of History*, Massachusetts, Houghton Mifflin Company, 1987, p. 154. Logevall, art. cit., p. 292.

¹²² *America's Longest War*, pp. 161-162.

¹²³ Para más sobre los conflictos religiosos y la importancia de la religión bajo el mandato de Diem, véase, Logevall, art. cit., p. 293.

comenzaron a generar presiones en Estados Unidos. La administración de Lyndon B. Johnson se comprometió a continuar apoyando a un gobierno que sufría constantes derrotas y que ponían en duda la rentabilidad del proyecto.¹²⁴ En gran medida, la continuación del conflicto, más allá de los beneficios que brindó a los aliados de la región, comenzó a responder a la teoría del dominó.¹²⁵ Ya desde el gobierno de Truman se había planteado que la caída de un territorio a manos de los comunistas desataría una reacción en cadena, escenario el cual Estados Unidos no estaba dispuesto a aceptar.

Los intentos por apuntalar el régimen de Vietnam del Sur llevaron a Washington a dar su beneplácito al golpe de Estado de 1963 que depuso a Diem.¹²⁶ Sin embargo, las nuevas administraciones, incluida la de Nguyen Cao Ky y Nguyen Van Thieu, poco pudieron hacer ante la situación que había heredado. La corrupción, la inflación, la falta de control del territorio y las constantes derrotas en el campo de batalla evidenciaban la fragilidad de las instituciones del país; no se necesitaban más golpes de Estado, se requería de mejor administración.

La victoria de Richard Nixon, en 1968, evidenció el hartazgo estadounidense con una guerra que por mucho había superado los beneficios que había brindado. El presidente republicano, caracterizado por su discurso que hacía énfasis en la importancia de la ley y el orden, argumentaba que la culpa del mal manejo de la guerra en Vietnam yacía en las acciones de la administración pasada. Al llegar a la Casa Blanca, el presidente puso en marcha un último esfuerzo estadounidense por debilitar a Vietnam del Norte mediante campañas de bombardeo feroces que poco pudieron hacer para equilibrar la balanza entre los gobiernos de ambos lados del paralelo siete. Las negociaciones de paz de París de 1968, lejos de resolver el conflicto, sólo evidenciaron las

¹²⁴ *America's Longest War*, pp. 110-143

¹²⁵ Logevall, art. cit., pp. 293-294.

¹²⁶ *America's Longest War*, pp. 103-105.

divergencias entre Washington y Saigón, y afianzaron la determinación de Hanói por reunificar el país.¹²⁷

La retirada estadounidense en 1973 fue todo excepto oportuna. A dos años de la firma del tratado de paz, en París, Saigón cayó ante una ofensiva norvietnamita que evidenció la fragilidad del régimen del sur. Para este momento, Estados Unidos había tenido uno de los problemas políticos internos más severos, y la crisis económica había limitado la ayuda que Washington podría brindar a su aliado. La caída de Vietnam del Sur coincidió con la llegada de comunistas al poder en Laos y Camboya, lo cual pareció afirmar la teoría del dominó que tanto temían los gobiernos estadounidenses.

El interés de Estados Unidos en las materias primas de Vietnam del Sur disminuyó conforme aumentaba el costo de la guerra.¹²⁸ Los estadounidenses no requerían ya de tantas materias primas para tareas de reconstrucción, pues las economías Japón y Taiwán se habían recuperado. Sumado a esto, ya no tenían que depender de los recursos de Vietnam del Sur, pues la caída de Sukarno en Indonesia y la permanencia de un gobierno afín en Malasia garantizaban la disponibilidad de insumos, sin los costos que representa librar una guerra.¹²⁹

¹²⁷ *From Colony to Superpower*, pp. 775. Logevall, art. cit., pp. 298-304.

¹²⁸ Aunque era un gran espacio para la extracción de materias primas para bastecer a las crecientes economías del Este de Asia, los costos de la Guerra hacían que estos beneficios fuesen marginales, al grado de invertir la relación costo beneficio.

¹²⁹ Con Indonesia, Tailandia y Malasia todavía en su órbita, no había motivo por el cual tuvieran que seguir peleando una guerra que se volvía cada vez más costosa. Estos países ofrecían una gran oportunidad para explotar recursos que Japón y el resto de los aliados estadounidenses requerían para su economía, sin tener que lidiar con el constante gasto en que debían incurrir para mantener al régimen de Saigón. Tailandia había logrado mantener su independencia a lo largo del siglo XIX. A diferencia de sus vecinos, el reino libre no pudo ser jamás conquistado por ninguna de las potencias europeas del Sudeste Asiático (sobre todo Gran Bretaña y Francia). Después de la Segunda Guerra Mundial, Tailandia pudo recuperarse con ayuda estadounidense, en gran medida porque su principal producto, el arroz, sirvió para combatir el hambre que la guerra había propiciado. Malasia era parte de las posesiones británicas en la región. Tras la invasión japonesa (y su subsecuente derrota) los británicos debieron lidiar con la pacificación de una colonia que veía en esta su oportunidad para independizarse. Tras combatir los movimientos independentistas vinculados a grupos comunistas, Gran Bretaña comenzó a relajar su postura y negociar con las autoridades que ellos reconocían, lo cual dio lugar a una independencia favorable a quienes veían en el país una oportunidad para extraer recursos como caucho. D.R. SarDesai, *Southeast Asia. Past & Present*, San Francisco, Westview Press, 3ª edición, 1994, caps. 21 y 23. Battistini, *op. cit.*, pp. 288-294.

El fracaso estadounidense en Vietnam responde a una diversidad de factores, entre los cuales destaca no haber priorizado sus intereses estratégicos y económicos.¹³⁰ Recurrir a la historia contra factual y sugerir que el apoyo al régimen de Ho hubiese generado un aliado en la región, lejos de adentrarlo en una guerra sin cuartel, es irresponsable dado el espacio destinado a este apartado. Sin embargo, no está de más reflexionar sobre este argumento, aunque sólo para entretener este pequeño ejercicio de gimnasia mental. El final de la Segunda Guerra Mundial proveyó a Estados Unidos con la oportunidad de perseguir la agenda que Roosevelt favorecía: el desmantelamiento de los regímenes coloniales.¹³¹ Aunque contrario a los intereses de sus dos aliados más importantes (Francia y Gran Bretaña), Washington pudo haber apoyado el proyecto de Ho Chi Min, quien desde un inicio declaró su admiración por la constitución y proceso de independencia estadounidense.¹³² No cabe la menor duda que los tomadores de decisión en París habrían protestado las acciones de Washington y quizá las fricciones entre ambos habrían requerido de habilidades diplomáticas que los estadounidenses no podían ofrecer. Sin embargo, el régimen en Hanoi acudió

El caso de Indonesia representó un reto para Estados Unidos. La posesión holandesa fundó una república autónoma, misma que había declarado su independencia mucho antes de que los Países Bajos pudieran enviar tropas a controlar la situación. Los holandeses se vieron flexibles en un inicio pero comenzaron una severa campaña para desmantelar lo que veían como una amenaza a sus intereses en posesiones llenas de recursos. Estados Unidos adoptó una postura decisiva y cortó de tajo la ayuda a Holanda, para obligarla a respetar la independencia de su colonia. Sukarno, el líder que abanderó y defendió la independencia, gozó varios años del apoyo de diversos grupos, entre los cuales destacaba el PKI (Partido Comunista de Indonesia). Tras acercamientos peligrosos con Pyongyang, Beijing y Hanói, la desconfianza estadounidense comenzó a crecer. En 1965 comenzó un movimiento por erradicar a los simpatizantes del PKI, al mando del cual estaba Suharto. Para 1967, el país había prohibido la ideología marxista, se acercó a Occidente (tanto en cuestiones políticas, cuanto en las económicas), y marginó a Sukarno por completo.

Los tomadores de decisión en Washington no hicieron nada por detener las acciones de Suharto, pues veían en él una opción clara para contrarrestar la influencia comunista en el continente y continuar con la explotación de una región que veían como vital para sus intereses estratégicos y económicos (por su posición y los recursos naturales). Estados Unidos, a diferencia del caso de Vietnam, privilegió sus intereses estratégicos y económicos, y limitó el apoyo a los holandeses. Acto seguido, favoreció las acciones de Suharto y logró la apertura de un país que se acercaba peligrosamente al bloque comunista. Véase, Battistini, *op. cit.*, 306-313. Merle C. Ricklefs, *A History of Modern Indonesia since c. 1300*, Stanford, Stanford University Press, 2ª edición, 1993, pp. 287-290. Baskara T. Wardaya, "Diplomacy and cultural understanding: Learning from US policy toward Indonesia under Sukarno", *International Journal*, vol. 67, no. 4, 2012, pp. 1051-1061, Jean Gelman Taylor, *Indonesia. Peoples and Histories*, New Haven, Yale University Press, 2003, pp. 356-370.

¹³⁰ *America's Longest War*, p. 7.

¹³¹ *Loc. cit.*

¹³² *Ibid.*, pp. 3-10.

a Estados Unidos con la expresa encomienda de ofrecerle la posibilidad de extraer recursos de la región, al tiempo que se le permitiría contar con bases navales en Vietnam.¹³³ Esta es la definición de los intereses estratégicos y económicos de Washington.

Es claro que el cálculo de no apoyar al régimen de Ho en aras de favorecer a los gobiernos en Londres y París responde a los mismos intereses, pero a una escala global. Problemas entre Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos podían poner fin al acuerdo de seguridad, lo que pondría en entredicho la cooperación económica estadounidense a sus aliados europeos. Esto, a su vez, allanaría el camino para una Unión Soviética que se apoderaría del resto del continente.

Este tipo de ejercicio permiten reflexionar sobre varios temas que damos por sentado. Decir que Estados Unidos intervino en Vietnam para combatir el comunismo ignora el hecho de que Washington necesitaba la cooperación de París en el frente europeo. Sugerir que el gobierno de Estados Unidos privó de apoyo a los grupos locales, en el sudeste de Asia, por miedo a sus tendencias comunistas, pasa por alto el temor que tenía de generar fricciones con Londres, quien se encontraba en intentos similares de controlar sus colonias. Sí, es verdad que Estados Unidos quería combatir el avance del comunismo, pero también lo es que lo que comenzó como un esfuerzo por controlar y explotar los recursos de Vietnam se convirtió en una guerra que favoreció el prestigio por encima de los objetivos. No obstante, decir de manera tajante que el combate se libró “contra el comunismo” sin explicar qué es lo que representaba para Estados Unidos que dicha ideología se apoderara de Indochina es reduccionista y poco explicativa.

A pesar de la importancia de Estados Unidos y sus errores en Vietnam, sería ingenuo creer que la derrota se puede reducir a un solo factor. La falta de reformas agrarias en Vietnam del Sur causó gran descontento entre el gobierno y los campesinos, quienes se encontraban al margen del

¹³³ *Ibid.*, p. 10.

proyecto capitalista de Saigón. A esto se puede sumar la animosidad entre grupos religiosos, lo cual no hizo sino debilitar a los regímenes del Sur, pues debían lidiar con un enemigo externo y (lo que percibían como) uno interno. A todo esto se debe agregar el mal manejo de recursos, el cual entorpeció la creación de una industria interna, generó altos niveles de corrupción y una dependencia que destruyó al gobierno a la salida de Estados Unidos.

Quizá un régimen más disciplinado en Saigón hubiese dado lugar a gobiernos similares a los de los casos en que el intervencionismo estadounidense funcionó, como Seúl, Tokio y Taipéi. Es posible que el acercamiento de Washington a los nacionalistas de Hanói hubiese dado lugar a un comunismo más laxo, como el francés o el italiano. Sin embargo, no es mi intención reparar en los hubieras, sino destacar la importancia de tomar en cuenta aquellos aspectos del involucramiento estadounidense que muestran que su participación va más allá de la simplificación de combatir al comunismo, simplemente por luchar.

CONCLUSIÓN

Entre finales del siglo XVIII y mediados del siglo XX, Estados Unidos pasó de ser un Estado marginal, a la potencia dominante en el sudeste asiático.¹³⁴ A lo largo de este periodo, Washington mostró un claro interés por el libre comercio, mismo que impulsó con mayor ahínco en el siglo XIX.¹³⁵ La apertura de Japón, la promoción de la política de puertas abiertas en China y la determinación por detener el monopolio que insistía en crear el imperio nipón evidenciaron el compromiso estadounidense con un esquema de apertura comercial que beneficiaba de manera explícita sus intereses. Tras la victoria en el escenario del Pacífico, Estados Unidos se dio a la tarea de reconstruir los vestigios de lo que había formado parte del imperio japonés. Este proyecto por

¹³⁴ Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Nueva York, Random House, 1987, 275-291.

¹³⁵ Véase, *supra*, pp. 21-22.

reanimar economías que habían sido destruidas por el esfuerzo bélico dio lugar a uno de los involucramientos más activos por parte de la nueva potencia hegemónica, y sentó las bases del siguiente cuarto de siglo.

En Japón, Estados Unidos comenzó una ardua tarea de reconstrucción, la cual involucraba una serie de medidas económicas, políticas y sociales. El restablecimiento de un sistema democrático efectivo fue uno de los pilares que caracterizaron el proyecto estadounidense durante la ocupación. Esta reforma fue acompañada por un replanteamiento del papel de la mujer en la sociedad, reformas a la educación pública y la reformulación de la constitución –y el emblemático artículo 9.¹³⁶ Sin embargo, la misión que primó a lo largo de la ocupación fue la recuperación económica del país que yacía al centro del proyecto del desarrollo regional.

La reconstrucción económica de Japón fue la piedra angular sobre el cual descansaba el éxito o el fracaso de la empresa estadounidense. La ocupación dirigida por Washington desbarató el aparato industrial oligopólico, favoreció la reforma agraria y destinó esfuerzos a la formulación de políticas que privilegiaran un déficit balanceado.¹³⁷ Sin embargo, la mayor aportación estadounidense al desarrollo japonés fue obra de un evento que ninguno había previsto. La guerra en Corea sentó las bases para una inversión militar que reanimaría la industria en Japón, elevaría los salarios y mejoraría la condición de vida de los ciudadanos.¹³⁸

Tan pronto se volcó la mirada estadounidense sobre el conflicto en la península coreana, la burocracia japonesa comenzó a vadear e ignorar recomendaciones y limitantes impuestas por las fuerzas de ocupación –a sabiendas de que contaban con el beneplácito estadounidense. Se detuvo el desmantelamiento de los *Zaibatsu*, lo cual perpetuó un modelo de grandes empresas con

¹³⁶ Véase, *supra*, pp. 33-36.

¹³⁷ Véase, *supra*, p. 33-34.

¹³⁸ Véase, *supra*, pp. 34-36.

protección estatal, al tiempo que actores que habían sido excluidos del proceso político nacional (por sus lazos al gobierno militar de las décadas de 1930 y 1940) regresaron a la dieta.¹³⁹ Con tal de contener la amenaza del comunismo, Estados Unidos se volvió mucho más permisivo con las acciones tomadas por la burocracia japonesa, a quien dejó deliberar sobre su actuar mucho antes de lo que había sido acordado.

Para Corea del Sur, la reconstrucción económica no se constreñía a un deseo de las fuerzas de ocupación por limitar la influencia del comunismo en una sociedad empobrecida. La invasión de Corea del Norte y su frágil condición económica forzaron a Estados Unidos a tomar medidas más agresivas para garantizar la supervivencia del régimen del sur. Los estadounidenses dieron asistencia económica, para solventar el desarrollo de una industria local y la acompañó de ayuda militar, para disuadir futuras incursiones del régimen de Kim Il-Sung.¹⁴⁰ Como en Japón, Estados Unidos favoreció un sistema de educación pública y una reforma agraria eficaz, lo que logró menguar la desigualdad y pobreza, producto de ambas guerras. Pero, al igual que en Japón, Estados Unidos fue permisivo con la existencia de oligopolios que el mismo Estado protegía y dejó de lado su ideología democrática en aras de asegurar un desarrollo económico, pues era este último la mejor defensa frente al embate –ideológico y militar– del comunismo.¹⁴¹

Las críticas por parte de los republicanos al gobierno de Truman por haber permitido la caída de China a manos de los comunistas fueron severas.¹⁴² La insistencia con que abogaron en su contra por abandonar el esfuerzo de Chiang Kai-Shek generó gran desconfianza en la población

¹³⁹ Véase, *supra*, p. 35-36.

¹⁴⁰ Stueck, art. cit., pp. 282- 285.

¹⁴¹ En 1961, el General Park Chung-Hee orquestó el acontecimiento hoy conocido como el Golpe del 16 de Mayo. Tras protestas estudiantiles y sindicales, el país yacía en condiciones políticas inciertas. Con el apoyo del gobierno de Kennedy, Park instauró una junta que depuraría al gobierno de burócratas corruptos, perseguiría a comunistas y estrecharía sus lazos con sus aliados capitalistas. Véase José Luis León Manríquez y Juan Felipe López Aymes, art. cit., pp. 147-161.

¹⁴² Véase Logevall, art. cit., p. 287. *From Colony to Superpower*, p. 765.

estadunidense. La Guerra de Corea generó las condiciones propicias para un acercamiento con Taiwán, y el comienzo de una relación que apuntalaría al régimen insular.¹⁴³ Como en los casos previos, Estados Unidos extendió una serie de préstamos al gobierno en Taipéi, que favorecieron la creación de una industria local exportadora. Mediante la implementación de políticas económicas ortodoxas, el gobierno logró estabilizar las tasas de inflación, y promover precios fijos en bienes básicos de consumo. Sumado a esto, el gobierno de Chiang implementó una reforma agraria abarcadora, lo cual benefició las reformas previas y generó una redistribución que impulsó en desarrollo del régimen en la isla.¹⁴⁴ La estabilidad de una economía bien administrada compaginó con el apoyo militar y comercial que brindó Washington, lo cual alegró a quienes veían en estos indicadores la mejor esperanza para combatir el avance del comunismo.

El caso que mostró las limitaciones de las políticas, el poderío y la eficacia estadounidense fue Vietnam. Más allá de la evidente derrota militar, el proyecto por consolidar un régimen afín a los intereses estadounidenses nunca se cumplió, pues lejos de favorecer los intereses estratégico y económicos, primó el apoyo a los intereses ya moribundos de un aliado. Nacionalismo, anticolonialismo, y la competencia entre capitalismo y comunismo generaron un ambiente propicio para que surgieran fricciones que pudieron haber tenido un desenlace distinto.

Estados Unidos, en su ya ensayado papel como promotor de regímenes favorables al capitalismo, facilitó a las tropas francesas armas e insumos para librar una guerra contra las fuerzas de Ho Chin Minh. Tras repetidos esfuerzos por ejercer un control efectivo del país, y los fracasos que los acompañaban, Francia accedió a lo acordado en Ginebra, que puso fin a su ocupación y sentó las bases para la intervención de Washington en una guerra que no debió de haber librado.¹⁴⁵

¹⁴³ Patrick Tyler, *A Great Wall. Six Presidents and China*, Nueva York, Century Foundation Book, 1999, p. 9.

¹⁴⁴ Véase, *supra*, pp. 41-43.

¹⁴⁵ Véase, *supra*, pp. 45-47.

Tras su consolidación, el régimen de Vietnam del Sur comenzó un despegue económico que dependía del continuo apoyo que brindaba Estados Unidos, tanto en lo económico, como en lo militar. Aunque en un principio fue marginal, el episodio del Golfo de Tonkin acrecentó el involucramiento estadounidense y las capacidades del ejecutivo para tomar medidas durante la presencia en Indochina.¹⁴⁶ Los costos de la guerra y la ineficiencia del gobierno de Saigón para consolidar un gobierno en el Sur dieron pie a que la administración de Nixon buscara una salida que limitara la pérdida de credibilidad del esfuerzo bélico. La teoría del dominó que había dominado el pensamiento de estrategias en Washington pareció seguir un patrón de profecía auto cumplida.¹⁴⁷ Pocos años después de la salida de Estados Unidos, Vietnam sería reunificado por el gobierno en Hanoi, mientras Laos y Camboya veían la llegada al poder de regímenes afines al régimen comunista vietnamita.

A diferencia de los tres casos en que la ayuda y presencia estadounidenses fortalecieron a los regímenes capitalistas, Vietnam del Sur sufrió graves problemas de reestructuración, que generaron un antagonismo severo entre las zonas rural y urbana. La falta de una reforma agraria efectiva apuntaló la desigualdad, la cual era agravada por altos índices de corrupción durante el gobierno de Diem. El régimen poco pudo hacer para consolidar una industria local, pues a pesar de ser redituable, se enfrentaba al acoso constante del Vietcong. Sumado a la falta de reformas abarcadoras y los problemas de consolidación industrial, la presencia estadounidense generó una dependencia económica de la que nunca se pudo librar el gobierno de Saigón. Al retirarse las tropas estadounidenses, la frágil infraestructura se colapsó.

En los cuatro casos, Washington se consolidó como el motor económico que aceleraría la reconstrucción y desarrollo de países que yacían ahora dentro de su esfera de influencia. La

¹⁴⁶ Logevall, art. cit., p. 284.

¹⁴⁷ Véase, *supra*, pp. 45-50.

dinámica que en su momento había construido Japón en el Este de Asia fue rediseñada por Estados Unidos, con un fin similar, pero por vías distintas. Tokio permanecía a la cabeza de un bloque de países que, bajo el esquema de Washington, comenzaron a despuntar mediante programas de apoyo económico que garantizaban su afiliación al proyecto estadounidense.

Si el esquema satisfacía sus intereses, fueran estos económicos –como en Japón– o estratégicos –como en Vietnam del Sur–, Estados Unidos ignoraba las contradicciones de una política que abogaba por la libertad y la democracia. Como muestran con claridad los casos de Corea del Sur, Vietnam del Sur e Indonesia, las elecciones podían ser desechadas, si estas entorpecían el objetivo central de apuntalar un régimen que favoreciera al capitalismo.¹⁴⁸ Sumado a esto, el apoyo que se brindó al gobierno de Taipéi y la permisividad con que se actuó frente a quienes se habían identificado como partidarios del gobierno militar japonés evidencia con mayor claridad la indiferencia estadounidense.

El apoyo a élites locales, golpes de Estado, vínculos con gobiernos totalitarios y la indiferencia antes prácticas oligopólicas son evidencia de algunos de los caminos que tomó Washington para promover sus intereses estratégicos y económicos. Todo en un intento por evitar el monopolio económico de una región que, con facilidad, había sucumbido durante la década de 1930.

¹⁴⁸ Como queda claro, Estados Unidos fue permisivo con los golpes de estado en Corea, Vietnam e Indonesia, pues prefería la estabilidad y desarrollo económico, aunque estos limitaran las libertades sociales o la participación política. En Japón esto se manifestó en el beneplácito de Washington a la reinserción en la esfera política de individuos que habían colaborado con el gobierno militar de principios del siglo XX.

II

NI ALIADOS, NI ADVERSARIOS, SÓLO INTERESES

La guerra en Vietnam se había convertido en un esfuerzo insostenible. El desgaste social, económico y psicológico dejó claro que la administración de Nixon debía actuar si planeaba evitar la debacle que se avecinaba. Desde su campaña, el candidato dejó en claro que su gobierno tomaría medidas que facilitarían la salida de Vietnam –aunque no mencionaba cuáles serían las que darían lugar a una retirada decorosa.¹ El conflicto sino-soviético había despertado en Henry Kissinger y el propio Nixon la esperanza de poder estrechar lazos con Beijing,² lo cual les permitiría resolver con cierto decoro una guerra que se había prolongado más allá de lo que cualquiera hubiese deseado. Lo que había comenzado como una lucha por evitar la expansión del comunismo (para garantizar el suministro de materias primas) en el Este de Asia, se convirtió en un esfuerzo por limitar los costos de una intervención que parecía no tener ni fin –ni pies, ni cabeza.

El interés estratégico primaba en la agenda de Nixon, quien pensaba que las fricciones entre China y la Unión Soviética podían favorecer un acercamiento que facilitara un intercambio favorable para chinos y estadounidenses.³ Si es verdad que Estados Unidos necesitaba la firma de

¹ George C. Herring, *From Colony to Superpower. U.S. Foreign Relations since 1776*, Oxford, Oxford University Press, 2008, p. 765 (en adelante *From Colony to Superpower*).

² Véase Margaret MacMillan, *Nixon and Mao: The Week that Changed the World*, Nueva York, Random House, 2008, p. xxi.

³ *Ibid.*, pp. 100-110, 263-268.

un acuerdo de paz para poder salir de Vietnam, China también perseguía una agenda que requería del apoyo estadounidense. En primera instancia, las constantes fricciones con Moscú habían generado un antagonismo entre los dos referentes del comunismo, y Beijing contaba con la firme intención de distanciarse de su vecino.⁴ El contacto con Washington mandaría un claro mensaje a los soviéticos, quienes verían en el acercamiento al bloque contrario una amenaza a su proyecto ideológico.

Aunado a esto, los deseos de Mao por consolidar el proyecto de unificación nacional habían sido cortados de tajo por el actor con el que ahora buscaba congraciarse. El apoyo que brindaba Estados Unidos a Formosa entorpeció lo que pudo haber sido la catarsis que el proyecto maoísta tanto había deseado.⁵ A pesar de ser paradójico, el acercamiento con su contraparte en Washington parecía la única manera de lidiar con un tema central en la agenda de Beijing: el deterioro de tensiones con Moscú.

Mientras las relaciones de Estados Unidos con un antiguo adversario comenzaron un período de deshielo, las relaciones con Japón parecían tensarse. El intercambio comercial entre aliados fue la piedra angular de la relación entre el gigante continental victorioso y la nación insular que yacía en ruinas.⁶ Washington había otorgado una serie de beneficios a Tokio, mismos que fungieron como herramienta para acelerar el desarrollo industrial japonés.⁷ Sin embargo, lo que en un principio fueron apoyos que respondían a intereses precisos, se tornaron en responsabilidades costosas para un gobierno que sufría los estragos de una protección que parecía más un lastre que

⁴ Para un recuento de las circunstancias que llevaron al conflicto y el desarrollo de la relación entre Moscú y Beijing véase Sergei Radchenko, "The Sino-Soviet Split", en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, Vol. 2, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

⁵ Tras la Guerra de Corea, Estados Unidos encontró renovado interés por la protección de Taiwán, lo que veía como indispensable para sus operaciones en la región. Véase Richard C. Bush, *At Cross Purposes. U.S.-Taiwan Relations Since 1942*, Nueva York, M.E. Sharp, 2004, pp. 88-114.

⁶ John K. Emmerson y Harrison M. Holland, *The Eagle and the Rising Sun*, Massachusetts, Addison-Wesley Publishing Company, 1988, pp. 58-68.

⁷ Véase, *supra*, pp. 33-36.

una oportunidad. El desarrollo económico que experimentó el imperio insular no llegó acompañado de reformas económicas y mayor apertura a los productos estadounidenses,⁸ lo cual irritó a los tomadores de decisión en Washington.

Los problemas en la esfera comercial comenzaron a causar estragos en la relación militar. Los conflictos armados en los que se vio involucrado Estados Unidos favorecieron de manera directa a Japón, por ser la sede de bases navales y militares esenciales para sus esfuerzo bélicos en la región.⁹ La Guerra de Vietnam mostró las limitantes del poderío de Estados Unidos, mismo que lo llevó a presionar a Japón (quien había lucrado con las guerras de su aliado) para que éste diera una mayor importancia a compartir la responsabilidad de la seguridad regional.¹⁰ Debido al crecimiento agigantado del Producto Interno Bruto (PIB), y al superávit comercial que manejaba en la relación con su aliado, Washington instó a Tokio a que diera fe de su compromiso, mediante un involucramiento más prometedor en materia de seguridad.¹¹

Las demandas estadounidenses tenían un sustento sólido. Los esfuerzos de reconstrucción japoneses fueron tan exitosos que el desarrollo económico que experimentó tras la ocupación lo llevaron a convertirse en la segunda economía más grande del mundo, y la primera del Este de Asia.¹² Dicho predominio, impulsado por una rápida industrialización, generó un patrón de crecimiento que alimentaba a países abiertos a la inversión japonesa, lo cual comenzó a generar

⁸ Las quejas estadounidenses sobre lo que percibía como medidas proteccionistas eran reflejo de un hartazgo con lo que veían como un sistema que limitaba su capacidad de invertir y participar en el mercado japonés. Véase Emerson y Holland, *op. cit.*, 91-98.

⁹ *From Colony to Superpower*, pp. 745.

¹⁰ Sheila A. Smith, "The Evolution of Military Cooperation in the U.S.-Japan Alliance", en Michael J. Green y Patrick M. Cronin (editores), *The U.S.-Japan Alliance. Past, Present, and Future*, Nueva York, Council on Foreign Relations Press, 1999, pp. 69-84. (En adelante, *The Evolution of Military Cooperation*)

¹¹ *Ibid.*, 84-88.

¹² Véanse los datos del Banco Mundial, con énfasis en los datos comparativos Japón-Este de Asia y Japón-G7. The World Bank, "GDP (Current %) Japan/East Asia", *The World Bank Data*, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD?contextual=region&locations=JP>, y "GDP (Current %) Japan/G7", *The World Bank Data*, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD?contextual=default&locations=JP-US-GB-DE-FR-IT-CA>, consultado el 11 de septiembre de 2017.

vínculos estrechos entre Tokio y sus vecinos.¹³ Lo que empezó como un problema en la balanza de pagos, terminó por representar una amenaza para la icónica industria automotriz;¹⁴ el corazón de la economía de Estados Unidos.

Mucho se ha discutido sobre el papel que desempeñaron distintos presidentes para enfrentar los retos que presentaban las relaciones con los dos actores más importantes de la región. Se encapsula el actuar de uno u otro tomador de decisión en alguna corriente teórica, con miras a explicar los procesos que llevaron a que optara por una u otra estrategia. Sin embargo, sugerir cambios entre las acciones de los presidentes en este período es obviar las grandes similitudes que caracterizan su actuar en el Este de Asia. Las corrientes tradicionales ofrecen explicaciones incompletas sobre el papel que Estados Unidos desempeñó en la región.¹⁵ No obstante, si uno se centra en los intereses estadounidenses –tanto económicos, como estratégicos– uno comienza a notar la continuidad en la estrategia de Washington en la región durante la segunda mitad del siglo XX. China y Japón presentaron dos retos frente a los cuales las administraciones estadounidenses presentaban, por momentos, discursos que parecía contradecir o poner fin a las políticas de quienes los habían antecedido. No obstante, esto no cambió el actuar de los tomadores de decisión una vez en el poder, quienes –al final– siguieron una política exterior consistente en el Este de Asia, a saber, garantizar sus intereses.

Es importante destacar la relación que mantuvo Estados Unidos con los dos actores en el periodo comprendido entre el fin de la Guerra de Vietnam y el principio del milenio. En el caso de

¹³ Michael A. Barnhart, “From Hershey Bars to Motor Cars; America’s Economic Policy Towards Japan, 1945-76”, en Arika Iriye y Robert A. Wampler, *Partnership. The United States and Japan 1951-2001*, Nueva York, Kodansha International, 2001, pp. 204. Laura Stone, “Whither Trade and Security? A Historical Perspective”, en Michael J. Green y Patrick M. Cronin (editores), *The U.S.-Japan Alliance. Past, Present, and Future*, Nueva York, Council on Foreign Relations Press, 1999, pp. 250-251.

¹⁴ Emmerson y Holland, *op. cit.*, pp. 76-81.

¹⁵ Por incompletas no argumento aquí que carezcan de valor explicativo. Sin embargo, es importante destacar sus limitantes, pues al observar aquellos fenómenos que no pueden explicar a cabalidad se esclarece el valor de analizar el actuar de Estados Unidos a la luz de sus intereses.

China, el primer paso fue el acercamiento y restablecimiento de canales de comunicación, lo cual marcó un parteaguas en la política estadounidense pues rompió con la tradición de reconocer al gobierno de Taipéi como heredero del gobierno chino.¹⁶ Tras la visita del presidente Nixon, en 1972, los temas que a ambos concernían (la Unión Soviética, Vietnam y Taiwán) fueron tratados de inmediato, ya que ambos buscaban su pronta resolución.¹⁷

A pesar de la llegada de la oposición, la administración de James Carter continuó con las políticas que implementaron Richard Nixon y Gerald Ford. Los demócratas, lejos de distanciarse de la agenda de los republicanos, fueron los artífices del traslado de la embajada de Taipei a Beijing. El continuo acercamiento entre Estados Unidos y China incomodó a un gran número de servidores públicos, entre los cuales destaca Ronald Reagan. Su llegada a la Casa Blanca llegó acompañada de una retórica muy favorable a Taiwán, y que criticaba el abandono diplomático de administraciones pasadas. Esta retórica irritó a Beijing, quien se vio forzada a esperar la visita del mandatario estadounidense para calmar su descontento.

La prosperidad que trajo el creciente intercambio entre China y Estados Unidos a ambos se vio afectado por los eventos del 4 de junio de 1989. El incidente en Tiananmen no hizo sino agravar las tensiones entre Beijing y Washington, lo cual favoreció el resurgimiento del debate sobre el papel de los derechos humanos en la relación bilateral, y la presión que los mandatarios estadounidenses debían ejercer para que China los respetara.¹⁸

Al tratar cada elemento de este capítulo, el objetivo es mostrar cómo los intereses económicos y estratégicos son los que han determinado el actuar estadounidense. Detrás del ruido

¹⁶ Nancy Bernkopf Tucker, *Strait Talk. United States-Taiwan Relations and the Crisis with China*, Massachusetts, Harvard University Press, 2009, pp. 12-22.

¹⁷ MacMillan, *op. cit.*, p. 234.

¹⁸ James Mann, *About Face. A History of America's Curious Relationship with China, From Nixon to Clinton*, New York, Vintage Books, 2000, pp. 195-197, 275-277.

que generan los discursos, posturas de partidos y candidatos, la continuidad del actuar estadounidense responde a una política que persigue los intereses de Washington en la región, mismos que han marcado la pauta en su relación con Tokio y Beijing.

Por su parte, la relación entre Japón y Estados Unidos comenzó como una de tutelaje positivo, en la cual el apoyo económico facilitaría la recuperación de la nación insular tras la derrota en la guerra.¹⁹ Aunque la década de 1970 comenzó con la devolución de Okinawa,²⁰ la omisión de comunicar a Tokio las reuniones secretas de Kissinger con su contraparte en Beijing, y el aviso de última hora de la visita de Nixon a China provocaron gran desconcierto y resentimiento entre los funcionarios japoneses.²¹

Sumado a la falta de comunicación, las fricciones relacionadas con el comercio y la asimetría en la balanza de pagos llevaron a fuertes declaraciones entre miembros de ambas burocracias, quienes acusaban el uno al otro de entorpecer las relaciones.²² En Washington, las presiones constantes de la industria automotriz, de telecomunicaciones y agropecuaria, entre otras, obligó a los presidentes a tomar medidas que satisficieran los reclamos de esos sectores, que eran los más grandes y productivos de su economía.²³ La crítica más severa por parte de Washington a Japón era aquella dirigida al proteccionismo que inhibía o entorpecía la entrada de productos foráneos. A estas medidas se sumaba el monopolio que el gobierno japonés ejercía sobre sectores que resultaban atractivos para empresas estadounidenses,²⁴ lo cual Washington veía como una afronta a

¹⁹ Emerson y Holland, *op. cit.*, pp. 67 *et passim*.

²⁰ *Ibid.*, p. 62.

²¹ MacMillan, *op. cit.*, cap. 18.

²² Thomas W. Zeiler, "Business Is War in U.S.-Japanese Economic Relations, 1977-2001", en Arika Iriye y Robert A. Wampler, *Partnership. The United States and Japan 1951-2001*, Nueva York, Kodansha International, 2001, pp. 224-234.

²³ Barnhart, art. cit., pp. 218-219.

²⁴ Emerson y Holland, *op. cit.*, 91-94.

los principios que abanderaba.²⁵ El papel activo del Estado japonés en la economía fue percibido como una amenaza para quienes consideraban que el libre actuar del mercado corregiría los problemas.

Aunado a las dificultades en la esfera comercial, Estados Unidos comenzó a percibir que el gasto que destinaba a la seguridad de Japón era excesivo e insostenible. Así, comenzó a presionar a su aliado con la finalidad de que Tokio comenzara a destinar una mayor proporción de su creciente PIB al gasto en defensa.²⁶ Lejos de concebir el aumento en el gasto de defensa como una amenaza a su presencia en el Este de Asia, Washington consideraba que cooperar y distribuir los costos de su involucramiento eran necesarios para continuar con una dinámica que favoreciera la estabilidad regional.

El discurso y los planteamientos de Washington parecían mostrar lo errático que pueden llegar a ser los gobiernos democráticos. El cambio de posturas que acompañaba al cambio de cada gobierno sugería que Estados Unidos carecía de una estrategia de política exterior. Sin embargo, el actuar estadounidense reflejaba la necesidad de entablar relaciones productivas con China y Japón, a manera de proteger aquello que más importaba: sus intereses estratégicos y económicos.

CHINA

El acercamiento entre Estados Unidos y la República Popular China (RPC) se dio al tiempo que las relaciones entre Moscú y Beijing se encontraban en su peor momento. El distanciamiento entre los dos países más grandes del bloque comunista abrió una oportunidad para que Washington diera el último golpe a una relación a lo que percibía como un bloque monolítico.²⁷ La normalización

²⁵ Véase John G. Ikenberry, *Liberal Leviathan. The Origins, Crisis, and Transformation of the American World Order*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2011.

²⁶ *The Evolution of Military Cooperation*, pp. 69-84.

²⁷ Bernkopf, *op. cit.*, p. 13. MacMillan, *op. cit.*, pp. 100-110, 263-268. Mann, *op. cit.*, p. 16.

de relaciones fue un proceso tardado que se extendió a lo largo de tres administraciones (Nixon, Ford y Carter), y afectó a los aliados de Estados Unidos en la región.²⁸

El deporte allanó el camino para el primer acercamiento. Un encuentro fortuito entre atletas chinos y estadounidenses en Japón, durante un torneo de ping-pong en 1971, dio lugar a que los jugadores de la República Popular China extendieran una invitación a sus rivales. Este evento (el cual contó con el beneplácito de Mao) desencadenó la serie de eventos que llevarían a la visita de Nixon en 1972.²⁹ Es claro que las condiciones entre los dos países habían comenzado a mejorar desde que, en 1968, el presidente Johnson disminuyó la ferocidad de la campaña militar en Vietnam.³⁰ No obstante, la llegada de Richard Nixon a la oficina Oval aceleró el proceso de acercamiento, pues se percató de inmediato que la situación en Indochina era peor de lo que esperaba, y que de no hacer nada se podría ver rebasado por la izquierda estadounidense, quienes pedían ya la normalización de relaciones con China continental.³¹

La secrecía fue una de las características más destacadas del gobierno de Nixon, pues el presidente sólo compartía sus ideas con un grupo muy cercano de colaboradores, a la cabeza del cual se encontraba Henry Kissinger.³² Este último compartía la visión del presidente y veía en la reanudación de relaciones diplomáticas con China la única salida decorosa al conflicto en Vietnam, sumado a una estrategia para romper con el bloque de países comunistas.³³ Una serie de encuentros preliminares entre funcionarios chinos y estadounidenses –mediados por Polonia y Pakistán– dieron

²⁸ MacMillan, *op. cit.*, 288-299.

²⁹ Henry Kissinger, *On China*, Nueva York, The Penguin Press, 2011, 222-223. Mann, *op. cit.*, 28-29.

³⁰ George C. Herring, *America's Longest War: The United States and Vietnam, 1950-1975*, Nueva York, MacGraw Hill, 2ª edición, 1986, caps. 4-5. (En adelante, *America's Longest War*).

³¹ Nixon no quería verse rebasado políticamente por los demócratas, quienes abogaban ya hace tiempo por una normalización de las relaciones con Beijing. Con tal de prevenir que el partido de izquierda se le adelantase, optó por comenzar él con un acercamiento cauteloso. Mann, *op. cit.*, pp. 16, 28. *From Colony to Superpower*, p. 775.

³² Kissinger, *op. cit.*, p. 236. Refiero aquí al texto escrito por el propio artífice de la política estadounidense hacia China durante el gobierno de Nixon. Sin embargo, es importante notar que el tema de la secrecía de dicho gobierno se pueden encontrar en los textos de Mann, Herring, MacMillan, Tyler, entre otros.

³³ Kissinger, *op. cit.*, 202-231. Mann, *op. cit.*, caps. 1-2.

lugar a la visita secreta del consejero de seguridad nacional estadounidense Kissinger, que serviría como antesala a las negociaciones entre Washington y Beijing.³⁴

El encuentro secreto entre Zhou Enlai y Henry Kissinger en Beijing, en 1971, sentó las bases para la visita de Richard Nixon a dicha ciudad. En la reunión, el Premier Chino destacó que el reconocimiento de Taiwán como parte de China sería la piedra angular sobre la cual descansaría la relación entre ambos países, idea que compartió el enviado estadounidense.³⁵ El 15 de julio de 1971, Nixon anunció su visita a la República Popular China, la cual sorprendió a propios y extraños. En Moscú, el restablecimiento de las relaciones entre Beijing y Washington fue visto con gran descontento, por lo que podría representar para el bloque comunista en su conjunto. Por otra parte, la respuesta entre los miembros del bloque capitalista fue diversa, pues si bien Canadá y los europeos dieron la bienvenida al restablecimiento de relaciones, Corea del Sur, Vietnam del Sur, Japón y Taiwán resintieron que su principal aliado no consultara con ellos.³⁶ La implicación del acercamiento iba más allá de lo económico, pues el interés estratégico de romper el bloque comunista parecía encaminado al éxito.

La visita de Nixon, entre el 21 y 28 de febrero, fue captada por una extensiva cobertura de medios de comunicación. La apertura de un país que había permanecido al margen del alcance de cualquier estadounidense asombró a todos quienes llegaron a documentar el encuentro entre el presidente de Estados Unidos y la icónica figura de la República Popular China.³⁷ Sin embargo, más allá de los recuentos de banquetes, las fotos de destacados sitios históricos y la labor cultural

³⁴ *From Colony to Superpower*, pp. 777-778. Kissinger, *op. cit.*, pp. 236-241.

³⁵ Kissinger, *op. cit.*, pp. 248-250. Mann, *op. cit.*, pp. 32-33.

³⁶ Canadá y algunos europeos ya habían estrechado relaciones con la RPC, por lo cual el hecho de que Estados Unidos formalizara relaciones era tan bien visto entre ellos. No obstante, Japón recibió la noticia 15 minutos antes de que Nixon realizara el pronunciamiento, lo cual despertó desconfianza. Sumado a Japón se encuentran Corea del Sur y Vietnam del Sur, quienes vieron este acercamiento como un peligro para su defensa y supervivencia, pues consideraban que el restablecimiento de relaciones llevaría a una disminución en el apoyo militar que les brindaba Estados Unidos. Mann, *op. cit.*, pp. 36-38. MacMillan, *op. cit.*, pp. 288-299.

³⁷ *From Colony to Superpower*, pp. 791.

de la primera dama de Estados Unidos, la relevancia de la visita residía en los acuerdos políticos que resultarían de las negociaciones entre ambos países.

Las acaloradas discusiones entre Estados Unidos y República Popular China dieron lugar a la redacción del primer pronunciamiento conjunto, a saber, el Comunicado de Shanghái.³⁸ Entre los temas del comunicado conjunto sobresalen dos, a saber, la hegemonía en Asia-Pacífico y la situación política de Taiwán. En lo que refiere al primero, el comunicado describe los esfuerzos de ambos estados por ejercitar la autolimitación, y argumentan que ninguno “[...] buscará la hegemonía en Asia-Pacífico, al tiempo que ambos se oponen a los esfuerzos de cualquier país o grupo de países por establecer dicha hegemonía”.³⁹ En cuanto a Taiwán, los pronunciamientos fueron mucho más calculados, pues si es verdad que Estados Unidos no estaba dispuesto a abandonar por completo al gobierno en Taipéi, el gobierno en Beijing no cedería si el lenguaje e intenciones de Washington no se acoplaban a los criterios que habían acordado. Tras arduas negociaciones, el Comunicado de Shanghái logró expresar las intenciones de uno y otro bando de manera que ambos estuvieran de acuerdo con lo que el documento proclamaba.⁴⁰ La frase “Estados Unidos reconoce que todos los chinos en ambos lados del estrecho de Taiwán mantienen que hay sólo una China y que Taiwán es parte de esa China”⁴¹ sentenció el futuro del gobierno en Taipéi, pues Washington reconocía que el heredero de China era el gobierno en Beijing.

El acercamiento tuvo el desenlace deseado. Tan pronto se estableció una oficina temporal de relaciones diplomáticas en cada capital, el vínculo entre ambos países se expandió más allá de la política. Los intercambios culturales, académicos y comerciales abrieron una ventana de

³⁸ Departamento de Estado, *Joint Communiqué of the United States of America and the People's Republic of China*, Shanghái, 1972. (De aquí en adelante Comunicado de Shanghái).

³⁹ *Loc. cit.*

⁴⁰ Kissinger, *op. cit.*, pp. 267-273. Mann, *op. cit.*, p. 49.

⁴¹ *Comunicado de Shanghái, op. cit.*

oportunidad para que la sociedad y el sector privado aceleraran el proceso que los mandatarios de cada país habían comenzado.⁴² Sin embargo, poco después de su visita, la administración de Nixon se vio inmersa en un problema político que sería fatal. El escándalo de *Watergate* templaría la fortaleza de las instituciones en Washington,⁴³ al tiempo que pondría a prueba el carácter de la relación con China.

El juicio político que dio lugar a la renuncia de Richard Nixon sacudió a Estados Unidos hasta sus cimientos.⁴⁴ Beijing observó con ansias el proyecto, pues veía que quien había perseguido con vehemencia un acercamiento dejaba en su lugar a un vicepresidente que poco sabía de la complejidad de la relación.⁴⁵ Sin embargo, al igual que Nixon, Gerald Ford contó con el apoyo de Kissinger, quien aseguró a Deng Xiaoping y Zhou Enlai que la política de Estados Unidos con China mantendría el mismo tono que las de su antecesor.⁴⁶ Fiel a su palabra, el gobierno de Ford mantuvo el intercambio cordial con su contraparte en Beijing. En 1975, con la finalidad de refrendar los esfuerzos por normalizar las relaciones, el presidente visitó China, ocasión que aprovechó para celebrar los logros de dos países que, cinco años atrás, no contaban con un solo canal formal de comunicación.⁴⁷

Los escándalos en que se vio inmerso Nixon, y las subsecuentes acciones de Ford por remediar los problemas,⁴⁸ desacreditaron por completo al partido republicano. En noviembre de 1976, James Carter triunfó en la contienda electoral, lo cual representó un nuevo reto para la relación China – Estados Unidos: el cambio de partido. La llegada de un demócrata modificó por

⁴² Mann, *op. cit.*, caps. 2-3.

⁴³ Leon Jaworski, *The Right and the Power. The Prosecution of Watergate*, Nueva York, Reader's Digest Press, 1976.

⁴⁴ Carl Bernstein y Bob Woodward, *All the President's Men*, Nueva York, Simon and Schuster, 1974.

⁴⁵ Kissinger, *op. cit.*, pp. 292-293.

⁴⁶ Mann, *op. cit.*, p. 66.

⁴⁷ Kissinger, *op. cit.*, p. 306. Patrick Tyler, *A Great Wall. Six Presidents and China*, Nueva York, Century Foundation Book, 1999, pp. 181-226.

⁴⁸ Jaworski, *op. cit.*, caps. 6-13.

completo el panorama pues ya desde sus reuniones con Mao, el presidente Nixon había expresado su descontento por posibles arreglos entre las autoridades en Beijing y miembros del partido demócrata.⁴⁹ A pesar de un breve periodo de incertidumbre, las relaciones entre Estados Unidos y China superaron aquella barrera que ambos presidentes republicanos jamás pudieron, a saber, la normalización mediante el traslado formal de la embajada.⁵⁰

La presidencia de Carter se caracterizó por un discurso que abogaba por la protección e implementación de los derechos humanos.⁵¹ Sin embargo, esta fuerte tendencia en la que se denunció las acciones de gobiernos en contra de su población, omitía siempre a China.⁵² En 1978, miembros del gabinete de Carter, entre los cuales destacaban Zbigniew Brzezinski –el asesor de seguridad nacional– y Michel Oksenberg –miembro del consejo de seguridad nacional–, viajaron a China para negociar la formalización de las relaciones.⁵³ Para finales del año, ambas partes acordaron que, al comenzar el año 1979, la embajada de Estados Unidos sería trasladada de su sede en Taipéi a la capital de la República Popular China. Sumado a esto, Washington y Beijing emitieron el segundo comunicado conjunto,⁵⁴ al cual añadieron que Estados Unidos terminaría sus relaciones formales con el gobierno de Taiwán –lo cual, más tarde, llevaría al caso *Goldwater v. Carter*.⁵⁵ Las decisiones de Carter fueron cuestionadas tanto por miembros de su administración, cuanto por miembros del Congreso. En su gabinete había quienes pedían que los lazos fueran más allá de las relaciones diplomáticas, pues una alianza militar con Beijing pondría en jaque a la Unión

⁴⁹ Para un recuento del descontento de Nixon ante la posible negociación de Mao con miembros del partido demócrata véase Mann, *op. cit.*, caps. 1-2

⁵⁰ Kissinger, *op. cit.*, p. 383.

⁵¹ *From Colony to Superpower*, pp. 845-847.

⁵² La administración Carter obvió o limitó su discurso con respecto a los derechos humanos, en aras de mantener una relación cordial con China. Mann, *op. cit.*, pp. 101-103.

⁵³ Kissinger, *op. cit.*, 350-351.

⁵⁴ *Joint Communiqué on the Establishment of Diplomatic Relations between the United States of America and the People's Republic of China*, Beijing, 1979.

⁵⁵ Corte Suprema de los Estados Unidos, *Goldwater v. Carter*, 444 U.S. (996), 1979. Para más sobre la importancia de este caso véase, *supra*, pp. 79-80.

Soviética.⁵⁶ Por su parte, voces dentro del Congreso sugerían que Carter estaba marginando a los aliados de Estados Unidos, quienes se verían a la deriva por este nuevo acercamiento con el país comunista.⁵⁷

A pesar de las inquietudes de algunos, la normalización llevó a un incremento sustancial del número de acuerdos bilaterales en materia económica, tecnológica y de intercambios comerciales, entre otros.⁵⁸ Las embajadas, abiertas en cada país en marzo de 1979, llegaron acompañadas de cooperación en asuntos regionales, la resolución de reclamaciones privadas, y acuerdos en organizaciones internacionales.⁵⁹ Las relaciones entre Estados Unidos y China parecían haber sobrevivido una crisis institucional y la alternancia en el poder en Washington. La próxima prueba sería la presidencia de Reagan, un anticomunista empedernido con un discurso que sugería un reaceramiento con Taiwán.

Las negociaciones del Salt II, la crisis en Terán y la invasión soviética a Afganistán hicieron sentir al pueblo estadounidense que la presidencia de Carter no había hecho sino fortalecer la posición del bloque comunista frente a un Estados Unidos, y que éste no hacía más que ceder ante sus provocaciones.⁶⁰ El gobernador de California –y estrella de Hollywood–, Ronald Reagan, promovió un discurso que devolvió esperanza a todos aquellos que sentían que su país perdía terreno frente a la expansión desenfrenada del comunismo.⁶¹ Reagan no era ajeno a la relación entre Estados Unidos y China, pues ya Nixon había recurrido a él como emisario en una muestra

⁵⁶ Mann, *op. cit.*, caps. 4-5.

⁵⁷ *Loc. cit.*

⁵⁸ Para entender la complejidad y el crecimiento de la relación entre Estados Unidos y China véanse Pierre M. Perrolle, “Long-Term Educational Exchange with China” y William R. Feeney, “Strategic Implications”, en Gene T. Hsiao y Michael Witunski (editores), *Sino-American Normalization and its Policy Implications*, Nueva York, Praeger, 1983. Kissinger, *op. cit.*, pp. 360-367.

⁵⁹ Kissinger, *op. cit.*, pp. 360-367.

⁶⁰ Man, *op. cit.*, cap. 5. Tyler, *op. cit.*, pp. 227-286.

⁶¹ Kissinger, *op. cit.*, pp. 377-381.

de solidaridad con el gobierno en Taipéi.⁶² Desde la campaña, el gobernador de California expresó su rechazo al comunismo, así como su desacuerdo con administraciones pasadas, pues argumentaba que estas habían marginado a sus verdaderos aliados con el fin de estrechar la mano al enemigo.⁶³

El discurso de Reagan en que argumentaba que durante su administración no habrían “[...] más Vietnemes, Taiwanes [*sic.*] o traiciones”⁶⁴ cambió una vez que el candidato republicano triunfó en la contienda de 1980. Durante el segundo año de su mandato, China y Estados Unidos emitieron el tercer comunicado conjunto, en el cual Washington reiteró que reconocía la soberanía de Beijing sobre la isla en contienda.⁶⁵ Sumado a esto, el comunicado expresó que Estados Unidos reduciría la venta de armas a Taiwán, para mostrar su compromiso con la nueva relación con Beijing. Aunque Reagan optó por un lenguaje que evitaba poner fechas específicas al proceso,⁶⁶ es evidente que la acalorada retórica contra el gobierno chino se matizó una vez instalado en la oficina Oval.

Un presidente que entró con un discurso que amenazaba la relación misma, transitó de manera que China se convertía en un aliado en contra de los soviéticos.⁶⁷ Este tipo de cambios se vio reflejado en la visita que realizó el presidente Reagan a China, en 1984, gesto que el premier Zhao Ziyang reciprocó el mismo año, y que Li Xiannian imitó un año más tarde.⁶⁸ En esta atmósfera tan propicia continuaron su marcha Estados Unidos y China, ayudados por la victoria del partido republicano (lo cual abonaba a un sentido de continuidad).

⁶² MacMillan, *op. cit.*, p. 298.

⁶³ Kissinger, *op. cit.*, pp. 377-381.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 379.

⁶⁵ *From Colony to Superpower*, p. 901. Kissinger, *op. cit.*, p. 382.

⁶⁶ Mann, *op. cit.*, p. 127.

⁶⁷ Kissinger, *op. cit.*, p. 386.

⁶⁸ Mann, *op. cit.*, pp. 144-147.

El vicepresidente de Reagan, George H. W. Bush, lo sucedió tras triunfar en la contienda electoral de 1988. Aunque la continuidad del partido en el poder fue uno de los factores que favoreció la estabilidad en la relación bilateral, el papel que el presidente Bush había desempeñado en la oficina provisional de relaciones, entre 1973 y 1978, fue factor fundamental en el intercambio cordial con Beijing.⁶⁹ Los vínculos con tomadores de decisión en China, sumado al conocimiento de la política y burocracia de Beijing fueron de gran utilidad para el nuevo presidente, quien debió enfrentar una de las crisis más serias de la relación.

La represión del gobierno chino a manifestantes en la plaza de Tiananmen puso a prueba, una vez más, la relación entre Washington y Beijing. El episodio despertó los ánimos de la opinión pública en Estados Unidos, que manifestó su descontento contra las acciones tomadas por un gobierno que representaba la antítesis de los valores que caracterizaban a los estadounidenses.⁷⁰ Las imágenes y los recuentos del evento movilizaron a varios congresistas, entre los cuales destacaba la representante de California, Nancy Pelosi, quien abogaba por fuertes sanciones impuestas por el Congreso estadounidense. La crisis fue tal que, por primera vez desde 1973, Washington y Beijing suspendieron pláticas de alto nivel, y la administración de Bush se vio forzada a implementar sanciones ejecutivas.⁷¹

La crisis también llevó a un deterioro en el intercambio comercial y a una caída abrupta en el número de turistas estadounidenses, a lo cual se sumaron restricciones de venta de armas y préstamos que emitiría el Fondo Monetario Internacional.⁷² A pesar de estas fricciones, el tacto de George H. W. Bush lo llevó a extender una disculpa a Deng mediante una carta, que explicaba la

⁶⁹ Kissinger, *op. cit.*, p. 412. *From Colony to Superpower*, p. 793.

⁷⁰ David M. Lampton, *Same Bed, Different Dreams. Managing U.S.-China Relations 1989-2000*, Berkeley, University of California Press, 2001, pp. 15-30.

⁷¹ *From Colony to Superpower*, pp. 903-904. Mann, *op. cit.*, pp. 195-196. Kissinger, *op. cit.*, pp. 411-428.

⁷² Mann, *op. cit.*, pp. 195-210. Lampton, *op. cit.*, pp. 15-30.

situación y el sentimiento de la población estadounidense, al tiempo que lo invitaba a continuar una relación que (más allá del incidente) había sido mayormente exitosa.⁷³

Los estadounidenses llegaron a una nueva elección con el recuerdo de las acciones tomadas por Bush frente a Beijing, las cuales muchos percibían como laxas y permisivas.⁷⁴ La contienda de 1992 enfrentó a George H. W. Bush y al joven gobernador de Arkansas, William Clinton, quien, tras derrotar al candidato republicano, debió enfrentarse a una realidad que no podría conciliar con el discurso pronunciado durante la campaña.⁷⁵ El candidato demócrata heredó un país victorioso tras la desintegración de la Unión Soviética, lo cual representó para él una oportunidad para abanderar los principios de libre comercio y protección de derechos humanos.⁷⁶ Clinton, en un afán por imponer su agenda, condicionó la firma del acuerdo de Nación Más Favorecida con China a que el presidente y el Congreso la aprobaran año con año. A diferencia de su antecesor, él creía que la única manera de romper con la intransigencia de los líderes en Beijing era limitar los beneficios que obtenían del comercio con Estados Unidos.⁷⁷ Sin embargo, a pesar de las amenazas constantes de la Casa Blanca, Deng se rehusó a ceder ante lo que consideraba una afronta inaceptable de los estadounidenses y su joven presidente. En 1994, tras incontables pronunciamientos, Clinton se vio forzado a firmar el acuerdo que refrendaba a China su estatus de Nación Más Favorecida. En gran medida, la habilidad de Deng para resistir presiones del exterior, sumado a la presión que ejerció el sector privado estadounidense con inversiones en China sobre su propio presidente contribuyeron a que Clinton cediera –no sin antes reiterar su apoyo y determinación a la protección de los Derechos Humanos.⁷⁸

⁷³ Kissinger, *op. cit.*, pp. 411-418.

⁷⁴ Mann, *op. cit.*, cap. 14.

⁷⁵ *Loc. cit.*

⁷⁶ *Liberal Leviathan, op. cit.*, caps. 4, 6.

⁷⁷ Lampton, *op. cit.*, pp. 37-46.

⁷⁸ Mann, *op. cit.*, pp. 286-287. Kissinger, *op. cit.*, p. 463.

Las fricciones generadas por este breve incidente palidecieron ante dos de los eventos más conflictivos de la administración de Clinton, a saber, la crisis del Estrecho de Taiwán y la destrucción de la embajada china en Belgrado. En 1995, Lee Teng-hui, líder en Taipéi, visitó la Universidad de Cornell –su *alma mater*–, lo cual enfureció a funcionarios de la República Popular China, quienes acusaban a Estados Unidos de sabotear su relación.⁷⁹ Aunque el secretario de Estado, Warren Christopher, le había asegurado a Beijing que Washington no emitiría una visa para el mandatario de la República de China, el Congreso aprobó una resolución en la cual ambas cámaras apoyaban, de manera abrumadora, la visita de Lee. Entre 1995 y 1996, el ejército de la República Popular China realizó una serie de ejercicios militares y pruebas de misiles balísticos en el Estrecho de Taiwán, en respuesta a la visita y pronunciamientos de Lee y a las elecciones que se llevarían a cabo en Taiwán en 1996.⁸⁰ Estados Unidos envió a su armada para mostrar su compromiso con la defensa de su aliado insular, al tiempo que China aumentaba su presencia militar y naval en el estrecho.⁸¹ Los despliegues no entorpecieron el proceso electoral en Taiwán, y a pesar del triunfo de Lee en las elecciones presidenciales, la situación en el estrecho volvió a la normalidad.⁸² La retórica y las acciones tomadas por Beijing y Washington mostraron la importancia que para ambos representaba la elección, y tras el episodio, las relaciones sino-americanas no se vieron severamente afectadas por el incidente.

A un año del suceso en el Estrecho de Taiwán, Jiang Zemin visitó Estados Unidos, lo cual favoreció el restablecimiento de conversaciones de alto nivel en temas como comercio, derechos humanos y energía nuclear.⁸³ La visita fue muestra del continuo acercamiento entre las naciones,

⁷⁹ Lampton, *op. cit.*, pp. 46-53. Mann, *op. cit.*, pp. 315-324. Kissinger, *op. cit.*, p. 473.

⁸⁰ Bernkopf, *op. cit.*, p. 231. Mann, *op. cit.*, pp. 328-329.

⁸¹ Kissinger, *op. cit.*, 471-478.

⁸² Cuando argumento que regresaron a la normalidad sugiero que regresaron al status quo ante.

⁸³ Lampton, *op. cit.*, pp. 55-62.

con lo cual los desacuerdos por cuestiones políticas (elecciones en Taiwán, garantía de derechos humanos y democracia) podían abrir paso al diálogo constructivo en áreas en que ambos se verían redituados (como lo eran el comercio, el intercambio académico y la cooperación en tecnología). En 1999, la cordialidad entre China y Estados Unidos sufriría un fuerte golpe. Durante su participación en la guerra de los Balcanes, Washington destruyó involuntariamente la embajada China en Belgrado.⁸⁴ Beijing condenó lo que consideró un ataque deliberado por parte de los estadounidenses, lo que llevó a que el presidente Clinton extendiera a su contraparte, Jiang Zemin (y más tarde una a Hu Jintao, quien habría de relevar al primero tras cumplirse su mandato), una disculpa por el error de las fuerzas armadas de Estados Unidos.⁸⁵ A pesar de las manifestaciones en China y las fricciones que generó el incidente, la indemnización del gobierno estadounidense –y las disculpas emitidas por Clinton y la Secretaría de Estado– contribuyeron a que los últimos años de la administración retornaran al intercambio productivo que había imperado en la relación.⁸⁶

TAIWÁN⁸⁷

Es claro que una de las metas de Estados Unidos en el Este de Asia tras la Guerra de Vietnam consistía en estrechar su relación con la República Popular China, inclusive a expensas de algunos aliados.⁸⁸ Sin embargo, la falta de reconocimiento formal entre los gobiernos estadounidense y taiwanés no se tradujo en un abandono total de la relación. Esto último llevó a enfrentamientos y

⁸⁴ *Ibid.*, p. 59.

⁸⁵ Kissinger, *op. cit.*, pp. 478-486.

⁸⁶ Lampton, *op. cit.* 55-62, Kissinger, *op. cit.*, pp. 478-486.

⁸⁷ Este apartado se centra en la relación entre Estados Unidos y el gobierno en la isla de Formosa. A diferencia del apartado anterior, que se concentró en la relación con China, éste busca recapitular la relación diplomática entre Washington y Taipei.

⁸⁸ Entiéndase por esto que actuó de manera unilateral en su acercamiento a Beijing, lo cual generó fricciones con sus aliados regionales, como en los casos de Vietnam del Sur y Taiwán. Véase, *supra*, pp. 65-68.

desacuerdos entre Washington y Beijing, pues la RPC consideró que el continuo intercambio entre Estados Unidos y Taiwán amenazaba el proyecto de reunificación chino.

El deseo del gobierno de Richard Nixon por establecer canales de comunicación con la República Popular China llevó a que Washington comenzara a ver al gobierno de Taiwán como un medio para lograr sus metas.⁸⁹ El acercamiento con Beijing tenía tres ejes que interesaban a ambos países,⁹⁰ el más relevante de los cuales concernía la situación de Taiwán, y las concesiones que Estados Unidos y la RPC estaban dispuestos a aceptar en cuanto al futuro que deparaba a la isla de Formosa.⁹¹ La administración de Nixon intentó lidiar con las inquietudes de Chiang Kai Shek, quien todavía gobernaba Taiwán, al enviar al entonces gobernador de California, Ronald Reagan, para que asegurara que Estados Unidos mantenía su compromiso con el gobierno en Taipéi.⁹² Sin embargo, a pesar de los intentos por tranquilizar los ánimos del aliado estadounidense, la visita de Nixon a China y el pronunciamiento conjunto no hicieron sino alarmar y enfurecer a un gobierno que veía cómo su aliado viraba el timón para favorecer a su acérrimo rival.⁹³ Las administraciones de Nixon y Ford siguieron un patrón: consolar a su viejo aliado, mientras incorporaban con mayor rapidez a Beijing a la comunidad internacional.

El golpe de gracia lo dio el presidente James Carter, quien normalizó las relaciones con la República Popular China en 1979, lo que marginó formalmente a su aliado.⁹⁴ Sin embargo, el gobierno de Taiwán reaccionó de manera inmediata cabildeando en el Congreso.⁹⁵ El senador Goldwater, quien apoyaba la causa del gobierno en Taipéi, argumentó ante la Suprema Corte que el presidente Carter había abusado de sus facultades, al no consultar con el Senado la

⁸⁹ Bernkopf, *op. cit.*, pp. 29-31.

⁹⁰ Para un repaso de los tres ejes véase MacMillan, *op. cit.*, p. 234.

⁹¹ Bernkopf, *op. cit.*, pp. 40-44.

⁹² *Ibid.*, p. 46.

⁹³ Mann, *op. cit.*, pp. 36-38. MacMillan, *op. cit.*, pp. 288-299. Bernkopf, *op. cit.*, pp. 40-46.

⁹⁴ Véase, *supra*, pp. 69-71.

⁹⁵ Bernkopf, *op. cit.*, pp. 110-116.

normalización de las relaciones y la reubicación de la embajada.⁹⁶ Aunque no procedió, el Congreso pasó el Acta de Relaciones con Taiwán, que el ejecutivo aprobó. El acta no reconoce el nombre “República de China” pero decreta que existe un gobierno en la isla de Taiwán con el cual mantiene relaciones.⁹⁷ Sumado a esto, proclama que Estados Unidos mantendrá relaciones diplomáticas *de facto* con dicha autoridad, que el Instituto Americano en Taiwán realizará la función de embajada, y que Washington extenderá a Taipéi el mismo trato que a cualquier otro Estado.⁹⁸

Ronald Reagan obtuvo el triunfo, en 1980, y una de las causas que abanderó a lo largo del proceso electoral fue la importancia de la relación entre estadounidenses y residentes de Formosa. Durante la campaña, el candidato republicano había declarado su apoyo al gobierno insular, lo cual cabía dentro de un discurso profundamente anti comunista.⁹⁹ En 1982, Reagan demostró su compromiso con el gobierno de Taipéi mediante un refrendo de las Seis Garantías propuestas por el Guomintang a su administración.¹⁰⁰ Estas suponían que Estados Unidos se mantendría al margen del tema en lo que refería a Taiwán y china, reafirmaría el Acta de Relaciones con Taiwán y no se inmiscuiría en aquello que refiriera a la soberanía de la isla o negociaciones entre Beijing y Taipéi. Las acciones del gobierno de Reagan, aunque no cumplieran con las promesas explícitas hechas durante su campaña, mostraron que el interés de la administración no era desentenderse por completo de su aliado, quien todavía desempeñaba una función vital en la región.

⁹⁶ *Goldwater vs Carter, op. cit.*

⁹⁷ Acta de Relaciones de Taiwán, Washington, 1979.

⁹⁸ Es importante destacar que ningún país puede mantener relaciones diplomáticas con China y con Taiwán. La intención del acta era reconocer la importancia y existencia de Taipéi como unidad política. A pesar de su contenido, las relaciones entre Taiwán y Estados Unidos perdieron su dimensión diplomática *de jure*. Esto no evitó que Washington mantuviera sus relaciones comerciales, culturales y, por supuesto, la venta de armas. *Loc. cit.*

⁹⁹ Kissinger, *op. cit.*, p. 379. Bernkopf, *op. cit.*, pp. 130-134.

¹⁰⁰ Bernkopf, *op. cit.*, pp. 148-152,

El regreso de los demócratas a la Casa Blanca trajo consigo una retórica un tanto más difusa. Aunque daban la bienvenida al proceso democrático que tendría lugar en 1996, veían con cierta inquietud las acciones Lee Teng-hui y personajes cercanos a él.¹⁰¹ El permiso de entrada que extendió el Congreso al mandatario de Taiwán enfureció a las autoridades en Beijing, a lo que se sumaron las inquietudes sobre el posible resultado de las elecciones en la isla en disputa.¹⁰² Las autoridades en China respondieron a lo que percibieron como preludio de un proceso de emancipación con un despliegue de fuerza en el estrecho, que alarmó a las autoridades estadounidenses. Como ya se mencionó, la crisis del estrecho de Taiwán mostró que Taipéi contaba con un poderoso aliado en Washington, pues la administración de Clinton no dudó en enviar una flota que navegaría el estrecho que separaba a la RPC de Taiwán.¹⁰³ Las acciones de socorro fungieron como refrendo del compromiso y la relación entre ambos, lo cual alegró a miembros del gobierno tanto en Estados Unidos, cuanto en Taiwán.

REFLEXIÓN: LA RELACIÓN DE ESTADOS UNIDOS CON CHINA Y TAIWÁN

A pesar de los cambios de gobierno, el comportamiento de Washington no varió de manera que peligrara la relación con Beijing. Asimismo, a pesar del parteaguas que representó el rompimiento de relaciones con Taiwán, Estados Unidos demostró su compromiso con las autoridades en la isla, lo cual se vio reflejado en acciones concretas del ejecutivo y el Congreso. Los acercamientos con el gobierno insular nunca fueron bien recibidos por autoridades en China, quienes veían como una provocación cualquier acción estadounidense por ignorar previos acuerdos con Beijing. Sin embargo, el trato prioritario, las relaciones diplomáticas y las negociaciones de alto nivel

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 199-212.

¹⁰² Mann, *op. cit.*, pp. 320-334. Lampton, *op. cit.*, pp. 46-55.

¹⁰³ Mann, *op. cit.*, pp. 335-338. Bernkopf, *op. cit.*, 213-227.

favorecieron al gobierno de la República Popular, lo cual mostraba el compromiso estadounidense con el régimen comunista.

A lo largo de seis gobiernos, Washington mostró una continuidad en su política exterior con Beijing. Los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos se vieron reflejados en el actuar de un país que se benefició primero del acercamiento político con China, para más tarde explotar el aspecto comercial de la relación. Los intercambios entre las dos potencias del Pacífico se vieron siempre inmersos en una serie de pronunciamientos que condicionaron el actuar de ambos. No obstante, el acercamiento continuo y la búsqueda de canales de comunicación alternativos mostraban la determinación de Washington por mantener el contacto con un actor fundamental en la región.

El primer acercamiento entre China y Estados Unidos se puede reducir a la necesidad del segundo de salir de una guerra costosa. El agotamiento militar estadounidense en Vietnam, el conflicto Sino-Soviético y el encuentro fortuito entre jugadores de ping-pong de ambos países modificó la relación entre estos dos actores y entre los países en el Este de Asia. Destaco tres temas de gran importancia en la relación entre Washington y Beijing, a saber, el balance de poder, la expansión de la “marea roja”,¹⁰⁴ y el cambio de una relación centrada en la política, a una centrada en el comercio.

El balance de poder aparece de manera recurrente en los relatos de Margaret MacMillan y Henry Kissinger sobre el acercamiento entre Estados Unidos y China.¹⁰⁵ Washington hizo uso de esta herramienta de política exterior para dividir a los dos polos más grandes del comunismo: Moscú y Beijing. El objetivo de los tomadores de decisión era meter una cuña en la fractura que

¹⁰⁴ Tomo el concepto “marea roja” de un discurso pronunciado por el entonces senador John F. Kennedy. Véase John F. Kennedy, *Remarks of Senator John F. Kennedy at the Conference on Vietnam Luncheon in the Hotel Willard*, Washington, D.C., 1 de junio, 1956.

¹⁰⁵ Véanse Kissinger, *op. cit.* y MacMillan, *op. cit.*

había generado el enfrentamiento sino-soviético de mediados del siglo XX, estrategia que funcionó a su favor.

El desgaste económico que generó la Guerra de Vietnam forzó a Estados Unidos a valerse de otros medios para poder contrarrestar el avance del comunismo en la región, y fue esta estrategia la que mejor ayudaba a detener la “marea roja”. Washington recurrió al balance de poder como herramienta para hacer frente a Moscú, pues vio en las fricciones sino-soviéticas una oportunidad para mejorar su posición en la región. Aunque no era una estricta alianza militar,¹⁰⁶ el apoyo que brindó Washington a sus contrapartes en Beijing jugó un papel decisivo, pues logró mantener vivas las fricciones entre China y la Unión Soviética, al tiempo que los estadounidenses mantenían relaciones cordiales con ambos.

El éxito de la estrategia de Washington radica en su capacidad de lograr que Beijing balanceara contra su amenaza.¹⁰⁷ Estados Unidos pintó a China un panorama en el cual presentaba a la Unión Soviética como un peligro latente en sus fronteras, al tiempo que mantenía presente el temor a un posible rearme japonés. La posición adoptada por Washington garantizó a los estadounidenses que el avance de guerrillas comunistas no iría más allá de Indochina, y que reconocer de Taiwán como parte de China no se traduciría en una invasión de la RPC a la isla de Formosa.

Las negociaciones con Beijing dieron gran peso a Vietnam, Taiwán y la Unión Soviética, por ser esos los tres temas más importantes en la agenda de ambos países. Sin embargo, Washington buscó otras garantías, entre las cuales destacaba la expansión del comunismo en el en

¹⁰⁶ T.V. Paul argumenta que aunque el Balance de Poder no sea “duro”, uno puede valerse de esta herramienta en su formato suave. Véase T.V. Paul, “Introduction: The Enduring Axioms of Balance of Power Theory and Their Contemporary Relevance”, en T.V. Paul, James J. Wirtz, y Michel Fortmann, *Balance of Power. Theory and Practice in the 21st Century*, California, Stanford University Press, 2004, p. 3.

¹⁰⁷ Más allá de balancear contra el actor más poderoso (en términos económico y militares), China optó por balancear a la URSS con ayuda de Estados Unidos. Stephen Walt, *The Origins of Alliances*, Nueva York, Cornell University Press, 1987, p. 5.

Sureste de Asia. La preocupación de Estados Unidos radicaba en las posibles ganancias que podrían obtener grupos comunistas tras el retiro de sus tropas en Vietnam. Sin embargo, Washington obtuvo la tranquilidad que buscaba tras lograr que el financiamiento y apoyo de China cesara a los movimientos en la región.¹⁰⁸ A pesar de la estrepitosa derrota en Indochina, Estados Unidos logró apuntalar regímenes capitalistas y,¹⁰⁹ con la ayuda de China, evitó que estos sufrieran levantamientos armados.

La relación entre Washington y Beijing era, entonces, política. Sin embargo, el pasar de los años vio un cambio, pues el enfriamiento de las tensiones con la Unión Soviética y el crecimiento en el intercambio comercial con China llevó a una transición de la esfera política a la económica.¹¹⁰ Aunque Taiwán provocara siempre fricciones entre ambos, el restablecimiento de relaciones formales comenzó a empujar a un intercambio que diera más peso a lo comercial.

El cambio ocurrió de manera paulatina. Desde el establecimiento de embajadas, la relación entre ambos países fue más allá del trato entre agencias gubernamentales. No quiere decir que la transición haya sido perfecta, pues sufrió severos contratiempos, desde la represión en Tiananmen hasta el bombardeo de la embajada en Belgrado. Sin embargo, los dos incidentes fueron resueltos de manera que el intercambio comercial se mantuviera. Tal es el caso de la administración Clinton, la cual amenazó con desmantelar los acuerdos económicos sólo para confirmar a China su estatus de Nación Más Favorecida.

Ya por preservar sus intereses estratégicos, ya por preservar los económicos, Washington se valió de la balanza de poder como una estrategia para conseguir sus objetivos. La ideología detrás de los discursos de los candidatos pudo haber alarmado por momentos a los tomadores de decisión

¹⁰⁸ Feeney, *op. cit.*, pp. 147-154, Kissinger, *op. cit.*, caps. 9-10.

¹⁰⁹ Logró que China limitara el financiamiento a guerrillas comunistas en Filipinas, Tailandia e Indonesia.

¹¹⁰ Lampton, *op. cit.*, p. 113.

en Beijing, pero el actuar de los mandatarios fue distinto. Una vez en la Oficina Oval, los presidentes optaron por hacer valer los intereses de su país, sin importar la estrategia que tuvieran que implementar.

JAPÓN

La ocupación estadounidense fue recibida con miedo y desconcierto por parte de la población japonesa, pues desconocía las intenciones de las fuerzas enemigas.¹¹¹ No obstante, lejos de implementar las prácticas de invasión de los gobiernos militares, los estadounidenses llegaron con una agenda de rehacer Japón a su imagen, por lo que antagonizar a la población no tenía cabida en el esquema.¹¹²

En un comienzo, la reconstrucción japonesa no tuvo el desenlace esperado, pues los planteamientos iniciales de crecimiento mediante políticas económicas de austeridad dieron pie a problemas que pusieron en entredicho la viabilidad del proyecto estadounidense. Sin embargo, la Guerra de Corea dio lugar a un despegue económico importante,¹¹³ que llevaría a Japón a convertirse en la segunda economía más grande del mundo, durante las décadas de 1980 y 1990,¹¹⁴ y en la economía más importante del Este de Asia.

¹¹¹ Desconocían si las fuerzas invasoras llegarían a destruir todo. Para su sorpresa, las tropas estadounidenses (lejos de abusar de las mujeres y ejecutar a los hombres) llegaron a pacificar y reconstruir el país. Véase John W. Dower, *Embracing Defeat. Japan in the Wake of World War II*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1999.

¹¹² Véase, *supra*, pp. 33-36.

¹¹³ *Loc. cit.*

¹¹⁴ Datos del Banco Mundial sobre la evolución de la economía japonesa y el papel de la misma en el Este de Asia. The World Bank, “GDP (Current %) Japan/East Asia”, *The World Bank Data*, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD?contextual=region&locations=JP>, y “GDP (Current %) Japan/G7”, *The World Bank Data*, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD?contextual=default&locations=JP-US-GB-DE-FR-IT-CA>, consultado el 11 de septiembre de 2017.

La ayuda económica que ofreció Estados Unidos, sumado a la eficiente mano de obra japonesa, fuertes sindicatos y los *keiretsu*,¹¹⁵ dio lugar a un crecimiento acelerado que transformó a Japón de una nación en ruinas a un proyecto de reconstrucción exitoso. En un principio, el despegue dependió de fuertes sumas de capital e importaciones estadounidenses, con el fin de reconstruir la industria y rehabilitar la maquinaria que se había perdido.¹¹⁶

A mediados de la década de 1960, una nación que sufrió una balanza de pagos desfavorable logró invertirla, con lo cual evidenció la rapidez del esfuerzo de recuperación.¹¹⁷ En 1965, Japón se convirtió en una economía basada en la exportación de bienes manufacturados, y Estados Unidos en el consumidor y mercado más grande de los productos japoneses.¹¹⁸ La ventaja que tenía la nación insular es que Estados Unidos favoreció a Tokio en los términos de intercambio, mismos que facilitaron la venta de productos japoneses en Estados Unidos.¹¹⁹ Washington, en un esfuerzo por levantar a la nación que años atrás fuera su contrincante, sembró las semillas de las tensiones económicas.

Una de las primeras fricciones entre Estados Unidos y Japón se dio durante la administración de Richard Nixon, quien, en 1967, declaró que los textiles japoneses perjudicaban a la industria estadounidense, por lo cual condicionó el regreso de Okinawa a una tarifa impuesta por Japón a dichos productos.¹²⁰ El gobierno en Washington ejerció una presión constante sobre Tokio, pues insistía que, tras experimentar tasas sostenidas de crecimiento –sumado a grandes reservas en

¹¹⁵ Véase el trabajo comparado de Ronald J. Gilson y Mark J. Roe. “Understanding the Japanese Keiretsu: Overlaps between Corporate Governance and Industrial Organization.” *The Yale Law Journal*, vol. 102, no. 4, 1993, pp. 882-895. Para entender su importancia y crecimiento véase James I. Matray, *Japan's Emergence as a Global Power*, Connecticut, Greenwood Press, 2001, pp. 32-36.

¹¹⁶ Emmerson y Holland, *op. cit.*, pp. 67-68.

¹¹⁷ Barnhart, art. cit., p. 204.

¹¹⁸ Emmerson y Holland, *op. cit.*, p. 67.

¹¹⁹ Barnhart, art. cit. pp. 204-206.

¹²⁰ L. Stone, art. cit., pp. 253-254.

dólares– Japón debía aumentar apoyo a países en desarrollo y abrir su mercado a productos del extranjero.¹²¹

Para la década de 1970, Japón se había consolidado como una economía de exportación y su industria comenzó un proceso de especialización en tecnología que la convertirían en punta de lanza en informática.¹²² A estas historias de éxito se sumaba el enorme flujo de capital que acompañó al esfuerzo militar estadounidense en Vietnam, el cual pasaba por Japón y alimentaba al crecimiento de su economía.¹²³ Estos factores dieron lugar al recelo de Washington, el cual se reflejó en la determinación de la administración de Nixon por implementar medidas contra aquellos países que restringieran o entorpecieran la importación de productos estadounidenses.¹²⁴

Las crisis económicas que sufrió Estados Unidos llevaron a que la administración actuara. El efecto de las políticas que implementó, y los subsecuentes problemas que generaron a nivel mundial, recibieron el nombre “Shock de Nixon”. Japón no estuvo exento de estas políticas, pero inclusive cuando, en 1971, el presidente estadounidense forzó a que el yen abandonara el tipo de cambio fijo tras flotar el dólar, el año de 1972 registró un superávit en la balanza comercial a favor de Japón 4.9 mil millones de dólares.¹²⁵ Esta brecha, que día con día aumentaba, llevó a varios sectores de la población estadounidense a externar su descontento con un país que, sentían, se había aprovechado de su aliado. Ante los reclamos del sector privado, el Congreso aprobó el acta de

¹²¹ Barnhart, art. cit., pp. 215-216.

¹²² Zeiler, art. cit., pp. 226-234.

¹²³ Michael Schaller, “Japan and the Cold War, 1960-1991”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, Vol. 2, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 168-170.

¹²⁴ Barnhart, art. cit., pp. 218-219. Emmerson y Holland, *op. cit.*, pp. 69-70.

¹²⁵ Emmerson y Holland, *op. cit.* p. 67.

comercio de 1974, la cual investía al presidente con capacidades de acción contra aquellos países que favorecieran políticas comerciales injustas.¹²⁶

Durante la presidencia de Carter, la población comunicó su descontento sobre lo que consideraba era comportamiento de “gorrón” por parte de Japón.¹²⁷ Sin embargo, la administración de Reagan, quien pondría fin al breve paréntesis demócrata, heredó el grueso de los problemas. Para 1986, el déficit comercial total había crecido de manera que representaba una brecha de 58.6 mil millones de dólares, y las ganancias de la industria japonesa en el mercado estadounidense desplazaron a la industria nacional.¹²⁸

La reacción de la administración Reagan generó severas fricciones en las relaciones con Estados Unidos, pues una postura firme frente a los “abusos” de Tokio se había vuelto parte central del gobierno republicano.¹²⁹ En aras de mejorar los términos de la relación comercial, Washington promovió una agenda neoliberal que buscaba una mayor apertura de algunos sectores japoneses, en los que la industria estadounidense no había podido participar.

La búsqueda por eliminar el proteccionismo japonés, y facilitar la entrada de productos estadounidense a su mercado, comenzó con críticas a los esquemas de cooperación empresarial de los *keiretsu*.¹³⁰ La administración de Reagan impulsó proyectos bilaterales de negociación de las condiciones de comercio, basados en el principio de MOSS, la cual instaba a las partes a actuar con base en los principios de orientación del mercado y de sectores selectivos.¹³¹ Con esto, Estados Unidos persiguió la apertura comercial de cuatro sectores en los que consideraba era competitivo,

¹²⁶ La sección 301 del acta permite al presidente estadounidense actuar sin previo consentimiento de la OMC (en ese momento GATT), si este considera que los productos estadounidenses han sido tratados de manera injusta. Véanse L. Stone, art. cit., p. 259. Zeiler, art. cit., p. 231.

¹²⁷ Schaller, art. cit., pp. 176-177.

¹²⁸ Zeiler, art. cit., pp. 226 *et passim*.

¹²⁹ Emerson y Holland, *op. cit.*, p. 91.

¹³⁰ Zeiler, art. cit., p. 231.

¹³¹ MOSS (Market-Oriented, Sector Selective) es una propuesta estadounidense, debatida con el primer ministro Nakasone Yasuhiro, que tenía la finalidad de abrir el mercado japonés a la inversión estadounidense. *Ibid.*, p. 235.

a saber, telecomunicaciones, fármacos, papel y productos madereros, y computadoras y electrónicos. Las acciones tomadas por Reagan y su administración tuvieron rendimientos importantes (aunque limitados), que permitieron a empresas estadounidenses invertir en la bolsa de valores japonesa, al igual que participar en NTT, compañía que había estado bajo control estatal hasta 1985.¹³²

Dos sectores que preocupaban a los estadounidenses en cuanto a las ganancias que habían tenido en suelo propio eran el automotriz y el de semiconductores. El deseo de generar ganancias inmediatas había limitado la inversión en desarrollo e investigación, lo cual limitó el crecimiento de dichas industrias.¹³³ En aras de combatir el rezago sufrido por la industria nacional, la administración de George Bush sostuvo pláticas con su contraparte en Japón, a la cual asistieron miembros del sector automotriz de ambos países.¹³⁴ Sin embargo, el atraso y el énfasis en ganancias de corto plazo se extendió a lo largo de esta y la subsecuente administración, por lo que se mantuvieron las fricciones entre Tokio y Washington.

Las disputas económicas entre Japón y Estados Unidos tenían repercusiones serias más allá del mercado y la producción de bienes. La alianza militar y la afinidad de los sistemas políticos se veía afectado por la falta de entendimiento en cuestiones comerciales, lo cual templó la relación de dos de los Estados más influyentes del Este de Asia.

La firma del tratado de San Francisco de 1952 puso fin a la ocupación estadounidense de Japón y sentó las bases de la alianza militar que caracterizaría a la relación de la segunda mitad del siglo XX y primera década del XXI.¹³⁵ En 1960, la revisión del tratado de seguridad dio lugar

¹³² Emmerson y Holland, *op. cit.*, pp. 92-98.

¹³³ El cortoplacismo estadounidense (generar ganancias sin realizar una inversión significativa en desarrollo e investigación) facilitó que las empresas japonesas rebasaran a sus contrapartes. Véase Zeiler, art. cit., pp. 236-249.

¹³⁴ Schaller, art. cit., p. 179.

¹³⁵ Emmerson y Holland, *op. cit.*, pp. 58-63.

a la firma del Tratado de Cooperación y Seguridad Mutua, que ampliaba las responsabilidades de los actores y sentaba las bases para la cooperación económica entre ambos.¹³⁶ Aunque controversial para un gran número de miembros de la dieta, el acuerdo mostró el compromiso de Washington y Tokio por entrelazar la relación económica y militar, con el fin de evitar una relación unidimensional.

A pesar de la afinidad política y económica entre Estados Unidos y Japón, la relación sufrió severos problemas que pusieron a prueba la estabilidad de la relación política y económica entre ambos. Cuatro son los conflictos que sobresalen en la relación, a saber, la presencia de armas nucleares en la isla, el acercamiento con China, la devolución de Okinawa, y los efectos de las fricciones comerciales sobre la relación política y militar.

Los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki han quedado tatuados en la memoria colectiva del pueblo japonés. La destrucción que propiciaron modificó las reglas del juego y dejó claro a los habitantes de Japón el peligro que representaban las armas nucleares. Estados Unidos, en un intento por posicionar ojivas nucleares en lugares estratégicos, decidió almacenar una serie de dispositivos en territorio japonés con la finalidad de disuadir la amenaza soviética.¹³⁷ No obstante, estas acciones generaron descontento en una sociedad marcada por el desastre nuclear, lo cual llevó a fricciones entre los gobiernos de Washington y Tokio sobre el papel de uno y otro en la alianza. La máxima de Tucídides poco reflejó lo que sucedía en el Este de Asia, pues Estados Unidos no logró que su aliado aceptara las condiciones impuestas.¹³⁸

¹³⁶ *Ibid.*, pp. 122-124.

¹³⁷ *From Colony to Superpower*, p. 784.

¹³⁸ Por “máxima de Tucídides” entiéndase que el fuerte toma cuanto quiere y el débil cede cuanto debe. Robert O. Keohane y Joseph S. Nye, *Power and Interdependence. World Politics in Transition*, Boston, Little Brown and Co., 1977, p. 42.

Uno de los cambios de política exterior más importantes del siglo XX fue la decisión de Richard Nixon de acercarse al gobierno en Beijing.¹³⁹ Esta acción, la cual modificaría el panorama en el Este de Asia, no fue consultada con el gobierno en Tokio, el cual recibió la noticia horas antes de la visita del presidente estadounidense a China continental.¹⁴⁰ Sumado a las fricciones que la administración en Washington tenía con su contraparte en Tokio por cuestiones comerciales, esta decisión distanció y limitó la relación a cuestiones de seguridad. Japón percibió la secrecía estadounidense como una decisión que repercutía más allá de la esfera política, pues la falta de comunicación de un viraje de timón de tal magnitud forzó a los tomadores de decisión en Tokio a redirigir sus esfuerzos a estrechar lazos con Beijing, al tiempo que mantenía relaciones cordiales con el gobierno en Taipéi.¹⁴¹

Una de las negociaciones que más vinculó los intereses económicos y militares de Estados Unidos y Japón fue la devolución de Okinawa. La administración de Richard Nixon heredó un país con graves problemas económicos, lo cual lo llevó a tomar decisiones en materia fiscal y comercial que tuvieron serias repercusiones en la relación con sus aliados. En lo que refiere a la relación con Japón, el gobierno en Tokio exigía la devolución de Okinawa, como establecía el tratado de paz firmado por ambas partes.¹⁴² Sin embargo, la administración Nixon hizo uso de la oportunidad para lidiar con uno de los problemas más serios que sufría la industria textil estadounidense: la importación de textiles japoneses. El presidente estadounidense condicionó el

¹³⁹ Véase, *supra*, pp. 66-68.

¹⁴⁰ Esta decisión se dio, en gran medida, por el descontento en la esfera comercial. Es decir, las tensiones económicas dieron lugar a problemas políticos. Véase L. Stone, art. cit., pp. 253-256.

¹⁴¹ Lam Peng-Er, "Japan-Taiwan Relations: Between Affinity and Reality." *Asian Affairs*, vol. 30, no. 4, 2004, pp. 249-267.

¹⁴² Sheila A. Smith, "A Place Apart: Okinawa and Japan's Postwar Peace", en Arika Iriye y Robert A. Wampler, *Partnership. The United States and Japan 1951-2001*, Nueva York, Kodansha International, 2001, pp. 180-187.

retorno de la prefectura de Okinawa a una restricción impuesta por los propios japoneses a la exportación de textiles a Estados Unidos.¹⁴³

A pesar de estas restricciones, el crecimiento de la nación insular no se vio seriamente afectado. El desarrollo japonés de la posguerra descansaba en su capacidad industrial, que alimentaba una red de exportación a economías que podían absorber la oferta. Sin embargo, la crisis económica estadounidense, propiciada por el esfuerzo bélico en Vietnam, forzó a los tomadores de decisión en Washington a modificar su posición respecto a las importaciones.¹⁴⁴ A pesar de ser un aliado fundamental, la administración de Nixon tomó la determinación de incrementar en 10% la tarifa de cualquier bien importado con el fin de incentivar el consumo de productos nacionales.¹⁴⁵ Sumado a esta medida arbitraria, flotó el dólar, lo cual acabó con la paridad fija entre la moneda estadounidense y el yen (misma que había beneficiado a la industria japonesa).¹⁴⁶ Estas medidas templaron una alianza que, por momentos, parecía no sobreviviría las tensiones políticas y económicas.

La administración Carter no pudo evitar los problemas existentes, a lo cual se sumaron tensiones por el conflicto iraní.¹⁴⁷ El embargo estadounidense, tras el incidente en la embajada, estaba dirigido al producto de exportación que más redituaba a Irán: el petróleo. Estados Unidos esperaba que sus aliados en Europa y Asia siguieran la línea dictada por Washington, sin importar los efectos que esto tuviera sobre sus mercados. A pesar de los problemas entre Japón y Estados Unidos, Tokio mostró su apoyo y detuvo la importación de petróleo iraní, lo cual fue un respiro para una relación sumamente tensa.

¹⁴³ Véanse Barnhart, art. cit., pp. 212-214. L. Stone, art. cit., p. 255.

¹⁴⁴ Barnhart, art. cit., p. 216.

¹⁴⁵ Véanse Schaller, art. cit., p. 171. L. Stone, art. cit., p. 255.

¹⁴⁶ Barnhart, art. cit., p. 217.

¹⁴⁷ *From Colony to Superpower*, pp.847-851.

El inicio del gobierno de Reagan coincidió con la llegada al poder del primer ministro Yasuhiro Nakasone, quien alineó a Japón con la política militar del presidente estadounidense. Nakasone apoyó de manera discursiva a Estados Unidos en el aumento de tropas en el Este de Asia y al rearme en Europa, lo cual ayudó a distraer de los problemas en la balanza comercial.¹⁴⁸ Sin embargo, la caída del muro de Berlín y la posterior desintegración de la Unión Soviética eliminaron la necesidad de una presencia militar activa en el continente europeo, lo cual regresó la mirada estadounidense a los problemas económicos con Japón, y la urgencia de devolver cierto equilibrio a la balanza comercial.¹⁴⁹

REFLEXIÓN: LA RELACIÓN DE ESTADOS UNIDOS CON JAPÓN

La relación con Japón no fue sencilla. A pesar del constante refrendo estadounidense por la defensa de la isla, otros aspectos de la relación fueron mucho más conflictivos. La idea de que el aumento de la interdependencia eliminaría posibles conflictos fue rebasada pues, como hemos observado en el recuento antes expuesto, las tensiones entre Washington y Tokio continuaron, lo cual templó y probó la determinación de ambos Estados a continuar con el compromiso mutuo.¹⁵⁰

Dos aspectos de la relación – seguridad y comercio– fueron por momentos antagónicos, lo cual llevó a que uno y otro se antepusieran y entorpecieran la relación entre Washington y Tokio. Que mandatarios estadounidenses estuvieran dispuestos a presionar a su aliado, con la finalidad de garantizar mejores términos de intercambio, es señal de la importancia del comercio en la agenda de Estados Unidos.

¹⁴⁸ L. Stone, art. cit., p. 258.

¹⁴⁹ Barnhart, art. cit., p. 201-249.

¹⁵⁰ Véanse los textos completos de Zeiler, art cit.; L. Stone, art. cit.; Barnhart, art. cit.

Del recuento es posible rescatar, a primera vista, que la relación entre Washington y Tokio no es unidimensional. A pesar de las fricciones entre ambos países nunca se descartó la posibilidad de un continuo intercambio en diversos ámbitos. Las exigencias de la administración Nixon en materia de textiles limitó el comercio pero no llevó a la desintegración de todo tipo de canales de comunicación o espacios de intercambio. Lo mismo puede decirse de los gobiernos de los presidentes Reagan y Bush, quienes mantuvieron lazos cordiales y cooperación en temas como democracia, comercio, seguridad y desarrollo de instituciones.

La relación entre Washington y Tokio no contaba con una agenda subordinada a un solo aspecto de la relación, pues no está dominada por la seguridad. La relación económica tuvo un papel central y rebasó en importancia al aspecto militar. Sin embargo, no todas las fricciones se redujeron a problemas comerciales, pues la prohibición sobre presencia de armas nucleares, la devolución de Okinawa y la presión para que Tokio ampliara su gasto en defensa tenían un claro componente político. Pero inclusive estos elementos se vieron permeados por los problemas económicos. Las diferencias en el comercio de productos textiles llevaron a Nixon a condicionar la devolución de las islas a límites impuestos por los propios japoneses a la exportación de una industria que lastimaba a los estados sureños.

La relación entre Estados Unidos y Japón refleja la complejidad que puede adquirir la interacción entre dos Estados. El comercio cumplió su función como motor del desarrollo económico japonés. Fue tal el éxito del proyecto, que los productos insulares comenzaron a desplazar a los estadounidenses, lo cual llevó a diversas administraciones en Washington a responder. La Imposición de sanciones, aranceles y presiones para lograr la apertura japonesa fueron algunas de las estrategias empleadas por Estados Unidos para lograr equilibrar la balanza

con su aliado. No obstante, poco pudo el discurso del libre mercado contra un modelo económico que defendería a capa y espada el papel del Estado en el crecimiento y protección industrial.

El patrón de los intercambios entre los dos países es muestra que los conflictos pueden ir más allá de la esfera de seguridad. En la agenda bilateral entre Estados Unidos y Japón no había una jerarquía que marcara de manera inequívoca la prioridad de un tema sobre otro. En ocasiones, el aspecto comercial de la relación condicionó el actuar de ambos en materia de seguridad, lo cual volvía (por momentos) ininteligible la diferencia que para Estados Unidos desempeñaba cada tema en su relación con Japón.

A esta inexistente jerarquía establecida se sumó la desaparición de la amenaza militar como recurso para limitar a su aliado. Washington se valió de muchas herramientas, entre ellas las sanciones económicas, pero nunca recurrió a la amenaza del uso de fuerza como medio para satisfacer sus objetivos. La posibilidad de un conflicto militar que naciera a raíz de las fricciones comerciales entre los dos Estados desapareció *de facto*, pues los costos de un enfrentamiento –dada la complejidad de la interdependencia– eran incalculables.¹⁵¹

La noción de que el más fuerte podría determinar y dominar la agenda quedó descartado frente la habilidad con la cual los japoneses acrecentaban sus ganancias, a costa de las pérdidas en las que incurrían empresas estadounidenses. El déficit en la balanza de pagos favorecía a Japón y Estados Unidos y no tenía manera de remediar un mal que lastimaba de manera severa su economía. La asimetría en la relación se convirtió en una manera en que el más débil ejercía su poder sobre el más fuerte.¹⁵²

¹⁵¹ Keohane y Nye argumenta que el uso de la fuerza no es un recurso del que se valgan países en alianzas como la que tienen Estados Unidos y Japón. Los autores ponen como ejemplo el caso de Canadá, al notar que el vecino estadounidense no teme una inminente invasión dadas las posibles fricciones comerciales. Véase Keohane y Nye, op. cit., cap. 1.

¹⁵² Keohane y Nye destacan que, en una relación de interdependencia, el poder lo podrá ejercer aquel que, en una situación de asimetría, se vea favorecido. Véase, *ibid.*, p. 225.

Los argumentos aquí planteados muestran una relación que va más allá de una sola dimensión. La complejidad de interacciones entre estos dos actores supera las explicaciones que puedan surgir de escuelas más tradicionales, pues la interdependencia requiere de un análisis mucho más amplio. En *Power and Interdependence*, Keohane y Nye plasman argumentos que permiten estudiar la relación entre Estados Unidos y Japón, los cuales reflejan con mayor precisión el desarrollo de su interacción. Como los mismos autores sugieren, no quiere decir que otras teorías no puedan explicar los patrones de la relación, pero es evidente que la interdependencia compleja es mucho más precisa a la hora de estudiar este caso.¹⁵³

Estudiar los objetivos que tenía Estados Unidos al implementar ciertas estrategias a la hora de interactuar con Japón dejan en evidencia los intereses subyacentes. A lo largo del apartado, se mostró cómo la interacción entre Washington y Tokio tenía un claro componente comercial, mismo que dominó el debate. El papel de la relación militar no puede subestimarse, pues la fuerte presencia de tropas estadounidenses continúa hasta el día de hoy. Sin embargo, el número y magnitud de las fricciones se centraba en lo económico, lo cual tendía a repercutir en el aspecto de seguridad. El interés estadounidense por favorecer la apertura y lograr capitalizar los mercados lo llevó a severas disputas con Japón, mismas que evidenciaban la importancia que tenía este aspecto de la relación en la agenda de Washington.

Lejos de sugerir que los cambios de administración traen consigo incertidumbre y virajes de timón, los casos antes expuestos muestran que los cambios en la administración no hacen sino obedecer la máxima de la protección de intereses estratégicos y económicos, mismos que rigen la formulación de política exterior en la región.

¹⁵³ Los autores argumentan que, aunque es verdad que otras escuelas de relaciones internacionales podrán explicar ciertos aspectos de relaciones entre Estados, lo que ellos proponen ofrece un panorama más completo. *Ibid.*, cap. 1.

En el caso de Japón, Estados Unidos desmanteló el monopolio territorial que el imperio había apuntalado en la región, tras el ímpetu expansionista que impulsó el régimen militar. Después de consolidar Washington sus intereses estratégicos, el siguiente paso fue garantizar de sus intereses económicos, mismos que persiguió mediante presiones constantes sobre el gobierno de Tokio – a lo largo del siglo XX–, con la finalidad de que este abriera su mercado interno. Lejos de cambiar el comportamiento para con los tomadores de decisiones en Japón, las administraciones estadounidenses mantuvieron siempre una línea de política exterior en la que procuraron sus intereses, y eso, no la reinterpretación de una corriente de relaciones internacionales ha marcado el actuar de Washington en la región.

CONCLUSIÓN

Las relaciones de Estados Unidos con China y Japón determinaron la dinámica del sistema en el Este de Asia desde principios del siglo XX. Es común centrarse en el actuar estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial, pero las relaciones entre Washington y las dos potencias asiáticas fueron determinantes para el desenlace de tensiones en la región desde antes de la derrota japonesa en el escenario del pacífico. Sin embargo, la importancia del capítulo yace en la capacidad de usar el argumento planteado en la introducción de la obra, con la finalidad de mostrar que han sido los intereses de Washington los que han determinado su relación con Beijing y Tokio.

Las escuelas tradicionales de relaciones internacionales ofrecen explicaciones muy acertadas para entender la relación estadounidense con Japón o con China, pero tienden a verse limitadas, pues su precisión en un caso no puede ser transferida a otro. Son ampliamente útiles –como el balance de poder– para explicar el acercamiento entre Washington y Beijing, pero lo que funciona en ese caso no explica la relación con Japón.

El planteamiento aquí expuesto busca demostrar que el actuar estadounidense responde a sus intereses estratégicos y económicos. Esta interpretación ofrece una visión más completa de cómo es que un país tejió redes de amistad con quien fuera su enemigo en términos ideológicos, a la vez que antagonizaba a su aliado, por cuestiones comerciales. A lo largo del capítulo se priorizó un recuento histórico separado de cada actor, con la finalidad de analizar la relación bilateral. No obstante, para poder determinar si un análisis del actuar estadounidense centrado en sus intereses estratégicos y económicos cuenta con la capacidad para explicar la toma de decisiones de Washington, es necesario entrelazar los casos.

Nixon heredó una situación poco favorable al comenzar su administración. La guerra en Vietnam había mostrado los límites del poderío de Washington, al tiempo que contribuía al deterioro de la economía estadounidense. El presidente debía, ante todo, lidiar con dos aspectos de su relación con la región: procurar sus intereses estratégicos y proteger sus intereses económicos. A lo largo de la Guerra Fría, el primero consistía en evitar que la región se viera permeado por un monopolio comunista, visto como una amenaza, debido a que la influencia de la Unión Soviética limitaría la capacidad de acción estadounidense. La administración consideró a Moscú el artífice de un avance implacable, con miras a establecer una fuerte presencia en el Este de Asia;¹⁵⁴ en el corto plazo afectaría sus intereses estratégicos, en el largo, los económicos.

La derrota en Vietnam puso en serios aprietos a Washington, a los cuales buscaba una salida que minimizara las repercusiones a sus intereses. El restablecimiento de relaciones con Beijing permitía a los estadounidenses satisfacer sus intereses estratégicos, tanto en la región, cuanto en Indochina, pues al tiempo que balanceó a China contra la Unión Soviética, obtuvo garantías del primero que no apoyaría movimientos comunistas.¹⁵⁵ Aunque la derrota en Indochina fue un

¹⁵⁴ MacMillan, *op. cit.*, pp. 102-110.

¹⁵⁵ Feeney, *op. cit.*, pp. 154-157.

severo golpe a los intereses estratégicos y económicos de Washington en la región, la alianza y garantías de Beijing aseguraron que sus pérdidas se vieran subsanadas por lo significativo de estas ganancias.

La misma administración, al tiempo que redibujaba la nueva esfera de influencia en el Este de Asia y entablaba relaciones con Beijing como medio de apalancamiento en sus relaciones con Moscú, persiguió sus intereses económicos en Japón. Nixon se percató que la relación con uno de sus aliados más cercanos contaba con una dimensión poco favorable para los intereses de Washington, por lo que tomó medidas para remediar la situación. La administración condicionó el regreso de Okinawa y su soberanía a un acuerdo de autolimitación por parte de la industria textil japonesa, pues esta ponía en riesgo a los productores estadounidenses. El panorama desfavorable que presentaba Washington la disparidad en la balanza de pagos obligó a la administración a dar mayor importancia a sus intereses económicos, a los cuales se subordinaron los intereses estratégicos.

La administración de Nixon finalizó con su renuncia y la llegada a la presidencia del vicepresidente Gerald Ford, quien no hizo más que seguir los planteamientos que su antecesor le había heredado en lo que correspondía al actuar en el Este de Asia. El primer contratiempo severo se esperó de la administración Carter, por tratarse del triunfo de la oposición y la mala imagen que habían dejado los dos presidentes que le antecedieron. Sin embargo, la administración no hizo sino continuar con el legado del presidente pasado, pues la relación con China había contribuido a la estabilidad de las esferas de influencia, detenido la expansión del comunismo en la región, y facilitado acuerdos con Moscú. Por lo tanto, la relación con Beijing benefició a Washington y sus intereses estratégicos, por lo cual James Carter hizo por preservar y formalizar la relación que la administración pasada había comenzado. Muchos esperaban que la relación con China sufriera de

severos estragos debido a la afinidad del presidente demócrata con la agenda de los Derechos Humanos. Sin embargo, la administración priorizó sus intereses estratégicos, y la buena relación política entre ambos Estados pudo más que el idealismo del presidente.

Por el contrario, la afinidad ideológica entre Washington y Tokio no se tradujo en una apreciación positiva del primero sobre las acciones del segundo. La noción de Japón como un Estado gorrón que no hacía sino desplazar a los trabajadores estadounidenses comenzó a generar una animosidad importante entre los aliados, lo cual se tradujo en posturas firmes por parte de Estados Unidos.

El regreso a una administración republicana enervó a más de uno, más por la retórica que por la afinidad política del presidente. El gobierno de Reagan pintó la imagen de Beijing como el acérrimo enemigo de los ideales estadounidenses, por lo que una relación con China sería imposible de mantener en los términos que Nixon, Ford y Carter habían planteado. Sin embargo, lejos de poner en marcha medidas para deteriorar la relación con el máximo representante del comunismo en la región, Reagan continuó con la política de sus antecesores. A lo largo de su administración, China y Estados Unidos comenzaron un período de inversión y cooperación en diversas esferas, lo cual contribuyó a la cercanía de dos Estados que no hace mucho carecían de relaciones. Una vez consolidados los intereses estratégicos estadounidenses, Washington encaminó su agenda con miras hacia la persecución de sus intereses económicos en China, a saber, la penetración de mercados cerrados.

Esta misma estrategia de lograr una mayor apertura imperó en la relación con Tokio, pues la agenda económica había comenzado a dominar una relación en la que Japón gozaba de un superávit comercial abrumador. Reagan, el paladín del neoliberalismo, comenzó a presionar a su aliado, con la finalidad de erosionar el resguardo de los sectores altamente protegidos por el

gobierno japonés. La administración estadounidense, al verse frustrada, implementó medidas severas, como lo fueron la adopción de sanciones económicas. La llegada de Nakasone facilitó las negociaciones entre ambos países, con lo cual aminoraron las presiones por parte de sectores estadounidenses que exigían un alto al proteccionismo japonés, y las injusticias que a este acompañaba. Los intereses económicos de Estados Unidos dominaron la agenda de Reagan, y ya fuera el acérrimo rival o el aliado incondicional, las demandas por una relación comercial justa poca atención prestaban a las afinidades ideológicas.

Los problemas con China llegaron de la mano del incidente en la plaza de Tiananmen, y el encargo de lidiar con un evento tan traumático, cuanto delicado, cayó a George H. W. Bush. Las relaciones con Beijing sufrieron un serio contratiempo tras el infame incidente, y Washington no tuvo más opción que condenar el acto e imponer sanciones; sería la primera vez, desde Nixon, que Estados Unidos no tendría una línea de comunicación de alto nivel. Sin embargo, el tacto, experiencia y el pasado del presidente en la oficina de relaciones previo al reconocimiento pleno se manifestaron en una carta que envió a Deng Xiaoping, la cual limitó los problemas.¹⁵⁶ La administración se vio forzada a imponer sanciones, con la finalidad de evitar que el Congreso tomara medidas permanentes que amenazaran la relación. Las severas acciones del presidente, lejos de poner en peligro la relación, protegieron lo que para el mandatario estadounidense era de vital importancia: los intereses estratégicos y la continuación de lazos económicos de Estados Unidos en China.

Así mismo, mientras lidiaba con problemas en Beijing, el mandatario estadounidense debió lidiar con las compañías automotrices y el constante asedio de sus competidores japoneses. La icónica industria estadounidense sufrió graves contratiempos cuando se enfrentó a las importaciones

¹⁵⁶ Kissinger, *op. cit.*, pp. 411-418.

de la nación insular, por lo que la administración Bush facilitó un encuentro entre representantes de compañías de ambos países, con la finalidad de llegar a un mutuo acuerdo. En gran medida, el gobierno de Bush sufrió grandes contratiempos con los dos países que más afectaban la dinámica del Este de Asia. Sin embargo, el compromiso con los intereses estadounidenses fue la guía que facilitó que los problemas que surgieron con las dos relaciones más importantes de la región fuesen resueltos de manera oportuna y sin mayor complicación.

Así como la ideología del actor vuelto presidente fue percibido como una amenaza para la relación con Beijing, la ideología del joven gobernador de Arkansas puso a prueba la determinación estadounidense para con sus intereses en el Este de Asia. El incidente en Tiananmen había modificado la retórica del partido de oposición a Bush, y al tomar posesión, Bill Clinton arguyó que los demócratas no dejarían de lado la agenda de Derechos Humanos. No obstante, las palabras del entusiasta mandatario poco pudieron hacer ante las presiones del sector privado, quienes pedían la firma del presidente que extendería a China su posición como Nación Más Favorecida. A pesar de condicionar su firma, lo laxo del lenguaje permitió a China continuar con una política interna prácticamente intacta, al tiempo que Estados Unidos continuaba en la persecución de sus intereses comerciales. Sin embargo, donde el presidente demócrata exhibió un carácter mucho más serio fue en la protección de sus intereses en Taiwán, tras los ejercicios militares de Beijing. Nuevamente, cuando fueron puestos en peligro sus intereses estratégicos, Washington no dudó en actuar de manera inmediata, con la finalidad de dejar en claro que una afronta de esta magnitud no sólo no sería tolerada: se haría frente a ella.

La relación con Japón no varió mucho de la relación que tuvo su antecesor. La constante pugna de las industrias estadounidenses con sus competidores japoneses forzó al joven presidente a adoptar un lenguaje de apoyo a la industria nacional. Mostró una postura firme en su relación con

su aliado, y dejó en claro que las relaciones debían acomodar un carácter que permitiera un intercambio dinámico que favoreciera a ambos. Al igual que previas administraciones, las sanciones fueron un arma que no dudó en desplegar, aunque con menor ferocidad que sus antecesores.

El obrar estadounidense ha encontrado siempre explicaciones para sus acciones en el Este de Asia. Su capacidad como actor para influir y moldear la dinámica regional se encuentra plasmado en diversas obras, a lo largo de varios siglos. El estudio de los intereses estadounidenses, esbozados en este texto, provee al lector con una visión clara de los objetivos de Washington, y busca matizar la noción de altibajos y virajes de timón de política exterior.

Hablar de continuidad en el actuar estadounidense en el Este de Asia es hablar de la formulación de política exterior con miras a la consolidación de objetivos basados en intereses estratégicos y económicos. Este comportamiento se ve reflejado en la toma de decisiones a lo largo de su presencia en la región, desde sus acciones a lo largo del siglo XIX, a la hegemonía del siglo XX. No obstante, dos ausencias notables han dado lugar a un vacío que dio pie a tensiones que modificaron la dinámica regional. El aislacionismo de la década de 1930 allanó el camino para el avance impecable del imperialismo japonés, mismo que sólo pudo ser detenido por un esfuerzo militar sumamente costoso. La segunda ausencia, la de principios del siglo XXI, ha facilitado el ascenso de China, acompañado de reclamos territoriales y consolidación de mercados regionales, con lo cual ha apuntalado su lugar en la región.

Es imposible entender los méritos de analizar los intereses estratégicos y económicos como factores en la formulación de política exterior, si no se analiza las repercusiones de los casos en los que este lineamiento no se ha respetado. Ya sea por ausencia, desdén o desconocimiento de los objetivos, Estados Unidos se desentendió de los principios que han dictado su actuar en el Este de

Asia. Esto dio lugar a dos de los periodos de menor participación estadounidense en la región, lo cual llegó acompañado de potencias en ascenso, desconcierto y –en el primer caso– guerra.

III

AISLACIONISMO

El papel que desempeña Estados Unidos en el Este de Asia se reduce a su influencia tras la victoria en el Escenario del Pacífico. A esa conclusión podrían llegar quienes analizaran destacadas obras sobre el actuar de Washington en la región.¹ El recuento del papel estadounidense en el Este de Asia se resume en las acciones tomadas por la Casa Blanca tras la victoria sobre el Imperio Japonés, lo cual presenta un panorama incompleto sobre su obrar en la región. Es importante destacar esta miopía histórica, pues estudiar y entender la posición actual de Estados Unidos en la región requiere de un análisis de los años que dieron lugar a su involucramiento a mediados del siglo XX.

En el primer capítulo presenté un pequeño apartado para destacar la actuación estadounidense en el Este de Asia, con la finalidad de mostrar que las acciones de Washington en la región anteceden su involucramiento en la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, he destacado el actuar de Estados Unidos, tras la victoria sobre Japón, para ilustrar su política hacia los actores más relevantes. La dinámica con Beijing y Tokio ha servido para evidenciar la importancia de Washington en las interacciones regionales, para lograr sus intereses estratégicos y económicos.

En el primer capítulo dejé fuera dos décadas que sirven ilustrar las consecuencias de la ausencia estadounidense en la región, mismos que usaré para mostrar cómo dicho distanciamiento

¹ Inclusive este trabajo, aunque ha estudiado el papel de Estados Unidos durante el siglo XIX y principios del XX, dedicó el grueso de los primeros dos capítulos a las acciones de Washington en la segunda mitad del siglo XX.

ha favorecido periodos de inestabilidad. El primer periodo corresponde a las décadas de 1920 y 1930, cuando las administraciones de Warren G. Harding, Calvin Coolidge, Herbert Hoover y los primeros mandatos de Roosevelt desentendieron de los intereses estadounidenses en el Este de Asia. La indiferencia de los gobiernos en Washington favoreció un vacío de poder que Japón aprovechó con la finalidad de expandir su esfera de influencia, lo que llevó a un desafortunado desenlace.²

La hegemonía estadounidense fue innegable tras la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética. La década de 1990 vio un mundo en que la administración de William Clinton yacía como el *primus inter pares* de la comunidad internacional, con capacidades militares inigualables.³ El gobierno que lo relevó persiguió una política exterior irresponsable que lo ancló en el Medio Oriente con dos guerras extremadamente costosas que distrajeron recursos y tropas, mismos que Washington necesitaba para garantizar sus intereses globales.⁴ Es este el segundo episodio de ausencia, pues en su cruzada contra el terror la administración de George W. Bush restringió la habilidad de maniobra a nivel mundial,⁵ con lo cual limitó su capacidad de procurar sus intereses estratégicos y económicos en el Este de Asia.

² Julius Pratt resume en su recuento de la historia de la política exterior de Estados Unidos el desinterés que mostró Washington y el vacío que Japón aprovechó en el periodo de entre guerras, véase Julius Pratt, *A History of United States Foreign Policy*, Nueva Jersey, Prentice-Hall Inc., 7ª edición, 1961, pp. 579-591; 622-628. (En adelante, *A History of United States Foreign Policy*).

³ Que la victoria estadounidense en la Guerra Fría dio lugar a un momento de Unipolaridad que vio a Washington posicionarse como la nación más poderosa del mundo en términos económicos y militares es una idea que expresa más de un autor. Ikenberry, Nye, Walt, entre otros lo han dejado en claro en más de uno de sus textos. Para una interpretación histórica que brinde contexto sobre dicho momento unipolar y el poderío de Estados Unidos recomiendo el texto de George Herring. George C. Herring, *From Colony to Superpower. U.S. Foreign Relations since 1776*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 899-964.

⁴ Grandes autores han estudiado las consecuencias que han tenido los conflictos en el Medio Oriente sobre la política exterior de Estados Unidos. Sin embargo, refiero al siguiente texto por considerar que dicho artículo rescata los puntos más importantes y esclarece los problemas que representaron para Washington las guerras en Afganistán e Iraq. Stephen M. Walt, "The End of the American Era", *The National Interest*, no. 116, 2011, pp. 6-16.

⁵ Para entender la Guerra contra el Terror, cómo modificó la política exterior de Estados Unidos, de qué manera concentró recursos, y cómo se posicionó en la cima de la agenda de Washington, véanse James F. Hoge, Jr. y Gideon Rose, "Introduction" y Michael Mandelbaum, "Diplomacy in Wartime. New Priorities and Alignments", en James F. Hoge, Jr. y Gideon Rose (editores), *How did this Happen?*, Nueva York, Public Affairs, 2001.

Es necesario brindar un contexto claro que facilite el entendimiento de los motivos por los cuales Estados Unidos se distanció de la región. Por lo mismo, los episodios que a continuación presento otorgan al lector un panorama completo sobre las acciones estadounidenses en la región y las decisiones que llevaron a un eventual distanciamiento. En lo que refiere al primer caso, ahondo sobre la expedición del comodoro Perry dentro del marco de las ambiciones estadounidenses,⁶ misma que lograría la apertura comercial de Japón que las potencias europeas no habían podido obtener. Acto seguido, analizo la política de puertas abiertas como reflejo de los intereses estadounidenses en el Este de Asia.⁷ La carta del secretario de Estado John Hay evidenció los objetivos de política exterior estadounidense, y favoreció la consolidación del comercio exterior como motor de desarrollo.⁸ Tanto la carta del secretario de Estado como la adquisición de Filipinas e islas aledañas fueron parte de un cierre de siglo que vio a Washington apuntalar su posición económica en el Este de Asia.⁹

Aunque el comercio fuese de gran importancia en la agenda de Washington, el papel político que tuvo Estados Unidos mostró su compromiso con la política regional. Uno de los primeros esfuerzos diplomáticos fue la firma del tratado de Portsmouth, mediante el cual Estados Unidos medió entre Japón y Rusia para poner fin al conflicto entre los dos imperios asiáticos.¹⁰ Años después, el presidente Woodrow Wilson, consciente que la expedición japonesa en Siberia

⁶ Marius B. Jansen, *The Making of Modern Japan*, Cambridge, Harvard University Press, 2002, pp. 274-279.

⁷ Bruce A. Elleman, *International Competition in China, 1899-1991. The Rise, fall, and restoration of the Open Door Policy*, Nueva York, Routledge, 2015, pp. 1-21.

⁸ *A History of United States Foreign Policy*, pp. 435-436.

⁹ El interés económico de Estados Unidos se vio claramente reflejado en las acciones que tomó para asegurar que Filipinas formase parte de su expansión en el Pacífico y que Hawái no cayese en manos de los japoneses. La importancia de ambos territorios yacía en su valor como puertos para agilizar el comercio con el Este de Asia, en especial China. Julius Pratt, *Expansionists of 1898. The acquisition of Hawaii and the Spanish Islands*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1936, pp. 230-278.

¹⁰ *A History of United States Foreign Policy*, pp. 442-444.

mostraba el ímpetu expansionista del imperio insular, envió tropas con la finalidad de limitar las intenciones de Tokio.¹¹

El contexto antes expuesto sirve como antesala al análisis del aislacionismo estadounidense en el Este de Asia. Aunque menos evidente en las administraciones de Harding y Coolidge, es notable la intención de Washington desde esos años por reducir la participación en la esfera internacional que promovió Woodrow Wilson. Me refiero a las dos administraciones que precedieron a Herbert Hoover, como punto de partida para un análisis de los factores que facilitaron el aislacionismo que caracterizó su mandato.¹²

Analizo el segundo caso de ausencia, la administración de George W. Bush con el mismo escrutinio. En primera instancia, hago un breve recuento de las acciones tomadas por administraciones pasadas, desde Reagan hasta Clinton, con la finalidad de estudiar la nación que heredó la administración del 43º presidente de los Estados Unidos. Comienzo con un repaso de la fricción entre el gobierno del presidente Bush y Jiang Zemin, para mostrar el cambio que ocurriría en la relación tras el atentado del 11 de septiembre.¹³ Acto seguido, repaso brevemente la Guerra contra el Terror, que dominó la agenda de política exterior del antes gobernador de Texas.¹⁴ Es de gran importancia analizar dicha campaña, pues el despliegue militar conllevó fue fundamental en la distribución de recursos.

¹¹ Lejos de comportarse como lo harían los tres presidentes de la década de 1920, Wilson comprometió fuerzas en Siberia en aras de mostrar su determinación con el principio de soberanía estatal. Young Hum Kim, *American Frontier Activities in Asia. U.S.-Asian Relations in the Twentieth Century*, Chicago, Nelson-Hall, 1981, pp. 56-60, y *A History of United States Foreign Policy*, p. 544.

¹² Para una visión completa sobre el panorama que enfrentó Herbert Hoover y las medidas de política exterior que adoptó su administración, véase Robert H. Ferrell, *American Diplomacy in the Great Depression. Hoover-Stimson Foreign Policy, 1929-1933*, Nueva Haven, Yale University Press, 1957.

¹³ Michael Mastanduno, “Hegemonic Order, September 11, and the Consequences of the Bush Revolution”, en G. John Ikenberry y Chung-in Moon (editores), *The United States and Northeast Asia. Debates, Issues, and New Order*, Maryland, Rowman and Littlefield Publishers, 2008, pp. 267-268.

¹⁴ Sumado al texto de Hoge y Rose, es pertinente revisar el texto editado por Mohammed Ayoob y Etga Ugur, que contiene una serie de artículos sobre la Guerra contra el Terror durante la administración Bush y aquellas políticas que continuaron durante la administración Obama. Mohammed Ayoob y Etga Ugur (editores), *Assessing the War on Terror*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 2013.

Tras estudiar las condiciones del país que heredó el presidente estadounidense, analizo lo que constituyó la adopción de la Guerra contra el Terror como eje de su política exterior, y el florecimiento de la relación con potencias que poco antes habían sido consideradas potenciales enemigos de Estados Unidos.¹⁵ Estudio la cooperación que floreció entre Washington y Beijing, quienes coincidieron en el objetivo de detener organizaciones terroristas, lo cual favoreció los lazos entre ambos.¹⁶ La afinidad de las agendas de los países dio lugar a colaboración en lo que constituyó uno de los retos para la región; a saber, Corea del Norte.¹⁷ Estudio también la adopción por parte de China de una agresiva política de reclamación de lo que alega son sus posesiones en el Mar del Sur de China, al tiempo que repaso la débil respuesta de la administración de George Bush.¹⁸

Finalmente, examino las acciones tomadas por el gobierno de Barack Obama, quien comenzó con una línea de negociación similar a la de la administración previa, ilustrada por el *Strategic & Economic Dialogue*.¹⁹ La finalidad de estudiar el gobierno y acciones del primer presidente afroamericano es demostrar las dificultades de reposicionarse en el Este de Asia tras un largo período de abandono. Para ello analizo la política conocida como el Pivote a Asia y las políticas que acompañaron la decisión de tomar una postura fuerte frente a Beijing.²⁰

¹⁵ Mastanduno, art. cit., pp. 270-271.

¹⁶ Mohammed Ayoob, “Assessing the War on Terror”, en Mohammed Ayoob y Etga Ugur (editores), *Assessing the War on Terror*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 2013, p. 8, y Mastanduno, art. cit., pp. 270-271.

¹⁷ Chung-in Moon, “Managing the North Korean Nuclear Quagmire: Capability, Impacts, and Prospects”, en G. John Ikenberry y Chung-in Moon (editores), *The United States and Northeast Asia. Debates, Issues, and New Order*, Maryland, Rowman and Littlefield Publishers, 2008, pp. 232-243, y Mastanduno, art. cit., pp. 273.

¹⁸ Avery Goldstein, “Power Transition, Institutions, and China’s Rise in East Asia: Theoretical Expectations and Evidence”, en G. John Ikenberry y Chung-in Moon (editores), *The United States and Northeast Asia. Debates, Issues, and New Order*, Maryland, Rowman and Littlefield Publishers, 2008, pp. 45-49.

¹⁹ Kurt Campbell, *The Pivot. The Future of American Statecraft in Asia*, Nueva York, Twelve, 2016, p. 24.

²⁰ Por la misma naturaleza del ascenso de China y el papel que Estados Unidos tiene en la región, por más que Campbell concentre sus esfuerzos en debatir la importancia del ‘Pivote’, el texto regresa con frecuencia a la relación entre Beijing y Washington. Véase, *ibid.*, pp. 13 *et passim*.

Como conclusión, estudio la evolución de las políticas de Washington en el Este de Asia y las consecuencias de las acciones de la política de la Guerra contra el Terror. Al tiempo que comparo la reacción de Barack Obama y la obra que puso en marcha, con la finalidad de enfrentar los retos que la región presentaba.

El objetivo de este ejercicio es demostrar que el abandono estadounidense del Este de Asia genera vacíos de poder que otros actores regionales buscan aprovechar con la finalidad de favorecer sus intereses. Para esto, analizaré el comportamiento y motivos que forzaron a la salida estadounidense de la región en dos periodos distintos y los actores que hicieron valer su oportunidad.

HACIA EL AISLACIONISMO

La expedición al mando del comodoro Perry logró, en 1854, lo que muchas potencias europeas deseaban: la apertura comercial de Japón.²¹ Aunque la petición original de la negociación en la bahía de Edo fue rechazada por los japoneses, las amenazas del Comodoro forzaron a los japoneses a aceptar negociar con Estados Unidos, lo que tuvo lugar en Yokohama, una pequeña ciudad pesquera. La firma de la convención de Kanagawa garantizó la apertura japonesa, pues aseguró a navíos estadounidenses la libertad de comerciar en los puertos de Shimoda y Hakodate.²² Este despliegue militar estadounidense mostró el poderío de la joven nación, al tiempo que evidenció su determinación por participar de manera más activa en la región, inclusive si para eso debía valerse de las armas.

Aunque la intención original de la apertura era el uso de puertos para reabastecer a los navíos de carbón, las negociaciones y el rápido crecimiento de asentamientos estadounidense en las

²¹ Es verdad que los holandeses, ya desde el siglo XVII, habían logrado que Japón les permitiera comerciar con ellos en un pequeño reducto en islas apartadas. Sin embargo, la expedición del comodoro Perry logró la apertura de dos puertos, Shimoda (a la entrada de la bahía de Edo) y Hokadate. Jansen, *op. cit.*, p. 278

²² *Ibid.*, pp. 312-322.

inmediaciones de Yokohama evidenciaron el ímpetu de los comerciantes de Estados Unidos por incrementar su participación en el intercambio regional.²³ Lo que comenzó como un intento estatal por ampliar el número de puestos de abastecimiento de combustible, terminó por convertirse en un esfuerzo por romper el aislacionismo asociado al régimen feudal japonés.

La necesidad estadounidense de lograr la apertura de Japón, para evitar monopolios desventajosos para el libre comercio, no era nada nuevo en el continente. Ya en China el gobierno estadounidense había perseguido estrategias para participar en las esferas de influencia de las potencias extranjeras, al tiempo que instaba al gobierno en Beijing a ser más permisivo con el intercambio de bienes.²⁴ La política que abanderó el gobierno de Washington fue sintetizada, años más tarde, en la carta del secretario de Estado, John Hay, quien buscó captar la atención de las potencias europeas. En el comunicado, el secretario instó a las partes a respetar la soberanía territorial china, misma que estaba siendo diluida por la avaricia de las potencias europeas. De igual manera, aprovechó la oportunidad para recordar a los destinatarios que el intercambio comercial en China partía del principio de igualdad entre las partes, la cual era necesario para garantizar el intercambio justo de todas las naciones en dicho territorio.²⁵

Mucho se puede debatir sobre la importancia que la soberanía tenía en la agenda de Washington, pues es claro que el interés inicial de Estados Unidos era puramente económico. Aunque alegaba que protegería la integridad territorial de China, Washington se centró en garantizar que los puertos chinos no fuesen monopolizados por alguna potencia extranjera, lo que podría limitar la participación estadounidense en dicho mercado.

²³ En un comienzo, la política estadounidense de conseguir la apertura de Japón se basó en la necesidad de proteger a aquellos balleneros que naufragaban en las costas del imperio y garantizar puestos de suministro de carbón. *A History of United States Foreign Policy*, pp. 271-273, y Jansen, *op. cit.*, pp. 274-279.

²⁴ Hum Kim, *op. cit.*, pp. 14-27, *A History of United States Foreign Policy*, pp. 236-241, y Campbell, *op. cit.*, pp. 84-86.

²⁵ *A History of United States Foreign Policy*, pp. 435-436.

Al mismo tiempo que el gobierno en Washington abogaba por el respeto de la integridad territorial y la igualdad comercial en China, Estados Unidos libró una “espléndida pequeña guerra” contra España.²⁶ Tras la victoria, Washington tuvo que lidiar con una nueva realidad a nivel internacional, misma que sus acciones habían contribuido a forjar. En primera instancia, el triunfo militar sobre lo que en su momento había sido el imperio con mayores posesiones en América mostró a las potencias europeas la capacidad y poderío estadounidenses. Sumado a esto, las colonias que heredó al derrotar a España crearon una responsabilidad para la joven nación, pues ahora debía administrar territorios que se encontraban del otro lado del mundo.²⁷ Así, al final del siglo XIX, Estados Unidos había apuntalado su posición en el Este de Asia, pues, en lo que refería a lo económico, Washington logró favorecer sus intereses mediante la expansión territorial de su presencia en el Lejano Oriente.

Es claro que Estados Unidos no descuidaría sus intereses económicos. Sin embargo, a principios del siglo XX, fue mucho más evidente que el compromiso estadounidense con su agenda comercial vendría acompañado de un interés explícito por inmiscuirse en los procesos geopolíticos de la región. La primera prueba de su capacidad diplomática llegaría en 1905, cuando se dispuso a mediar entre el imperio ruso y el imperio japonés con la finalidad de poner fin a la cruenta guerra entre ambos. Aunque la labor de conciliar la posición de las dos potencias fue titánica, la administración de Theodore Roosevelt logró que las partes hicieran a un lado sus diferencias y depusieran las armas.²⁸ La guerra ruso-japonesa fue extremadamente costosa para Japón, representó un desgaste político y militar del que Rusia no se podría recuperar, pero fue un éxito

²⁶ *From Colony to Superpower*, p. 316.

²⁷ Hannigan, *op. cit.*, pp. 185-229.

²⁸ *A History of United States Foreign Policy*, pp. 442-444.

para Washington, quien demostró su valía como un actor con gran influencia más allá de la esfera comercial.

La Primera Guerra Mundial irrumpió en escena en 1914 y el Este de Asia no estaría exento de las consecuencias del conflicto. Estados Unidos evitó inmiscuirse en lo que consideraba era un problema europeo, hasta que cedió en 1917, como resultado de acciones como la campaña de submarinos alemanes contra los buques estadounidenses con dirección a Gran Bretaña y el Telegrama Zimmerman.²⁹ En el Este de Asia, Japón aprovechó la debilidad del gobierno de Berlín, al final de la guerra, para tomar control del territorio alemán en Shandong y aumentar sus posesiones en China.³⁰ De igual manera, el imperio japonés aprovechó la confusión y el desconcierto generados por la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, para expandir su presencia territorial en el continente asiático. Al percatarse de la debilidad de su antiguo rival, Japón aprovechó el caos en Rusia, para establecer una presencia militar en Siberia.³¹ En un comienzo, la intervención japonesa era parte de un esfuerzo conjunto en el que participaban países como el Reino Unido y Estados Unidos para auxiliar a las fuerzas del Ejército Blanco en el combate contra las fuerzas del Ejército Rojo.³² Sin embargo, lo que para Japón comenzó como un ejercicio por defender a las fuerzas reaccionarias, terminó como una campaña militar para garantizar su presencia en Siberia, lo que daría lugar a la creación de una república autónoma.³³

²⁹ Aunque decisivo, el papel de Estados Unidos en la guerra se vio limitada a los últimos años del conflicto. *From Colony to Superpower*, pp. 407-412.

³⁰ Jansen, *op. cit.*, p. 515.

³¹ Para un recuento detallado del papel que desempeñó Japón en Siberia, y el apoyo que dio a los regímenes que ahí nacieron tras la caída del zarismo véanse, E. H. Carr, *The Bolsheviki Revolution. 1917-1923*, vol. 1, Nueva York, The MacMillan Company, 1951, pp. 350-363, y Hum Kim, *op. cit.*, pp. 56-60.

³² Para un breve repaso sobre el papel que desempeñaron y los objetivos que tuvieron los ejércitos Rojo y Blanco véase, Robert Service, *A History of Modern Russia. From Tsarism to the Twenty-First Century*, 3ª edición, Massachusetts, Harvard University Press, 2009, pp. 101-122.

³³ E.H. Carr, *op. cit.*, pp. 350-363.

Con miras a evitar el crecimiento desmedido del poderío japonés en la región, la administración de Woodrow Wilson comprometió más de siete mil tropas al puerto de Vladivostok, bajo la encomienda de auxiliar a la legión checoslovaca. Los suministros de guerra eran de gran importancia para Estados Unidos, pero también lo era presionar a Japón para que limitara sus ambiciones en la región.³⁴ El retiro de tropas estadounidenses en 1920 se dio a escasos dos años de su llegada, no obstante, Washington continuó presionando a las fuerzas japonesas para que estas abandonaran Siberia.³⁵

La expedición promovida por la administración de Wilson fue el último intento militar de Estados Unidos por limitar las ambiciones japonesas por los siguientes veinte años. La derrota electoral del presidente demócrata llegó de la mano de un profundo resentimiento al intervencionismo estadounidense,³⁶ al cual los republicanos vincularon su agenda para evitar la ira del electorado. Sin embargo, el aislacionismo estadounidense no fue una decisión de política exterior que se implementara de tajo, pues la participación de Washington en la esfera internacional comenzó con un cambio en la visión que éste debería tener en la comunidad internacional.

En 1921, el presidente Warren G. Harding llegó a la presidencia con la encomienda expresa de alejar a Estados Unidos de cualquier intervención innecesaria. Acompañado por el desdén del partido republicano al intervencionismo, y el compromiso expreso de romper con la visión del presidente Wilson,³⁷ Harding buscó una estrategia que alejara a Estados Unidos de sus responsabilidades en el exterior. Si su objetivo habría de cumplirse, el presidente debía lograr que el resto de los países de la comunidad internacional evitaran el comportamiento que los llevó a un

³⁴ Hum Kim, *op. cit.*, pp. 56-60.

³⁵ *Loc. cit.*

³⁶ John D. Hicks, *Republican Ascendancy, 1921-1933*, Nueva York, Harper & Brothers, 1960, pp. 23-49.

³⁷ *Ibid.*, pp. 24 *et passim*.

conflicto de escala global. La Conferencia de Washington de 1921 tenía la meta, entre otras, de limitar el número de navíos que cada potencia podría construir, con lo cual el mundo evitaría caer en una espiral bélica. No obstante, este acuerdo carecía de instrumentos punitivos, lo cual significó que el único freno al armamentismo era la autolimitación.

Al hablar de la Conferencia de Washington es importante mencionar los tres tratados firmados tras meses de negociación, a saber, el Tratado de Cuatro Potencias, el Tratado de Cinco Potencias y el Tratado de Nueve Potencias.³⁸ Vale la pena analizar cada uno con detenimiento, para entender el aislacionismo como estrategia de política exterior.

El Tratado de Cuatro Potencias evidenció los esfuerzos estadounidenses por conservar el statu quo que se logró después de la Primera Guerra Mundial, y su deseo por evitar monopolios territoriales y comerciales en la región. Dado que no estaba dispuesto a comprometer tropas al esfuerzo, instó a los otros tres signatarios, Francia, Japón y Gran Bretaña, a respetar las posesiones de otras potencias y a no emprender campañas de expansión territorial. Sugirió a las partes resolver las controversias territoriales mediante consultas entre ellos, con la finalidad expresa de evitar un desenlace bélico que los pudiese perjudicar.³⁹ Esta iniciativa no surgió a raíz de la Conferencia Naval de Washington, pues ya antes Estados Unidos había tenido acercamientos con Japón con el fin de limitar las aspiraciones de su rival en el Pacífico.⁴⁰ Sin embargo, a diferencia de previos

³⁸ La Conferencia Naval de Washington produjo los tres tratados mencionados en el texto. Es necesario revisar lo acordado por las partes en los tres textos, pues cada uno refleja inquietudes particulares del gobierno estadounidense y acuerdos mediante los cuales pensó podría responder a los problemas que presentó el mundo de la posguerra. Para una explicación resumida de cada uno véase Hum Kim, *op. cit.*, pp. 77-83. Para un entendimiento más amplio de lo que contenía cada uno es necesario que acudan directo a los textos. Véase, His Majesty's Stationery Office, *Conference on Limitation of Armament, Washington, 1921-1922, (Treaties, Resolutions, & c.)*, Londres, 1922.

³⁹ *Conference on Limitation of Armament*, pp. 38-42.

⁴⁰ Las dos potencias del Pacífico siguieron, desde 1905, una postura conciliatoria con la finalidad de evitar fricciones en sus esfuerzos por consolidar su posición en la región. El primero de estos acercamientos se refleja en el memorándum Taft-Katsura, que respetaba la posesión estadounidense en Filipinas, a cambio del reconocimiento del protectorado japonés en Corea. El segundo, el acuerdo Lansing-Ishii, destacaba la importancia del respeto a la política de puertas abiertas en China, al tiempo que reconocía los intereses especiales de Japón. Véanse, Departamento de Estado, *Mutual Interests in China (Lansing-Ishii agreement)*, Washington, 1917, y el memorándum Taft-Katsura, 1905.

encuentros con Tokio, el Tratado de las Cuatro Potencias sirvió a la Casa Blanca como medida para presionar a Japón, pues el involucramiento de Francia e Inglaterra sería la garantía que Washington necesitaba para detener el expansionismo japonés.

La Conferencia Naval de Washington sentó las bases del aislacionismo del periodo de entre guerras. La administración Harding, misma que fue electa con la promesa de reducir el involucramiento estadounidense en el exterior, consolidó dicho compromiso mediante la firma y ratificación del acuerdo. Muchos podrían alegar que su administración no hizo sino seguir el ejemplo de sus antecesores, quienes llegaron a acuerdos con Japón para evitar fricciones innecesarias que llevaran a un desenlace bélico.⁴¹ Sin embargo, previas administraciones contemplaron y se prepararon para un eventual enfrentamiento, fortaleciendo a las fuerzas armadas, como disuasivo ante el adversario. Así, al tiempo que Theodore Roosevelt hacía valer la diplomacia,⁴² diseñó el Plan de Guerra Naranja, que contemplada las maniobras militares necesarias para derrotar al Imperio japonés.⁴³ La crítica a la presidencia de Harding no es por haber priorizado la diplomacia, sino por haber olvidado que esta debe ir acompañada de instrumentos que garanticen que los acuerdos sean respetados. En palabras del presidente Roosevelt, “habla suavemente y carga un gran palo; llegarás lejos”.⁴⁴

Estados Unidos se percató que el Tratado de Cuatro Potencias, aunque presionaba a Japón, no era suficiente para detener su avance. El Tratado de Cinco Potencias nació como un intento por

⁴¹ El argumento de la Conferencia Naval de Washington como muestra del interés estadounidense de participar en un orden de posguerra no se sostiene cuando se analizan las acciones concretas de la Casa Blanca. El discurso del presidente Harding era anti wilsoniano, y aprovechó el descontento nacional con el internacionalismo para promover una agenda que facilitara el aislacionismo estadounidense. Como argumenta John Hicks “The eagerness of the United States to abdicate its position of world leadership, and to focus attention primarily upon domestic affairs, could hardly have been more eloquently expressed”. Véase Hicks, *op. cit.*, pp. 23-49.

⁴² Roosevelt sabía que estrechar lazos con el Este de Asia era de suma importancia si había de desarrollar vínculos políticos y comerciales favorables en la región. Un recuento de la delegación que envió y las acciones que tomaron para promover la imagen de Estados Unidos en la región puede encontrarse en, Campbell, *op. cit.*, p. 86.

⁴³ *Ibid.*, p. 140.

⁴⁴ Theodore Roosevelt, *Carta a Henry L. Sprague*, 26 de enero, 1900.

limitar el número de navíos que los signatarios podían poseer, cifra que mantenía una proporción que favorecía a Estados Unidos y Gran Bretaña. La distribución 5:5:3:1.75:1.75 guardaba una relación tal que Japón, Italia y Francia (3:1.75:1.75, respectivamente) no superaran en capacidad a los buques estadounidenses y británicos.⁴⁵ Sin embargo, esta aparente superioridad de Londres y Washington era puesta a prueba cuando se tomaban en cuenta los compromisos de ambas potencias en el Atlántico, mismos que Tokio no tenía. Por si la ventaja comparativa de Japón en el Pacífico no fuese evidente, el tratado prohibió la construcción de fuertes en sus posesiones en el Este de Asia,⁴⁶ lo cual eliminaba la posible ventaja de las potencias anglosajonas en caso de alguna conflagración con el imperio japonés.

Fiel a sus intereses económicos, Estados Unidos hizo un último intento por proteger el comercio en China. El Tratado de Nueve Potencias buscó rescatar la política de Puertas Abiertas del secretario de Estado John Hay, quien, en 1899-1900, había abogado por la apertura comercial de las esferas de influencia de las potencias europeas en el Imperio Chino.⁴⁷ El tratado, mismo que firmaron Estados Unidos, Japón, China y las principales potencias europeas, fue el medio para forzar a Tokio a respetar la integridad territorial de China, pues en años recientes había incrementado su influencia en dicho país. Sumado al Tratado de Shandong,⁴⁸ el de las Nueve Potencias buscaba limitar las pérdidas territoriales del gobierno en Beijing,⁴⁹ con la finalidad de favorecer la supervivencia del frágil régimen.

La Conferencia de Washington mostró al mundo que Estados Unidos estaba comprometido con un estado de paz, se alejaría lo más posible del conflicto y favorecería la negociación entre

⁴⁵ *Conference on Limitation of Armament*, pp. 3-19.

⁴⁶ El tratado prohíbe la construcción de fuertes o la fortificación de las colonias, lo cual generó ventajas comparativas para Japón cuando se desató el conflicto con las potencias de Occidente. *Ibid.*, p. 7.

⁴⁷ *A History of United States Foreign Policy*, pp. 435-436.

⁴⁸ *Conference on Limitation of Armament*, pp. 64-70.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 42-52.

partes en disputa. No obstante, esta misma conferencia dejó en claro a la comunidad internacional la falta de compromiso estadounidense con la preservación de dicho estado, pues los tratados surgidos del histórico esfuerzo carecían de herramientas e instrumentos que garantizaran que los signatarios se involucrarían para poner fin a quienes los violaran. El esfuerzo por reunir a las potencias más grandes no puede ser ignorado, pero la falta de obligación estadounidense con la preservación de un orden internacional favorable a sus intereses es evidente. La Conferencia de Washington demostró que Estados Unidos no estaría dispuesto a comprometer recursos para evitar enfrentamientos entre imperios rivales. Este desinterés continuaría a lo largo de la década de 1920 y se agudizaría en la década de 1930, con la Gran Depresión.

La muerte de Harding vio llegar a la silla presidencial a un personaje igual de desinteresado en la política exterior. Sabía que el partido que lo había llevado a la presidencia contaba con una plataforma que se resistía al involucramiento estadounidense en el exterior, por lo cual él mismo rechazó las responsabilidades que generaban los compromisos más allá de sus fronteras.⁵⁰ La administración de Calvin Coolidge mostró su continuo desinterés en dos episodios concretos; a saber, la Conferencia Naval de Ginebra y el Pacto Kellogg-Briand.⁵¹ La primera resultó un fiasco, pues las brechas entre los deseos de los involucrados eran irreconciliables, lo cual impidió que se llegara a un acuerdo. Por su parte, la segunda no era más que una carta bien intencionada sobre los deseos y aspiraciones para un mundo mejor, pues no contaba con medios para castigar a quien incumpliera.

La conferencia de Ginebra comenzó de la peor manera. La invitación del presidente Coolidge a Gran Bretaña, Japón, Italia y Francia fue rechazado por los dos últimos, quienes no compartían

⁵⁰ Hicks, *op. cit.*, pp. 130-152.

⁵¹ Para un resumen de las acciones tomadas por la administración Coolidge en lo que refiere al pacto Kellogg-Briand y la Conferencia Naval de Ginebra véase, Ferrell, *op. cit.*, pp. 28-29, y Hicks, *op. cit.*, pp. 146-152.

el entusiasmo estadounidense por la restricción de sus navíos (en especial cuando desfavorecía a los tres últimos invitados). Al final sólo se reunieron en Ginebra, en 1927, las tres potencias más grandes del Pacífico, con la finalidad de negociar restricciones al tonelaje total en cuanto a la producción de submarinos, cruceros y destructores.⁵²

El primer problema con el cual se toparon los estadounidenses fue la gran brecha entre lo que ellos esperaban del intercambio y lo que sus contrapartes en Londres permitirían en cuanto a las limitantes a su flota. Washington buscó restringir el total de la flota inglesa a 300 mil toneladas, con el objetivo de centrar los esfuerzos estadounidenses en la construcción de barcos de mayor calado. Sin embargo, Gran Bretaña tenía la encomienda de proteger el imperio que había heredado del siglo pasado y el comercio con sus colonias. Los ingleses calcularon que 560 mil toneladas cubrirían sus demandas, pues estaban dispuestos a producir cruceros de menor tamaño, pero no estarían dispuestos a negociar la seguridad de sus barcos mercantes. Por su parte, Estados Unidos no estaba dispuesto a negociar el tamaño de los cruceros (con un desplazamiento máximo de 10 mil toneladas por barco), pues ya tenía en construcción una flotilla con las características acordadas en la Conferencia Naval de Washington. Si a esto sumamos las demandas japonesas que buscaban incrementar su flota en términos comparativos frente al total de barcos estadounidense, es claro que las posiciones de los bandos jamás podrían ser reconciliadas.⁵³

Aunque la conferencia de Ginebra no llevó a nada, se puede argumentar que al menos sentó las bases para la Conferencia Naval de Londres de 1930. Sin embargo, el pacto de París de 1928 no hizo más que esbozar una serie de promesas que llevaban la consigna de renunciar a la guerra como instrumento para lidiar con controversias entre Estados. También llamado Kellogg-Briand, el

⁵² La Conferencia Naval de Washington sólo impuso un límite en lo que refería a la construcción y dimensiones de los acorazados y los portaviones. Véase, *Conference on Limitation of Armament*, pp. 3-19.

⁵³ Ferrell, *op. cit.*, pp. 28-29.

pacto tenía la finalidad de hacer del enfrentamiento armado un acto ilegal, pero si especificar el castigo que pudiese aplicarse en caso de violación.⁵⁴ El gobierno de Coolidge participó con gran entusiasmo en lo que veía como uno de los acuerdos más prometedores del siglo, y el secretario de Estado Frank Kellogg aclamó lo que veía como el fin a la barbarie humana.

En estricto sentido, los logros de lo que más tarde se convertiría en la base del derecho internacional de la posguerra no pueden ser descartados. Sin embargo, el objetivo de la administración yacía no en la visión de un mundo carente de conflictos desgarradores, sino en la falta de compromiso con el mundo. La administración pudo haber hecho mucho por limitar el uso del conflicto armado como solución a los problemas entre naciones, y como buenos abogados y promotores del derecho, los estadounidenses debieron entender que toda buena ley acarrea consigo una infracción por incumplimiento. No obstante, prefirieron confiar en la buena voluntad de los Estados y en las desgarradoras imágenes de la guerra, sin pensar que la ambición y el nacionalismo podrían más que el sueño de un mundo sin conflicto.

EL GOBIERNO DE HERBERT HOOVER

Herbert Hoover llegó a la presidencia, en 1929, con muy poco apoyo de su predecesor y habiendo ocupado siempre cargos administrativos.⁵⁵ La popularidad del secretario de comercio lo favoreció en las arrolladora elecciones de 1928, misma popularidad que lo abandonaría tras el histórico colapso de la bolsa de valores de octubre.⁵⁶ La administración Hoover siguió una estrategia, en

⁵⁴ *Pacto Kellogg-Briand.*

⁵⁵ Karl Schriftgiesser hace un breve recuento sobre el poco cariño que tenía Coolidge por Hoover y sobre la poca experiencia política del candidato republicano en las elecciones de 1928, véase Karl Schriftgiesser, *This was Normalcy. An Account of Party Politics During Twelve Republican Years: 1920-1932*, Boston, Little, Brown and Company, 1948, pp. 244-249; 263-266.

⁵⁶ Schriftgiesser argumenta que Hoover no era tan popular y que su victoria en las elecciones de 1928 puede atribuirse al racismo e intolerancia religiosa de la población (dados los resultados favorables que obtuvo el candidato demócrata). Sin embargo, distingo tres condiciones que jugaron a favor de la popularidad del candidato republicano

política exterior, similar a la de sus predecesores,⁵⁷ y la Gran Depresión no hizo más que agravar el aislacionismo de un presidente que veía con singular descontento el mundo que dejaron atrás Harding y Coolidge.

Al hablar de su administración es de gran importancia destacar tres momentos que sirven para esclarecer su postura frente a los problemas internacionales que marcaron las dos décadas posteriores a su llegada a la presidencia. La primera es la Conferencia Naval de Londres y los intereses estadounidenses reflejados en las demandas de los delegados ahí presentes. La segunda es el aislacionismo económico, el cual tiene sus raíces en las fricciones relacionadas con la deuda y las altas tarifas impuestas por Washington. Por último, la postura tomada ante la intervención japonesa en Manchuria, la respuesta a los acontecimientos en Shanghái, las posibilidades que tenía a su disposición el gobierno en Washington, y la eventual respuesta estadounidense al imperialismo japonés. Estos tres apartados son determinantes, pues demuestran la tendencia de Estados Unidos de volcarse hacia el interior, lo cual lo llevó a desentenderse de procesos que, años más tarde, desencadenarían uno de los episodios más cruentos del siglo XX.

El fracaso de la Conferencia de Ginebra no hizo sino fortalecer la determinación del recién llegado presidente estadounidense, quien veía en las cuotas a la construcción de navíos la única solución a los conflictos bélicos entre países.⁵⁸ Así, la administración Hoover buscó triunfar donde la de Coolidge había fracasado: la limitación naval.⁵⁹ La Conferencia Naval de Londres de 1930

que no deben menospreciarse: 1) la economía que heredó de la administración pasada, 2) la idea de que un ingeniero y hombre de negocios –no un político– era el indicado para resolver el letargo del Congreso, y 3) el apoyo que recibió del sector privado, el cual se manifestó en diarios de derecha y sirvió para difundir una imagen positiva del candidato. Véase, *ibid.*, pp. 238-249; 260-266.

⁵⁷ La presencia de Henry L. Stimpson (secretario de Estado) en el gabinete de Herbert Hoover forzó a la administración a considerar el papel que Estados Unidos debía desempeñar en el escenario internacional. Como sugiere Schriftgiesser, la presión de Stimpson favoreció un viraje de la política exterior tímida y desinteresada de las pasadas administraciones. Sin embargo, la Gran Depresión limitó el margen de maniobra de un presidente adverso a cualquier enfrentamiento. Véanse, Ferrell, *op. cit.*, pp. 135-280, y Hicks, *op. cit.*, pp. 249-259.

⁵⁸ Ferrell, *op. cit.*, pp. 28-29.

⁵⁹ *A History of United States Foreign Policy*, pp. 555-556.

buscó reunir a los países que habían estado presentes en la Conferencia Naval de Washington con la finalidad de discutir aquello que no había sido resuelto en territorio estadounidense o en la Conferencia de Ginebra de 1927.⁶⁰ Bajo la presión de limitar el gasto económico (dada la magnitud de la Gran Depresión) los gobiernos de Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón, Francia e Italia pudieron llegar a los acuerdos que darían pie a la limitación de submarinos y cruceros. Lejos de la paridad antes acordada, los ingleses se vieron favorecidos en la cantidad permitida de cruceros ligeros, mientras los estadounidenses lograron obtener superioridad numérica de cruceros pesados. En cuanto a los submarinos, se limitó su capacidad de desplazamiento, el tamaño de sus cañones y la cantidad máxima de producción, lo cual fue una victoria si se analizan los fracasos previos para poder llegar a un acuerdo.⁶¹ Japón debió aceptar, nuevamente, un menor tonelaje, pero la brecha entre el límite establecido en la Conferencia de Washington y éste se vio reducido.⁶²

Mientras la cooperación para la limitación de navíos rendía frutos entre Europa, Estados Unidos y Japón, el aspecto comercial de la relación parecía ir en la dirección opuesta. La ley de aranceles de 1930, también conocida como la ley Hawley-Smoot, fue una de las medidas tomadas por el 71º Congreso de los Estados Unidos con la finalidad de limitar la entrada de bienes extranjeros y así favorecer las ganancias de la industria estadounidense y sus trabajadores.⁶³ Esta medida, repudiada por autores como Pratt, Kindleberger y Ferrell por reflejar la tendencia hacia el aislacionismo, se ha convertido en la imagen del retraimiento estadounidense.⁶⁴ Las acciones de Washington generaron gran desconcierto a nivel mundial pues el mercado que había servido como

⁶⁰ Ferrell, *op. cit.*, 87 *et passim*.

⁶¹ Para un informe detallado de los acuerdos a los que llegaron las potencias en la Conferencia Naval de Londres véase, Departamento de Estado, *Limitation and Reduction of Naval Armament (London Naval Treaty)*, Londres, 1930. Para un recuento de las negociaciones entre las potencias y el acuerdo al que llegaron véase, Ferrell, *op. cit.*, pp. 90-105.

⁶² Japón logró incrementar su flota de manera que la paridad acordada en Washington (10-10-6) se redujo (10-10-7), lo cual brindó al imperio insular una ventaja comparativa en el Pacífico. Ferrell, *op. cit.*, 100-105.

⁶³ *A History of United States Foreign Policy*, pp. 567-568, y Schrifgiesser, *op. cit.*, pp. 268-269.

⁶⁴ Schrifgiesser, *op. cit.*, p. 271.

motor de desarrollo para los países de Europa tras la Primera Guerra Mundial,⁶⁵ era ahora difícil de penetrar. La animosidad europea por las barreras arancelarias fue correspondida en Washington por un serio descontento derivado del incumplimiento en que habían incurrido los gobiernos del viejo continente.⁶⁶ Aunque el presidente intentó ser flexible, el Congreso estaba determinado a cobrar aquello que había prestado pues veía en el incumplimiento de los pagos una ofensa directa a la amabilidad de un gobierno que había extendido su ayuda a quienes ahora la abusaban.⁶⁷

La última muestra del descontento y el desinterés de la administración fueron las acciones del gobierno de Herbert Hoover en relación con las acciones del gobierno japonés en territorio chino. La incursión de Japón en Manchuria avanzaba a pasos agigantados pues los insumos que tanto requería para su rápida industrialización yacían en un territorio a su alcance.⁶⁸ Ya desde la victoria sobre el imperio ruso, Japón había demostrado su capacidad para reclamar su posición como una potencia en el Este de Asia, y los territorios que había anexado sólo facilitaron su crecimiento militar e industrial.

Aunque Taiwán y Corea fueron vitales para favorecer la posición japonesa en el continente, la anexión de Manchuria era necesaria para dar el siguiente paso en el gran esquema de un imperialismo japonés exitoso. La incursión de 1931, tras el incidente Mukden, fue una muestra de la capacidad militar del imperio insular, mismo que con extrema facilidad controló la región norte de China y estableció un Estado conocido como Manchukuo, que tenía como asesores a burócratas japoneses.⁶⁹

⁶⁵ Estados Unidos se había convertido en el mercado más importante para los países europeos, era fuente de insumos y destino para la exportación de sus manufacturas. *A History of United States Foreign Policy*, pp. 566-567.

⁶⁶ La Tarifa Hawley-Smoot generó un círculo vicioso, pues Europa estaba necesitada de un mercado el cual pudiera absorber sus manufacturas, lo cual le generara un ingreso tal que le permitiera saldar sus deudas con Estados Unidos. El alza de la tarifa desató una reacción en cadena que crearía fricciones entre Washington y las principales capitales europeas. *Ibid.*, pp. 567-570.

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 569-570.

⁶⁸ Jansen, *op. cit.*, pp. 577-580.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 580-586.

La reacción de la comunidad internacional ante las acciones japonesas mostró su falta de compromiso con la estabilidad regional. La Liga de Naciones ordenó un reporte sobre lo acontecido en la región de Manchuria con la finalidad de determinar lo sucedido y actuar con base en la información proporcionada.⁷⁰ El reporte Litton concluyó que el incidente de Mukden no ameritaba las acciones tomadas de manera unilateral por Japón, al tiempo que exigía el no reconocimiento del nuevo Estado. Instó a las partes a desmilitarizar Manchuria y considerarla una región autónoma bajo la soberanía de China,⁷¹ recomendaciones que el gobierno en Tokio no tomó de buena manera. Japón ya había reconocido a Manchukuo y no vería deshechas sus ambiciones por las recomendaciones de un grupo de países que no opondrían resistencia.

Entre los países que enviaron un miembro a participar en la redacción del reporte se encontraba Estados Unidos. Sin embargo, antes de que la comisión emitiera su veredicto, Hoover ya había decidido que no estaba dispuesto a enfrentar a Tokio en aras de defender la integridad territorial de China, a pesar de ser ambos signatarios del Tratado de Cuatro Potencias.⁷² Al percatarse que la respuesta estadounidense ante los crímenes japoneses no incorporaba una opción bélica, el secretario de Estado, Henry Stimson, sugirió al presidente recurrir al uso de sanciones económicas, con el objetivo de hacer notar a Japón su descontento; la negativa de Hoover sentó las bases para la guerra que estallaría a escasos años de su salida de la presidencia.⁷³

Sería erróneo sugerir que Estados Unidos no tomó acción alguna en contra de Japón y su campaña expansionista en la región. Tras el incidente en Shanghái, en 1932, Hoover despachó buques de guerra al puerto, con miras a mostrar su descontento con las acciones tomadas por el gobierno japonés. Es innegable que la determinación del presidente derivó de lo que percibió como

⁷⁰ Hum Kim, *op. cit.*, pp. 108-109, y *A History of United States Foreign Policy*, pp. 579-582.

⁷¹ *A History of United States Foreign Policy*, pp. 584-585.

⁷² *Conference on Limitation of Armament*, pp. 38-42.

⁷³ Hicks, *op. cit.*, pp. 249-250.

un crimen contra la población civil, pero eso omitiría la mención de lo que la ciudad representaba para Washington. Sumado a los horrores de las acciones japonesas en Shanghái, la ciudad era hogar de más de mil millones de dólares de inversión estadounidense, lo cual venía acompañado de ciudadanos que el gobierno no dudaría en proteger.⁷⁴ No me cabe la menor duda que las atrocidades contra la población civil motivaron al presidente, pero los intereses de Washington iban más allá de la causa humanitaria.⁷⁵

El desinterés y el aislacionismo estadounidense de Hoover no son obra de un viraje de política exterior que comenzó con su llegada a la Casa Blanca.⁷⁶ Para entender las acciones del presidente es necesario analizar el papel que desempeñaron sus predecesores en política exterior, y cómo sus acciones abrieron la puerta para que el desinterés de tres administraciones consecutivas llevara al mismo desenlace que buscaban prevenir.

REFLEXIÓN: LOS GOBIERNOS REPUBLICANOS

Para entender cómo las tres administraciones republicanas marginaron los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos en aras de perseguir un mensaje de aislacionismo nacionalista, es necesario analizar tres acciones de política exterior. La primera es la política de la década de 1920 y principios de 1930, que dependía demasiado del multilateralismo y el consenso de todos los

⁷⁴ Ferrell, *op. cit.*, pp. 170-193.

⁷⁵ Para 1932 la Gran Depresión había sumido a Estados Unidos en una recesión de la que no veían manera de salir. Como menciona Ferrell, el mundo estaba horrorizado por las acciones que perpetró el ejército japonés en Shanghái, pero poco hicieron para limitar lo acontecido. Sería erróneo decir que Hoover no hizo nada, pero sus acciones fueron más una respuesta para proteger a sus ciudadanos y la inversión estadounidense en la ciudad que un intento por poner fin a las ambiciones imperiales de Japón. *From Colony to Super Power*, p. 490, y Ferrell, *op. cit.*, 170-193.

⁷⁶ El libro de Robert Ferrell retrata a la perfección la política exterior del presidente Hoover y los problemas con los que debió lidiar en su esfuerzo por hacer frente a una situación internacional difícil, mientras lidiaba con una crisis económica al interior. Aunque en menor medida, los textos de Young Hum Kim y John Hicks también dedican un espacio al estudio de una administración que no puede entenderse si no se estudia en el contexto de la política exterior de los gobiernos de Harding y Coolidge. Véanse, Hum Kim, *op. cit.*, pp. 105-111, Hicks, *op. cit.*, pp. 215 *et passim*, y Ferrell, *op. cit.*, pp. 19-193.

miembros de la comunidad internacional antes de actuar. El ejemplo más claro es el deseo de evitar un rearme que produjera un nuevo enfrentamiento entre las potencias de la Primera Guerra Mundial al valerse de conferencias. Las que tuvieron lugar en Washington, Ginebra y Londres resultaron en la limitación de las características y el tamaño de la flota de cada nación, al tiempo que favorecían la capacidad militar de Gran Bretaña y Estados Unidos.

La segunda característica de las tres administraciones fue un llamado al uso del derecho internacional como instrumento para evitar futuros conflictos entre actores internacionales. El caso más representativo llegó de la mano de Calvin Coolidge, bajo la administración de quien fue firmado el pacto Kellogg-Briand, el cual hacía de la guerra una herramienta ilegal. Así como Coolidge, la confianza de los presidentes Harding y Hoover en el poder de la ley y el respeto que esta imponía entre los Estados llevó a cálculos y decisiones erradas.

Por último, la crisis económica y los efectos que tuvo sobre la política exterior del presidente Hoover agravó el aislacionismo y la reticencia estadounidense a colaborar con la comunidad internacional. Aunque limitada a la última de las tres administraciones, la Gran Depresión marcó el actuar de la Casa Blanca a lo largo de la década de 1930, pues restringió el margen de maniobra de un país que sufrió el azote de la crisis más severa del siglo XX.

La Primera Guerra Mundial marcó a Estados Unidos pues dejó claro en el imaginario estadounidense que no valía la pena enviar a morir a sus jóvenes en una guerra entre potencias europeas, que a ellos poco concernía.⁷⁷ Lejos de aplaudir la determinación del presidente Wilson de participar en el conflicto, el Congreso vio en su intervencionismo un actuar que no tolerarían. El partido republicano adoptó con premura una plataforma que se distanciaba de la política exterior del presidente, pues veían a Europa y al resto del mundo con desprecio y desconfianza. La promesa

⁷⁷ *A History of United States Foreign Policy*, pp. 467-468, y *From Colony to Super Power*, pp. 398-400.

del candidato republicano en las elecciones de 1920 fue romper con las acciones de su predecesor, quien había involucrado a Estados Unidos en asuntos en los que no debía verse envuelto.

A manera de alejar a Washington de sus compromisos en el viejo continente y evitar conflictos a gran escala, la administración Harding apoyó el ímpetu internacional por un acuerdo que evitara el armamentismo. La Conferencia Naval de Washington se reunió con la expresa encomienda de imponer límites al tamaño de las flotas y a la capacidad de los buques que las integraban. Sin embargo, lejos de crear mayores compromisos para Estados Unidos, la Conferencia Naval permitió a Washington deslindarse de cualquier responsabilidad. Los esfuerzos estadounidenses por evitar una carrera armamentista le permitieron alejarse del mundo, pues a menor número de herramientas que causen una guerra, menor la probabilidad de tener que librar una. Comenzó una actitud estadounidense que buscó aislar con mayor eficacia al gobierno en Washington, pues era esta la plataforma del partido de Lincoln en la década de 1920.

La política de lograr mantener a raya los conflictos mediante acuerdos que limitaran el tamaño de flotas y las dimensiones de navíos continuó bajo los gobiernos de Coolidge y Hoover, quienes participaron en las Conferencias Navales de Londres y Ginebra, las cuales tuvieron logros marginales cuando se les compara con los resultados obtenidos en Washington. La Casa Blanca buscaba que Estados Unidos no participara en conflictos europeos, que le parecían derivados de la naturaleza totalitaria de los gobiernos que abundaban en ese continente. La Casa Blanca destinó su esfuerzo a evitar carreras armamentistas mediante estas conferencias que veía como una manera de alejarse del mundo de manera paulatina. No existía mejor manera de garantizar la paz y estabilidad del sistema que mediante la creación de acuerdos que eliminaran la necesidad de un patrullaje continuo. Washington no buscó la firma de tratados para evitar futuras guerras por lo nocivo y desagradable que resultaban los enfrentamientos, buscó evitar a toda costa verse

involucrado en encuentros que poco rédito ofrecían; firmó tratados para desentenderse del mundo, no para involucrarse de manera activa en él.

El ímpetu estadounidense por generar legislación los acompaña desde su nacimiento. Un país nacido de leyes,⁷⁸ que ve en ellas la única respuesta al terror de la anarquía, propuso que estas mismas limitaran el uso de la guerra como herramienta para solucionar disputas entre Estados. En aras de mejorar las condiciones de la comunidad internacional, Estados Unidos propuso un mundo regido por la divinidad que a las leyes ellos atribuyen. Supusieron que aquello que a su república tanto había ayudado, podía ser calcado y replicado a mayor escala sin darse cuenta del error en que incurrieron.

La postura adoptada por Coolidge deja en claro que la posición estadounidense no hizo sino lograr la implementación de un acuerdo que todos adoptaron como canon de la relación entre Estados, sin que por ello su incumplimiento generara una sanción. El pacto Kellogg-Briand mostró la cara de un gobierno que buscaba con creces lograr deslindarse de futuros involucramientos en aras de preservar la estabilidad de la comunidad internacional. En dicho esfuerzo, aplaudieron el acuerdo al que llegaron las principales potencias, mismo que hacía de la guerra un instrumento al cual los Estados no podrían recurrir en aras de lidiar con sus diferencias. Aunque visto como un logro por quienes en él vieron una respuesta a los excesos del militarismo que dio lugar a la Gran Guerra, el pacto Kellogg-Briand no contó con un mecanismo que garantizara su cumplimiento. La Casa Blanca confió en la buena disposición y la auto limitación pues consideró que, tras los horrores de una guerra tan cruenta, las naciones harían de la paz su prioridad.

Nuevamente, la actitud estadounidense para con los Estados se caracterizó por un paulatino y cordial distanciamiento, mismo que favoreció una política que benefició el aislacionismo de

⁷⁸ Hum Kim, *op. cit.*, p. ix.

Washington. Con una agenda centrada en deshacer el legado de Woodrow Wilson, las administraciones de la década de 1920 fueron fieles a la plataforma que antes les había dado la Casa Blanca, y se mantendrían fieles a dos principios que los acompañaron desde su independencia: el amor por el derecho y un profundo desdén por las barbaries del totalitarismo europeo.

El aislacionismo que acompañó a la Gran Depresión se asocia al gobierno de Hoover y los problemas con los que lidió su administración para contener los nocivos efectos de la crisis económica. Sin embargo, como argumento a lo largo del capítulo, la Gran Depresión no hizo sino exacerbar una política que comenzó con la llegada de la administración Harding, quien veía al involucramiento en el exterior como un vicio de la pasada administración. Los problemas con los cuales tuvo que lidiar Herbert Hoover distrajeron necesariamente la atención estadounidense, quien buscó concentrarse en resolver la crisis interna, antes de mostrar interés por lo que sucedía allende sus fronteras.

El gobierno de Hoover lidió con tres incidentes que solidificaron la postura aislacionista de Washington, pues la respuesta de la Casa Blanca no sólo obedecía a la política de las dos administraciones previas, las engrandecía. El primer incidente al que se enfrentó fue la renegociación de las deudas con los países europeos, en calidad de acreedor, y la subsecuente moratoria y negativa de pago de los deudores. Aunque el presidente Hoover extendió a los países europeos reducciones y una moratoria sobre el pago de los préstamos efectuados por el gobierno estadounidense, sus contrapartes fueron incapaces de cumplir con sus obligaciones una vez expirado el plazo. Inclusive cuando las negociaciones continuaron entre Washington y los principales

deudores europeos sobre el monto y los plazos, la Moratoria Hoover marcó, *de facto*, el fin del pago de las reparaciones de guerra.⁷⁹

El segundo incidente que marcó la política exterior de la administración fue la posición respecto a la invasión de Manchuria, la cual mostró a Japón y a la comunidad internacional que Estados Unidos no estaba dispuesto a comprometer esfuerzos en aras de resolver conflictos. El incidente de Mukden alertó al mundo sobre el deseo japonés por extender su control sobre los recursos de China, al tiempo que expandía sus posesiones en el continente asiático. A pesar del reporte Lytton y los llamados de la comunidad internacional al gobierno en Tokio, con la finalidad de que este retirase sus tropas y facilitara un gobierno autónomo en Manchuria –bajo soberanía China–, las autoridades japonesas capitalizaron la oportunidad. La debilidad estadounidense quedó de manifiesto cuando el secretario de Estado propuso al presidente recurrir a sanciones para poder lidiar con las provocaciones de Japón, a lo que el presidente respondió que la implementación de sanciones era un preludio de guerra.⁸⁰ Lejos de tomar la posición que antes Wilson había adoptado al estacionar fuerzas en Siberia, Hoover no estaba dispuesto siquiera a antagonizar a Japón mediante una respuesta de índole económica. La solución a los problemas no pasaba por el uso de la fuerza, menos cuando estos se hallaban a miles de kilómetros.

La última y quizá la más reveladora de las acciones estadounidenses –en lo que refiere a un desdén por la intervención– llegó en 1932, cuando la administración Hoover participó en la Conferencia de Desarme de Ginebra. Lo revelador del encuentro es la postura adoptada por un gobierno que veía a su alrededor cómo los países incurrían en actos violentos para lograr sus intereses, al tiempo que los estadounidenses abogaban por la autolimitación. Lejos de percatarse de

⁷⁹ *A History of United States Foreign Policy*, pp. 468-470.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 581-582.

la necesidad de hacer frente al expansionismo, como lo hizo con el envío de navíos a Shanghái, el presidente se refugió en un discurso ya gastado que buscaba el desarme y la autolimitación como remedios para una enfermedad terminal. Como he antes destacado, la intención de los tomadores de decisión se orientaba más hacia una política en que se evitara la necesidad de participar en conflictos en el exterior. La idea era resolver conflictos y aminorar los enfrentamientos entre potencias, sino evitar a toda costa destinar recursos a enfrentamientos en el exterior. Esto no quiere decir que Estados Unidos no mantendrían una firme presencia en el Caribe, pues era parte de su esfera de influencia,⁸¹ pero no estaría dispuesto a inmiscuirse fuera de su región. La iniciativa que antes había tenido el comodoro Perry era cosa del pasado, el aislacionismo era la solución del presente.

EL NUEVO MILENIO

Ochenta años es el lapso que separa las administraciones de Warren G. Harding y George W. Bush, y aunque la brecha temporal es enorme, las similitudes políticas entre uno y otro son interesantes. El primero recibió un país victorioso en la Gran Guerra, misma que había devastado a las potencias europeas y reestructurado la distribución de poder en el sistema internacional. Desde su llegada a la presidencia, Harding fue fiel a su discurso sobre el intervencionismo y adoptar una política exterior distinta de la de su antecesor, pues consideraba absurda la participación estadounidense en guerras europeas.⁸² De igual manera, tuvo la facilidad de llevar a cabo la agenda que consideró convendría al país pues contaba con mayoría en ambas cámaras, lo cual significó un control total de las ramas ejecutiva y legislativa.⁸³

⁸¹ *From Colony to Super Power*, pp. 154-158.

⁸² Hum Kim, *op. cit.*, p. 71, y Hicks, *op. cit.*, pp. 23-49.

⁸³ United States House of Representatives, "67th Congress (1921-1923)", *Congress Profiles*, <http://history.house.gov/Congressional-Overview/Profiles/67th/>, consultado el 15 de agosto de 2017. United States

George Bush asumió la presidencia el 20 de enero de 2001, y heredó a la innegable súper potencia, misma que había triunfado en la Guerra Fría y había mostrado su poderío militar en Irak y los Balcanes.⁸⁴ A su llegada, el joven texano criticó la política intervencionista de su antecesor, al tiempo que abogaba por un enfoque que solucionara los problemas internos que enfrentaba el país.⁸⁵ Al igual que Harding, Bush entró en condiciones favorables, pues su partido contaba con el control del Congreso y la presidencia,⁸⁶ lo cual agilizó la implementación de ciertas reformas económicas.⁸⁷ Los dos gobiernos comenzaron con discursos y condiciones similares, y, en lo que refiere al Este de Asia, mostraron un desinterés similar.

El aislacionismo estadounidense y la distracción que ocasionaron las guerras en el Medio Oriente (para la primera y segunda administración, respectivamente)⁸⁸ disminuyeron la importancia que tendría Asia-Pacífico para los gobiernos del partido de Lincoln. La llegada de los demócratas al poder vio un intento por corregir los errores de quienes consideraron que el abandono del Este de Asia no repercutiría en la dinámica regional, sin percatarse que su renovado interés daría lugar a fricciones inesperadas.

Senate, *Biographical Directory of the United States Senate*, <http://bioguide.congress.gov/biosearch/biosearch1.asp>, consultado el 15 de agosto de 2017.

⁸⁴ John G. Ikenberry, *Liberal Leviathan. The Origins, Crisis, and Transformation of the American World Order*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2011, pp. 225-237.

⁸⁵ George W. Bush, “Presidential Candidates Debate”, *C-SPAN*, 11 de octubre del 2000.

⁸⁶ United States House of Representatives, “107th Congress (2001-2003)”, *Congress Profiles*, <http://history.house.gov/Congressional-Overview/Profiles/107th/>, consultado el 15 de agosto de 2017, y United States Senate, *Biographical Directory of the United States Senate*, <http://bioguide.congress.gov/biosearch/biosearch1.asp>, consultado el 15 de agosto de 2017.

⁸⁷ Emily Horton, “The Legacy of the 2001 and 2003 ‘Bush’ Tax Cuts”, *Center on Budget and Policy Priorities*, Washington, 2017, y Curtis Dubay, “The Bush Tax Cuts Explained: Where Are They Now?”, *The Heritage Foundation*, Washington, 2013.

⁸⁸ Para un recuento sobre la política aislacionista estadounidense de la administración Harding, véase Hicks, *op. cit.*, pp. 23-49. Para un análisis de las invasiones estadounidenses de Afganistán e Iraq véanse Stephen Tanner, *Afghanistan. A Military History from Alexander the Great to the War Against the Taliban*, edición actualizada, Filadelfia, Da Capo, 2009, pp. 289-348, y Ali A. Allawi, *The Occupation of Iraq. Winning the War, Losing the Peace*, Nuevo Haven, Yale University Press, 2007, pp. 62-113.

Al igual que las notorias semejanzas entre Harding y Bush, destaca el número de similitudes entre las administraciones de Roosevelt y Obama. Además de compartir el partido, ambos presidentes heredaron las dos peores crisis económicas que han golpeado a Estados Unidos.⁸⁹ Franklin D. Roosevelt llegó con la experiencia que la gubernatura de Nueva York había ofrecido para hacer frente a la Gran Depresión, y tomó lo que había aprendido para implementar los programas necesarios para lidiar con una de las crisis que enfrentó su gobierno.⁹⁰ Al igual que los republicanos, Roosevelt llegó a la presidencia con un Congreso favorable,⁹¹ lo cual permitió la rápida aprobación de la legislación y las políticas públicas para tratar el problema que agobiaba a la sociedad estadounidense. Aunque tibio en su acercamiento a los retos que presentaba el Este de Asia,⁹² pronto se percató que ser permisivo no los solucionaría, por lo que optó por enfrentar a Japón.⁹³ Las repercusiones del enfrentamiento entre Estados Unidos y Japón son bien conocidas, pero lo que cabe destacar son las acciones tomadas por la administración Roosevelt, pues la implementación de sanciones mostró su determinación por respaldar los intereses de Washington en la región.

Obama, al igual que Roosevelt, enfrentó una severa crisis económica.⁹⁴ Sumado al heroico esfuerzo para manejar una economía en caída libre, el primer presidente afroamericano debió

⁸⁹ Para un recuento de la historia que creó la Gran Depresión, el papel del Estado y sus efectos sobre la población véanse Denis W. Brogan, *The Era of Franklin D. Roosevelt. A Chronicle of the New Deal and Global War*, Nuevo Haven, Yale University Press, 1951, pp. 1-18, y Mario Eunadi, *The Roosevelt Revolution*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1959, pp. 24-56. Como Roosevelt, Obama se enfrentó a una de las crisis económicas más severas en la historia de Estados Unidos, véanse Yanis Varoufakis, *El Minotauro Global. Estados Unidos, Europa y el Futuro de la Economía Mundial*, trads. Carlos Valdés y Celia Recarey, Madrid, Capitán Swing, 2012, pp. 19-47, y George Soros, *The Crash of 2008 and What It Means. The New Paradigm for Financial Markets*, Filadelfia, Public Affairs, 2ª edición, 2009, pp. 157-169.

⁹⁰ Brogan, *op. cit.*, pp. 23-25.

⁹¹ United States House of Representatives, “73rd Congress (1921-1923)”, *Congress Profiles*, <http://history.house.gov/Congressional-Overview/Profiles/73rd/>, consultado el 15 de agosto de 2017, y United States Senate, *Biographical Directory of the United States Senate*, <http://bioguide.congress.gov/biosearch/biosearch1.asp>, consultado el 15 de agosto de 2017.

⁹² Hum Kim, *op. cit.*, pp. 134-162.

⁹³ *Ibid.*, pp. 134-137.

⁹⁴ Varoufakis, *op. cit.*, pp. 19-47, y Soros, *op. cit.*, pp. 157-169.

resolver el legado bélico que dejó el presidente Bush, quien heredó a su sucesor dos conflictos en el Medio Oriente.⁹⁵ Su llegada a la presidencia vino acompañada de una mayoría demócrata en el legislativo, la cual le dio una mayoría en la cámara baja en sus primeros dos años, y que mantuvo en el Senado hasta la contienda electoral de 2014.⁹⁶ Ya que debió resolver los problemas económicos y militares que heredó, el gobierno de Barack Obama no pudo destinar todos los recursos necesarios para enfrentar los retos que presentaba el panorama del Este de Asia.⁹⁷ Al igual que Roosevelt, Obama comenzó su gobierno con una postura mucho más conciliadora, pero pronto se percató de la importancia que la región tenía para Estados Unidos y la urgencia con que debía hacer frente a los desafíos que le presentaba.⁹⁸ Aunque en un inicio el presidente optó por adoptar un tono que parecía obviar las fricciones entre Washington y Beijing, el interés estadounidense por reivindicar su lugar en el orden regional volvió a ocupar un lugar en la agenda de política exterior.⁹⁹

El Este de Asia ha sufrido cambios importantes desde inicios del siglo XXI, entre los cuales destaca el crecimiento de China. Estados Unidos tiene grandes intereses en tres temas que han preocupado a las administraciones Bush y Obama: la relación con China, el desarrollo de armas nucleares en Corea del Norte y la relación con los aliados regionales. Es importante hacer notar la diferencia entre una administración que dispuso sus recursos para lidiar con los conflictos en el Medio Oriente, y otra que priorizó un Pivote hacia el Este de Asia, en aras de evaluar sus respectivas políticas en términos de los intereses estratégico y económicos de Estados Unidos en la región. Estudiar los problemas de las décadas de 1920 y 1930, y compararlos con las decisiones

⁹⁵ Tanner, *op. cit.*, 289-348, y Allawi, *op. cit.*, pp. 62-113.

⁹⁶ United States House of Representatives, “111th Congress (2009-2011)”, *Congress Profiles*, <http://history.house.gov/Congressional-Overview/Profiles/111th/>, consultado el 15 de agosto de 2017, y United States Senate, *Biographical Directory of the United States Senate*, <http://bioguide.congress.gov/biosearch/biosearch1.asp>, consultado el 15 de agosto de 2017.

⁹⁷ Apropió los recursos que sabía podía destinar a los problemas en el Este de Asia, pero su margen de maniobra estaba limitado por sus compromisos en el Medio Oriente. Campbell, *op. cit.*, pp. 2 *et passim*; 137-138.

⁹⁸ *Ibid.*, pp. 15-28.

⁹⁹ *Ibid.*, cap. 6.

tomadas por los presidentes del nuevo milenio, nos permite analizar qué errores se han repetido, y qué acciones se ha implementado para evitar los descuidos del siglo pasado.

EL GOBIERNO DE GEORGE W. BUSH

George W. Bush llegó a la Casa Blanca de la mano de un discurso contrario al de su antecesor. El 43° presidente estadounidense criticó las políticas de William Clinton, pues argumentaba que la política exterior debía alejarse del ‘nation building’ que la previa administración había implementado.¹⁰⁰ Sin embargo, el discurso que le dio el triunfo sobre su adversario, Al Gore, desapareció tan pronto se dieron los ataques del 11 de septiembre de 2001.¹⁰¹

Las imágenes que quedaron marcadas en el imaginario estadounidense después de dichos ataques favorecieron el viraje en la política exterior. Sumado a la creación de instituciones como Homeland Security,¹⁰² Washington se embarcó en dos guerras que, además de no mejorar las condiciones en el Medio Oriente, anclaron los recursos militares, diplomáticos y económicos de Estados Unidos hasta el día de hoy. Las guerras en Afganistán e Iraq marcaron la agenda de política exterior estadounidense de principios de siglo pues, aunque es verdad que mantuvo interés en otras regiones,¹⁰³ concentró sus esfuerzos en los dos conflictos más grandes desde la Guerra de Vietnam.

¹⁰⁰ George W. Bush, “Presidential Candidates Debate”, *C-SPAN*, 11 de octubre del 2000.

¹⁰¹ Para un recuento visual de los hechos y de cómo las imágenes afectaron la manera en que Estados Unidos vivió los ataques del 11 de septiembre véase Thomas Stubblefield, *9/11 and the Visual Culture of Disaster*, Indiana, Indiana University Press, 2015, pp. 3-53.

¹⁰² Douglas A. Brook y Cynthia L. King. “Civil Service Reform as National Security: The Homeland Security Act of 2002.”, *Public Administration Review*, vol. 67, no. 3, 2007, pp. 399–407.

¹⁰³ Sería falso argumentar que no prestó atención alguna a otras regiones fuera del Medio Oriente, pues participó en el Golpe de Estado contra Hugo Chávez, autorizó las intervenciones en Haití y Liberia, se pronunció a favor de la independencia en Kosovo y, en lo que interesa a esta tesis, impuso sanciones y participó en las negociaciones con respecto al programa nuclear de Corea del Norte. Véanse, Glenn Greenwald, “What ‘Democracy’ Really Means in U.S. and New York Times Jargon: Latin America Edition”, *The Intercept*, 17 de octubre del 2014, <https://theintercept.com/2014/10/17/democracy-really-means-u-s-jargon-subservience-u-s/>, consultado el 12 de febrero del 2017, Tim Weiner, “200 U.S. Marines Land in Liberia to Aid African Force”, *The New York Times*, 15 de agosto del 2003, <http://www.nytimes.com/2003/08/15/world/200-us-marines-land-in-liberia-to-aid-african-force.html>, consultado el 12 de febrero del 2017, Lydia Polgreen y Tim Weiner, “Haiti’s President Forced Out;

La relación con el Este de Asia, por lo tanto, estuvo condicionada a las intervenciones militares en el Medio Oriente, pues los recursos de Washington, aunque abundantes, no son infinitos.

La relación entre la administración de George W. Bush y China comenzó con un encuentro delicado que involucró a las fuerzas aéreas de ambas naciones. El incidente de Hainan supuso la primera crisis de la administración, que se encontraba en sus primeros cuatro meses. Una aeronave estadounidense de reconocimiento que realizaba su misión en el Mar de Sur de China fue interceptada por dos aviones de combate chinos que iniciaron maniobras de intimidación contra el aeroplano tripulado por miembros del ejército de Estados Unidos. En una de las maniobras, el avión de combate del ejército de China golpeó al avión de vigilancia, lo cual destruyó al primero y dejó seriamente dañado al segundo.¹⁰⁴ La aeronave de Estados Unidos se vio forzada a aterrizar en la isla de Hainan, donde la tripulación fue detenida. Tras varios intercambios entre ambos países, sus gobiernos acordaron negociar la liberación de los prisioneros, al tiempo que ambos emitieron disculpas con la intención de limitar la magnitud del incidente y evitar un escalamiento de las tensiones entre las dos potencias del Pacífico.¹⁰⁵

A pesar de un inicio turbulento, los lamentables acontecimientos del 11 de septiembre presentaron la oportunidad perfecta para que China y Estados Unidos estrecharan relaciones diplomáticas. Beijing se sumó a los esfuerzos para combatir el terrorismo, pues dichas acciones cumplían dos objetivos: entorpecían los esfuerzos separatistas de la región de Xinjiang,¹⁰⁶ y

Marines Sent to Keep the Order”, *The New York Times*, 29 de febrero del 2004, <http://www.nytimes.com/2004/02/29/international/americas/haitis-president-forced-out-marines-sent-to-keep.html>, consultado el 12 de febrero del 2017, Departamento de Estado, “U.S. Recognizes Kosovo as Independent State”, U.S. *Department of State Archive*, 18 de Febrero del 2008, <https://2001-2009.state.gov/secretary/rm/2008/02/100973.htm>, consultado el 12 de febrero del 2017.

¹⁰⁴ John Pomfret, “U.S., Chinese Warplanes Collide Over S. China Sea”, *The Washington Post*, 2 de abril de 2001, https://www.washingtonpost.com/archive/politics/2001/04/02/us-chinese-warplanes-collide-over-s-china-sea/d919325e-57e7-4da9-a0a3-24db368e8227/?utm_term=.97e572dda4e0, consultado el 15 de febrero del 2017.

¹⁰⁵ *Loc. cit.*

¹⁰⁶ Ehsan M. Ahrari, *The Great Powers versus the Hegemon*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2011, p.179.

demostraban el compromiso y la solidaridad chinos con sus contrapartes estadounidenses.¹⁰⁷ Las autoridades en Beijing cooperaron de manera abierta con los tomadores de decisión en Washington, en temas como medio ambiente, desastres naturales y, por supuesto, terrorismo.¹⁰⁸ El acercamiento entre Estados Unidos y China favoreció la agenda del segundo, pues los esfuerzos del primero se concentraron cada vez más en los conflictos que libraba en Afganistán e Iraq, y distraían su mirada de los sucesos en el Este de Asia.

Los esfuerzos militares en el Medio Oriente y Asia Central obligaron a Washington a invertir en la infraestructura necesaria para poder llevar a cabo sus operaciones. La construcción de la base aérea en Kirguistán mostró el compromiso estadounidense con su agenda de combatir al terrorismo internacional. El complejo militar tendría la función de apuntalar la posición de Washington en Asia Central, con la finalidad de abastecer y complementar los esfuerzos de las tropas estacionadas en Afganistán. Aunque hay quienes sugieren que la base servía como freno a los intereses chinos en Asia Central,¹⁰⁹ las operaciones que condujo Estados Unidos desde Manas muestran que el combate al terrorismo era el eje rector de la política de Washington.¹¹⁰

La invasión de Afganistán fue el primer frente de batalla de la administración de Bush en sus esfuerzos por combatir el terrorismo internacional.¹¹¹ Insatisfechos con el caos sembrado en Asia Central, Washington comenzó una intensa campaña para conseguir que el Congreso

¹⁰⁷ Mastanduno, art. cit., pp. 267-268.

¹⁰⁸ Ahrari, *op. cit.*, p. 30.

¹⁰⁹ El autor, al tiempo que reconoce el papel de la base militar como herramienta para librar la guerra en Afganistán, sugiere que uno de sus objetivos primordiales era mantener una vigilancia constante sobre China. Central Akhilesh Pillalamarri, "The United States Just Closed Its Last Base in Central Asia", *The Diplomat*, 10 de junio del 2014, <http://thediplomat.com/2014/06/the-united-states-just-closed-its-last-base-in-central-asia/>, consultado el 3 de marzo del 2017.

¹¹⁰ A diferencia de Pillalamarri, Schortzman argumenta que la base militar en Kirgizistán respondía a la necesidad estadounidense de hacer frente a la guerra en Afganistán, y con lo cual pone en duda el papel de la base como centro de vigilancia de actividades de China. Douglas Schortzman, "Staging Base for Afghan War Handed Over to Kyrgyzstan", *The New York Times*, 3 de junio del 2014, <https://www.nytimes.com/topic/subject/manas-air-base-transit-center-at-manas-kyrgyzstan>, consultado el 3 de marzo del 2017.

¹¹¹ Allawi, *op. cit.*, pp. 62-113.

autorizara la invasión de Iraq, lo que constituyó el segundo frente de batalla.¹¹² El costoso experimento militar, nacido de una mentira y justificado por el combate al terrorismo, no hizo sino anclar los recursos de Estados Unidos en Medio Oriente.

A pesar de la urgencia de concentrar esfuerzos en Iraq y Afganistán, grupos en Washington mantenían que el reto más importante para Estados Unidos era el Este de Asia. Miembros de los servicios de inteligencia advirtieron a la Casa Blanca que, de descuidar las acciones de China, esta podría convertirse en un problema más serio para la administración en el futuro.¹¹³ Sin embargo, el presidente de los Estados Unidos optó por no antagonizar a Beijing, quien formaba parte de la gran coalición en el combate al terrorismo.¹¹⁴ El apoyo que China brindó a Estados Unidos, tras los atentados del 11 de septiembre, llevó a los tomadores de decisión estadounidenses a minimizar el reto que presentaba China y a ampliar los canales de cooperación este país, con la finalidad de concentrar sus recursos en las dos guerras en el Medio Oriente.

El acercamiento entre las dos superpotencias llegó de la mano de una agenda compartida. El combate al terrorismo y la entrada de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC) comenzó a perturbar a Taiwán, quien veía con temor el acercamiento entre las dos economías más grandes del mundo. Durante su campaña presidencial, Bush había adoptado una postura firme frente a China, al tiempo que reiteró su apoyo al gobierno de Taiwán. Criticó a su antecesor por no ser consistente en cuanto a la relación con su aliado, y sugirió que su posición con respecto a Taipéi sería una de completo respaldo frente a las amenazas de su vecino allende el estrecho de Taiwán.¹¹⁵

¹¹² En estricto sentido, el Congreso autorizó a la administración de George W. Bush hacer uso de la fuerza si el régimen de Saddam Hussein no se adhería a lo estipulado en la legislación. Véase Congreso de Estados Unidos, “Authorization for Use of Military Force Against Iraq Resolution of 2002”, Ley Pública 107-243, 16 de octubre de 2002.

¹¹³ Ahrari, *op. cit.*, p. 9.

¹¹⁴ Mastanduno, art. cit., p. 271.

¹¹⁵ Tucker, *op. cit.*, pp. 255-261.

A pesar de la retórica de la retórica de Bush durante la campaña, Estados Unidos se distrajo rápidamente con una serie de conflictos y crisis, tanto en el Medio Oriente, cuanto en el Este de Asia. Es claro que Taipéi era un aliado histórico de Washington, pero la complejidad de los problemas que el gobierno de Bush había creado en el Mashrel llevó a que los recursos y la atención estadounidense se vieran necesariamente redirigidos. Inclusive cuando Estados Unidos concentró sus esfuerzos en el Este de Asia, lo hizo con miras a solucionar una de las crisis más severas en la región: el desarrollo de armas nucleares en Corea del Norte. Así, el gobierno en Taipéi se desvaneció lentamente de la agenda estadounidense, y sólo reapareció cuando las acciones de Chen Shuibian enfurecían a los tomadores de decisión en Beijing.¹¹⁶ En aras de mostrar su compromiso con China y en contra de la postura adoptada por Taiwán, Estados Unidos no permitió que Chen se detuviera en California o Nueva York; dicha acción mostraría las prioridades regionales de Washington, y la importancia de Beijing en su agenda.¹¹⁷

El capital diplomático y militar estadounidense se encontraba rebasado en sus esfuerzos por tratar de lidiar con los conflictos en Afganistán e Iraq. Sumado a los problemas que debía atender en el Medio Oriente, Washington se vio forzado a mirar de nuevo al Este de Asia, pero ahora para hacer frente a un problema que no podía ignorar. El diálogo de los seis reunió a Corea del Norte, Corea del Sur, China, Rusia, Japón y Estados Unidos en un esfuerzo por encontrar una solución a los peligros que auguraba el retiro norcoreano del Tratado de No Proliferación Nuclear.¹¹⁸ A pesar de varias rondas de negociaciones, los acuerdos entre las partes fueron mínimos, en gran medida

¹¹⁶ Cheng Shuibian, el presidente de Taiwán, inició su administración con un tono conciliador en cuanto a la relación con China. Sin embargo, su gobierno comenzó a tomar medidas que sugerían a las autoridades en Beijing que Taiwán planeaba implementar reformas que los alejaran de una posible reunificación. *Ibid.*, pp. 262-272.

¹¹⁷ Para un recuento de los motivos por los cuales la administración Bush decidió limitar al mandatario de Taiwán a Alaska véase Bradlye Graham, "Taiwan's Leader Cancels Stopover", *The Washington Post*, 4 de mayo de 2006, <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2006/05/03/AR2006050302371.html>, consultado el 10 de abril del 2017.

¹¹⁸ Ahrari, *op. cit.*, pp. 40-45.

por la enorme brecha entre las posiciones de Washington y Pyongyang.¹¹⁹ Estados Unidos optó por compartir la responsabilidad de frenar el ímpetu norcoreano por conseguir armas nucleares con el Consejo de Seguridad y los otros miembros del diálogo de los seis, pues hacer frente al problema requería de recursos que, por el momento, había destinado al Medio Oriente.¹²⁰ Esto no es una crítica de la cooperación con instituciones internacionales, pero sí es un llamado de atención a la intención estadounidense de delegar para desentenderse de un tema que, paradójicamente años más tarde amenaza la seguridad de la región.

Uno de los principales problemas de la administración Bush en su trato con el régimen norcoreano fue su retórica. Al catalogar a Corea del Norte como un Estado promotor del terrorismo,¹²¹ Washington enmarcó las negociaciones de desnuclearización dentro de un discurso en el cual cualquier acercamiento con Corea del Norte era un trato con un ente similar al que provocó los horrores del 11 de septiembre. De haber iniciado con un discurso menos provocador, sumado a una política exterior que incorporara sanciones a ciertas compañías chinas que comerciaban con el régimen norcoreano, es posible que las acciones por limitar la capacidad de producción de armas nucleares hubieran tenido un mayor éxito. No obstante, Washington simplemente ejerció presión sobre Corea del Norte y esperó que Beijing hiciera lo mismo de buena fe, sin acompañar dicha petición con sanciones para las compañías que continuaran negociando con el régimen de Pyongyang.

Estas equivocaciones en lo que refiere a las relaciones estadounidenses con Corea del Norte se evidencian en el trato de la Casa Blanca con sus aliados en la región. Los diálogos con países en el Este de Asia estuvieron enmarcados en la retórica adoptada por Washington tras la llegada

¹¹⁹ Chung-in Moon, art. cit., pp. 241-243.

¹²⁰ Mastanduno, art. cit., p. 271, y Campbell, *op. cit.*, pp. 18.

¹²¹ Chung-in Moon, art. cit., pp. 240.

de Bush a la presidencia, quien posicionaba la lucha contra el terrorismo en el primer lugar de la agenda.¹²² En los acercamientos que tuvo con diversos actores regionales, entre los cuales destacan Indonesia, India, y Pakistán, el apoyo material estaba condicionado al apoyo a la agenda de combate al terrorismo en la región.¹²³ Reconoció el esfuerzo de los actores por su participación en el combate contra este enemigo común, y les agradeció su continuo apoyo en esta campaña. Aunque por momentos ciertos Estados pudieron abrir un espacio para ampliar la agenda más allá de la lucha contra el terror, la importancia que representó para la administración la lucha contra grupos radicales terminó por determinar la relación entre Estados Unidos y los países de la región.¹²⁴

El combate a un enemigo elusivo drenó a Estados Unidos de recursos. Políticas fiscales irresponsables, dos guerras en el Medio Oriente, y la persecución costosa e incesante de un combatiente que emplea tácticas asimétricas culminaron en un malestar generalizado. Estados Unidos se enfrentó a la peor crisis económica desde la Gran Depresión, al tiempo que continuaba con las guerras en Iraq y Afganistán (las cuales parecían no tener final). La figura de Barack Obama despertó en algunos sectores la esperanza de recomponer aquello que la administración pasada había (con tanta facilidad) destruido. Sin embargo, el júbilo que acompañó al primer presidente afroamericano a su llegada a la Casa Blanca se desvaneció tan pronto se percataron de los

¹²² Mandelbaum, art. cit., pp. 257-259.

¹²³ Para el caso de la relación entre India y Estados Unidos y la agenda compartida en materia de combate al terrorismo véanse, Michael Semple, “Afghanistan: The First Theater of the War”, en Mohammed Ayoob y Etga Ugur (editores), *Assessing the War on Terror*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 2013, pp. 66-67, Ayoob, art. cit., p. 4. Para un análisis de la relación que construyó la Casa Blanca con los tomadores de decisión pakistaníes véase C. Christine Fair, “Pakistan: Perfidious Ally in the War on Terror”, en Mohammed Ayoob y Etga Ugur (editores), *Assessing the War on Terror*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 2013, pp. 76-86. Para un breve resumen de la relación estadounidense con el gobierno de Indonesia y su cooperación en el combate al terrorismo véase Adam O’Brien, “The U.S.-Indonesian Military Relationship”, Council on Foreign Relations, 4 de octubre de 2005, <https://www.cfr.org/backgrounder/us-indonesian-military-relationship>, consultado el 17 de agosto de 2017.

¹²⁴ Aunque Japón no se vio tan involucrado en la campaña contra el terrorismo como el Reino Unido o Pakistán, debió comprometerse al esfuerzo. Campbell, *op. cit.*, p. 208.

problemas que heredaron de los últimos ocho años. Sumado a la crisis económica, el presidente Obama tuvo que lidiar con dos conflictos, fricciones con aliados y una imagen manchada por los escándalos relacionados Abu Ghraib y Guantánamo.¹²⁵

EL GOBIERNO DE BARACK OBAMA

En Asia el problema que encontró la administración de Obama fue de carácter comercial. El gobierno de Bush había ignorado la creciente brecha entre importaciones y exportaciones con China, la cual desfavorecía en gran medida a Estados Unidos.¹²⁶ La labor de Obama fue remediar el déficit comercial para fortalecer la posición económica estadounidense y recobrar lo que había perdido tras ocho años de ausencia: un papel protagónico.

Los primeros acercamientos entre Washington y Beijing se dieron en un ambiente de cooperación, que buscaba que las dos economías más grandes del mundo llegasen a un acuerdo comercial menos desfavorable para los estadounidenses. Debido a la relevancia económica que la relación tenía para Washington, la Casa Blanca tomó la idea detrás del Diálogo Económico Estratégico de la administración anterior y lo amplió, con lo cual nació el Diálogo Estratégico y Económico Estados Unidos-China, a la cabeza del cual se encontraba la Secretaria de Estado Hillary Clinton.¹²⁷

¹²⁵ Para un informe detallado sobre la popularidad de George W. Bush, véase The Pew Global Attitudes Project, “Global Public Opinion in the Bush Years”, Pew Research Center, 2008. Para un análisis de los centros de detención estadounidense véase David Cole, “The United States: Civil Society’s Defence of the Rule of Law”, en Mohammed Ayoob y Etga Ugur (editores), *Assessing the War on Terror*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 2013, pp. 161-171.

¹²⁶ Trade Map, “Bilateral Trade between United States of America and China”, *International Trade Center*, 2005-2016, https://www.trademap.org/Bilateral_TS.aspx?nvpm=1|156||842||TOTAL||2|1|1|3|2|1|1|1|1, consultado el 14 de junio de 2017.

¹²⁷ Campbell, *op. cit.*, p. 24.

A pesar de los acercamientos entre las dos potencias en temas sensibles como cambio climático y la crisis económica del 2008, el deseo de la administración de desempeñar un papel protagónico en la región no disminuyó, a pesar de los posibles problemas que esto generara con Beijing. En 2010, Washington autorizó la venta de armamento a Taipéi, valorada en seis mil millones de dólares, y que consistía de armas y vehículos que servirían para garantizar la seguridad de Taiwán.¹²⁸ A estas acciones se sumó, ese mismo año, la decisión de Estados Unidos de recibir al Dalai Lama en la Casa Blanca, lo cual generó gran descontento entre los tomadores de decisión en China, quienes mandaron llamar al embajador estadounidense para comunicarle su desagrado.¹²⁹

Lejos de modificar su postura, Washington demostró su compromiso con la seguridad regional al anunciar la política del Pivote a Asia.¹³⁰ La decisión incomodó a Beijing, quien tomó la medida como una afronta a la posición que ellos habían comenzado a construir en el Este de Asia.¹³¹ El pivote incorporaba un componente económico y otro militar,¹³² y aunque era de esperarse que la redistribución de la flota naval estuviese acompañada de un componente geopolítico, fue el aspecto económico el que mostró la determinación estadounidense por contener a China.¹³³ El Pivote a Asia reflejó la importancia que tenía para del Obama rescatar los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos, y es su misma implementación (con un apartado militar y uno comercial) evidencia de la respuesta de Washington por garantizar dichos intereses.

¹²⁸ Helene Cooper, "U.S. Approval of Taiwan Arms Sales Angers China", *The New York Times*, 29 de enero del 2010, <http://www.nytimes.com/2010/01/30/world/asia/30arms.html?mtrref=undefined&mtrref=www.nytimes.com>, consultado el 17 de mayo de 2017.

¹²⁹ Barbara O'Brien, "The Dalai Lama and the President", *The Guardian*, 19 de febrero de 2010, <https://www.theguardian.com/commentisfree/belief/2010/feb/19/dalai-lama-obama-china>, consultado el 29 de julio de 2017.

¹³⁰ Para un repaso de la política y los puntos más relevantes del mismo véase Campbell, *op. cit.*, cap. 6.

¹³¹ Chris Buckley, "China Boosts Defense Budget 11 Percent After U.S. 'Pivot'", *Reuters*, 3 de marzo del 2012, <https://www.reuters.com/article/us-china-defence/china-boosts-defense-budget-11-percent-after-u-s-pivot-idUSTRE82302O20120304>, consultado el 3 de marzo del 2012.

¹³² Campbell, *op. cit.*, pp. 27-29; 232; 266-269; 300-303.

¹³³ *Ibid.*, pp. 266-269.

Una de las pruebas más complejas que enfrentó la política exterior de Obama fue la proliferación de armas nucleares en la península de Corea. Debido al limitado progreso del diálogo de los seis –en gran medida por la falta de tacto del presidente Bush y su equipo– el presidente Obama optó por remediar las fricciones entre Washington y Pyongyang haciendo uso de la diplomacia. Debido a la influencia de China sobre el régimen norcoreano, la administración Obama negoció con Beijing, la no proliferación de armas nucleares en la península, tema que a ambos preocupaba.¹³⁴ Estados Unidos buscó aprovechar la proximidad política, económica y geográfica entre los dos gobiernos comunistas, con la esperanza de que China limitara el programa nuclear de Corea del Norte.

La cooperación y la diplomacia dieron lugar a la restauración de negociaciones entre Beijing, Washington, Moscú, Seúl, Tokio y Pyongyang. Los cinco primeros reconocieron la oportunidad que esto representaba para la región; el último tenía otros planes. Tras repetidas violaciones norcoreanas a los acuerdos a que los seis países involucrados habían llegado, la administración Obama optó por la “paciencia estratégica” ante lo que percibía como actos de irreverencia del régimen en Pyongyang.¹³⁵ Esta estrategia dejaba mucho en manos del gobierno chino, pues en su calidad de mayor socio comercial de Corea del Norte,¹³⁶ era el único con los medios para ejercer una presión tal que el régimen cediera o colapsara.

La responsabilidad que delegó el gobierno de Bush a China con relación al desarme nuclear de Corea del Norte derivó en una permisividad que favoreció el desenlace sombrío que se buscaba evitar. El gobierno de Obama intentó remediar los errores de la administración anterior, primero

¹³⁴ *Ibid.*, pp. 173-174.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 171.

¹³⁶ Trade Map, “Bilateral Trade Between China and Korea, Democratic People’s Republic of”, *International Trade Center*, 2005-2016, https://www.trademap.org/Bilateral_TS.aspx?nvpm=1|408|156|TOTAL||2|1|2|3|2|1|1|1|1, consultado el 14 de junio de 2017.

valiéndose del diálogo y la diplomacia, después con sanciones y “paciencia estratégica”; ninguna fue efectiva. A pesar de intentar ejercer presión sobre el régimen de Kim Jong-Un, Estados Unidos obvió la única manera de forzar la mano del mandatario norcoreano: presionar a las compañías que comerciaban con Corea del Norte.

El problema de la administración Obama fue suponer que aumentar el número de sanciones contra el régimen llevaría a que este capitulara. Sanciones contra un país que se encuentra al margen de todo aquello que le pudiese afectar no hizo sino favorecer la retórica de Pyongyang. Estados Unidos erró pues las sanciones no iban dirigidas a las compañías que facilitaban la permanencia del régimen, lo cual permitió que la economía de Corea del Norte continuara creciendo a expensas de la permisividad de China.¹³⁷ Los repetidos esfuerzos por parte del régimen de Kim Jong-Un de detonar dispositivos atómicos y realizar pruebas de misiles capaces de transportar ojivas nucleares muestran que el líder norcoreano no teme las acciones tomadas por Washington.¹³⁸ Obama, viendo que delegar responsabilidad no solucionaría el problema, cooperó con China para evitar fricciones. Sin embargo, Corea del Norte continúa desarrollando un programa nuclear que, hasta hoy, pone en riesgo la estabilidad de la península y la región, y amenaza con crear un conflicto entre los dos actores más grandes del Este de Asia.

Si Estados Unidos busca limitar las capacidades de Corea del Norte deberá hacer frente a China, de manera que ambos puedan llegar a un acuerdo que limite las ambiciones de Pyongyang. Esta no es una apología del unilateralismo, uno que busque un despliegue militar que derroque al régimen, sino un llamado a la negociación. El centro del problema son las acciones de un régimen

¹³⁷ En gran medida, la dificultad de tomar la decisión deriva de la composición de las propias compañías chinas, mismas que cuentan con una alta participación estatal. Por lo mismo, sanciones contra las compañías chinas supondría sanciones contra el propio gobierno, lo cual generaría fricciones con las autoridades en Beijing.

¹³⁸ Para un recuento de todos los sucesos políticos entre 2011 y 2012 en lo que concierne a la muerte de Kim Jong-il véase Ian Jeffries, *North Korea, 2009-2012. A guide to economic and political developments*, Nueva York, Routledge, 2013, pp. 545-771. Este trabajo incluye los artículos publicados tras la muerte del líder supremo de Corea del Norte, los cuales incluyen los reportes de lanzamientos de misiles balísticos y la amenazas a Corea del Sur.

que se encuentra determinado a desarrollar armas nucleares, razón por la cual es necesario ahorcar el financiamiento del proyecto. Si Washington presiona a Beijing (y a las compañías chinas que comercian con el régimen norcoreano), podrán entre los dos actores forzar al gobierno de Kim a la mesa. De lo contrario, los estadounidenses deberán acostumbrarse a la realidad de una península coreana con armas nucleares, y las consecuencias que eso tiene para sus aliados.

Si es verdad que Estados Unidos buscó cooperar con China en el tema de Corea del Norte, no lo hizo respecto del sur del Este de Asia. Los problemas entre Washington y los Estados del Este de Asia con Beijing surgieron a raíz de la competencia en dos esferas: política y económica. En el primer caso, Estados Unidos y los países de la región han buscado lidiar con las provocaciones de China mediante llamados al respeto del libre tránsito en aguas internacionales y a la cooperación para la explotación de recursos de las aguas en disputa en el Este de Asia. En el segundo caso, la Casa Blanca hizo esfuerzos por consolidar un bloque comercial con varios países del Este de Asia, con el objetivo de crear instituciones que limitaran las crecientes ambiciones regionales de China, producto de su rápido crecimiento económico.

Para entender el desarrollo de la agenda estadounidense hay que estudiar su relación con actores regionales. Es necesario observar cómo se ha modificado el trato de Washington con sus aliados y socios, para determinar si la administración Obama modificó su postura o no. Analizar su relación con países en el Este de Asia, sobre todo aquellos que han cobrado particular importancia a raíz del ascenso de China, tendrá la función de esclarecer si Estados Unidos ha buscado recuperar el papel protagónico que alguna vez tuvo.

En años recientes los medios de comunicación se han concentrado en el crecimiento de la economía y el ejército chinos. Sin embargo, muchos pasan por alto el papel que India ha desempeñado en la región a lo largo del siglo XXI, e ignoran las tasas de crecimiento económico

de un país que podría superar a China en capacidad militar y comercial.¹³⁹ Washington no es ajeno a las ventajas que puede traer un acercamiento con Nueva Delhi, pues reconoce que las capacidades del gobierno indio favorecerían la agenda estadounidense en el Sudeste asiático.

En general, la relación entre India y Estados Unidos se ha caracterizado por una cordial cooperación, que ha favorecido el fortalecimiento de lazos comerciales benéficos para ambos. A pesar de pequeñas fricciones durante la administración de William Clinton con respecto al arsenal nuclear del subcontinente, la Casa Blanca ha reestablecido y ampliado los sectores de cooperación con India a lo largo de las dos primeras administraciones del siglo XXI. El gobierno de Obama, en aras de ampliar la agenda bilateral, buscó la participación de India en sus esfuerzos por mantener abierta la ruta comercial en el Mar del Sur de China que Beijing reclama como mar territorial. Pero India se rehusó a participar en los ejercicios de patrullaje estadounidense,¹⁴⁰ pues las veía como acciones innecesarias que generarían fricciones con su vecino más poderoso (con quien todavía disputa fronteras).

Si es verdad que el acercamiento con India fue infructuoso –en materia de patrullaje en el Mar del Sur de China–, la relación con un antiguo rival estadounidense inquietó a los tomadores de decisión en Beijing. Washington no dudó en recurrir a la máxima “el enemigo de mi enemigo es mi amigo” cuando estrechó sus vínculos con el gobierno en Hanoi. La administración Obama realizó varios acercamientos amistosos, el más icónico de los cuales fue la visita del presidente a Vietnam. Estados Unidos se comprometió a mejorar la relación comercial y diplomática entre

¹³⁹ Los reportes del Banco Mundial proporcionan un gran número de datos sobre la evolución de países como China e India y las tasas de crecimiento de las economías más dinámicas del Este de Asia. The World Bank, “GDP Growth (Annual %)/China/India”, *The World Bank Data*, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=CN-IN>, consultado el 17 de noviembre de 2017.

¹⁴⁰ Campbell, *op. cit.*, pp. 251-255, y Jeff Smith, “Setting the Record Straight on US-India South China Sea Patrols”, *The Diplomat*, 8 de junio del 2016, <https://thediplomat.com/2016/06/setting-the-record-straight-on-us-india-south-china-sea-patrols/>, consultado el 17 de octubre del 2017.

ambos, lo que respaldó eliminando las restricciones a la venta de armas a Vietnam, en una clara afronta a China.¹⁴¹ Las acciones de Washington mostraron la determinación estadounidense por favorecer a todos aquellos que buscaran desafiar los reclamos de Beijing en el Mar del Sur de China, y aunque no emitió un comunicado en el cual respaldaba la soberanía de Hanoi en la disputa en el área en cuestión, el acercamiento con Vietnam fue un claro indicio de la intención estadounidense.

Las disputas insulares en el Este de Asia son relativamente comunes.¹⁴² En años recientes, las fricciones entre China y Filipinas han cobrado mayor relevancia en la prensa, sobre todo en lo que concierne a la soberanía de las islas Spratly. A diferencia de fricciones en el resto del Mar del Sur de China, la disputa entre Manila y Beijing adquirió una dimensión legal que enfureció a los tomadores de decisión chinos. El caso fue presentado ante la Corte Internacional de Justicia por Filipinas en 2013. El gobierno insular acusaba a China de suponer como suyo un cuerpo de agua que no le correspondía, y ponía en tela de juicio la validez histórica de ese reclamo.¹⁴³ La Corte falló a favor de Filipinas, lo cual desató una ola de críticas por parte de Beijing, quien aprovechó el momento para acelerar la construcción de sus bases militares sobre los islotes localizados en el cuerpo de agua que reclama como suyo.¹⁴⁴ Estados Unidos defendió la decisión tomada por la Corte y refrendó su apoyo a Manila, pues es este último un aliado histórico de Washington. Aunque el fallo sirvió a la marina estadounidense para escudarse ante los reclamos de Beijing por los

¹⁴¹ Campbell, *op. cit.*, pp. 261-262.

¹⁴² Los conflictos en el Mar del Sur de China son, en sí mismos, un tema que requieren de trabajo para explicar los antecedentes, analizar los acontecimientos recientes y debatir sus implicaciones. Aunque es una cuestión sumamente relevante para entender los intereses de Estados Unidos en la región, considero que remitir al lector al texto de Campbell será suficiente para ilustrar la importancia de esta zona en disputa. Campbell, *op. cit.*, pp. 174-180.

¹⁴³ Tribunal Arbitrado Constituido Bajo el Anexo VII de la Convención de la Ley del Mar de las Naciones Unidas de 1982, *In the Matter of the South China Sea Arbitration*, PCA Case N° 2013-19, 12 de julio de 2016.

¹⁴⁴ *Ibid.*, pp. 467-470.

constantes patrullajes en la región, las fricciones entre Estados Unidos y China se han mantenido, pues el segundo país no acepta la decisión de la Corte.¹⁴⁵

Es claro que Estados Unidos tiene un interés en proteger una de las rutas comerciales más importantes a nivel mundial. Sin embargo, el apoyo de Washington a los Estados del Este de Asia no se limitó a aquellos con reclamos en el Mar del Sur de China. En Japón, los discursos del presidente Obama fueron bien recibidos, en gran medida por su refrendo a la alianza militar que existe entre ambos países. Estas palabras han encontrado cobijo en una sociedad que se siente amenazada por el crecimiento chino, en gran medida por las provocaciones de esta hacia Japón. Las disputas entre Beijing y Tokio por el control de islotes conocidos como Senkaku (en japonés) y Diaoyu (en chino) despertaron ansiedad entre los tomadores de decisión japoneses, pues temen el expansionismo chino, el cual se ha visto exacerbado a partir del crecimiento de sus capacidades militares. Ante las acciones de la nación comunista que amenazan a Japón, Washington reiteró su determinación a respaldar a su aliado mediante el refrendo de la amistad y una declaración que dejaba en claro la disposición estadounidense a comprometer tropas para defender la integridad territorial japonesa, que incluye los islotes antes mencionados.¹⁴⁶

Al tiempo que Estados Unidos dejó en claro el estado de su relación con Japón, la administración Obama buscó garantizar su apoyo a otro aliado regional: Taiwán. La posición estadounidense era consistente con el acuerdo al que llegó con China en la década de 1970, en el que reconocía a Taiwán como parte del territorio de Beijing, no obstante, esto no impidió que Washington demostrara su compromiso con la seguridad del gobierno Taiwán. El gobierno de

¹⁴⁵ Estados Unidos ha llamado a todas las partes del sudeste asiático a resolver las disputas en el Mar del Sur de China de manera pacífica, a pesar del descontento que generó en China la decisión que tomó el tribunal en la Haya. Franz-Stefan Gady, “South China Sea Verdict: US Reactions”, *The Diplomat*, 13 de julio del 2016, <https://thediplomat.com/2016/07/south-china-sea-verdict-us-reactions/>, consultado el 13 de julio del 2016.

¹⁴⁶ Campbell, *op. cit.*, pp. 180-181.

Obama respaldó a Taiwán mediante la venta de armamento en dos ocasiones, la primera con valor de 6 mil millones de dólares, y la segunda, de 1.83 mil millones.¹⁴⁷ Estas ventas no hicieron sino enfurecer a China, quien las percibió como una afronta a su soberanía sobre la isla, pero sirvieron a Estados Unidos para reiterar su apoyo a sus aliados, sus intereses y la región.

Los casos antes presentados muestran que Estados Unidos está dispuesto a cooperar con los países del Este de Asia en aras de proteger sus intereses estratégicos. El respaldo de la administración Obama a Japón respecto de los islotes Senkaku/Diaoyu no sólo genera certidumbre sobre el actuar estadounidense en la región, sino que estrecha los vínculos entre las dos naciones. Asimismo, la venta de armas a Taiwán demuestra el compromiso de Washington con su aliado, a pesar de mantener la posición acordada en el comunicado de Shanghái, y limita las acciones que Beijing pudiera tomar contra el gobierno en Taipéi.

Las acciones del gobierno de Obama fueron más allá del Noreste de Asia. En el Mar del Sur de China, Estados Unidos ha estrechado vínculos con países que se ven afectados por el expansionismo que en años recientes ha acompañado al crecimiento de China. Uno de los Estados que se ha visto beneficiada por esto es Filipinas, quien vio su lucha por el respeto a su soberanía en el Mar del Sur de China respaldada por Washington a manera de patrullajes en el cuerpo de agua en disputa. Un socio un tanto menos esperado en la campaña estadounidense por garantizar la libertad de tránsito en la región fue Vietnam. La pequeña nación comunista y la Casa Blanca cooperaron de manera activa en la región con el objetivo de poner un alto a los reclamos de Beijing. Aunque la relación entre Washington y Hanoi había sido modesta, el gobierno de Obama se ha hecho valer de Vietnam, quien respondió con llamados a ampliar el aspecto militar de la

¹⁴⁷ Michael Forsythe, “China Protests Sale of U.S. Arms to Taiwan”, The New York Times, 17 de diciembre del 2015, <https://www.nytimes.com/2015/12/18/world/asia/taiwan-arms-sales-us-china.html?mtrref=www.google.com.mx&gwh=398D9ABFB819D8ED69984D025ACEBAB4&gwt=pay>, consultado el 3 de mayo de 2017.

relación.¹⁴⁸ Con India la relación fue un poco más difícil pues no quiso antagonizar a una potencia con la cual deberá cooperar si busca alcanzar el nivel de desarrollo que tanto anhela. Por otro lado, la voluntad de países como Indonesia, Tailandia, Malasia y Singapur de cooperar con Estados Unidos debería incentivar a Washington a buscar acuerdos que garanticen su interés compartido: la libertad de tránsito en el Mar del Sur de China. Será mediante la formación de coaliciones, la participación en foros como la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ANSEA), y la determinación a proteger sus intereses estratégicos que Estados Unidos logrará evitar el monopolio territorial que China desea ejercer sobre el mar que lleva su nombre.

Durante sus ocho años de gobierno, Obama mejoró la relación con países en el Este de Asia, y logró reposicionar a Estados Unidos como un actor influyente en la región. Su interacción con ellos no se limitó a procurar mejores relaciones políticas y diplomáticas, sino que buscó aprovechar el dinamismo económico y usarlo a su favor. Inmerso en una crisis económica severa, Estados Unidos apostó por un incremento en el intercambio comercial, para salir del bache en que había caído. Esta lógica es uno de los motivos por los cuales, durante su presidencia, Obama insistió en la necesidad de concretar un acuerdo multilateral con diversos países de la Cuenca del Pacífico. Otro motivo, y uno que recibió menos atención durante sus pronunciamientos, fue la necesidad de competir con China y disminuir la influencia que este país había adquirido en años recientes. El Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP) nació con dos objetivos en mente, los cuales atrajeron la atención de diversos países de la región, por las oportunidades de crecimiento económico y de acercamiento con Estados Unidos. La negociación del acuerdo estrechó los

¹⁴⁸ Reuters Staff, “U.S. Warships Make Landmark Visit to Strategic Vietnam Port”, Reuters, 4 de octubre de 2016, <https://www.reuters.com/article/us-usa-vietnam-navy/u-s-warships-make-landmark-visit-to-strategic-vietnam-port-idUSKCN1241D3>, consultado el 4 de octubre de 2016.

vínculos de Washington a diversos países de la cuenca del pacífico, al tiempo que excluía a China de lo que hubieses sido el acuerdo regional más grande del mundo.¹⁴⁹

La inclusión de países como Malasia, Vietnam, Brunei y Singapur en el TPP es muestra de la intención estadounidense de crear fuertes lazos comerciales con economías dinámicas en la región,¹⁵⁰ al tiempo que estrechaba sus vínculos diplomáticos con potenciales aliados en el Este de Asia. Vietnam, un antiguo rival de Washington, dio un viraje que a muchos podría marear, pues la pequeña nación comunista participó en las negociaciones del mayor bloque comercial, al tiempo que negoció la eliminación del bloqueo que le impedía adquirir armas del ejército estadounidense.

Bajo la bandera del libre comercio, Washington ha buscado apuntalar su posición en la región en aras de destacar lo importante que es para los estadounidenses que se mantengan abiertas, libres y seguras las rutas comerciales que abastecen a un gran número de las economías más grandes del mundo.¹⁵¹ Sumado a sus esfuerzos por recordar a los actores regionales de los intereses estratégicos de Estados Unidos en la región, la administración Obama hizo hincapié en la necesidad de mejorar la posición de Washington en materia económica. Al garantizar la apertura de los mercados regionales, los intereses económicos estadounidenses eliminaban la rigidez de los mercados asiáticos.¹⁵² Washington respondió a los vacíos que dejó la administración anterior, y buscó recuperar el tiempo perdido.

¹⁴⁹ Campbell, *op. cit.*, pp. 266-269.

¹⁵⁰ The World Bank, “GDP Growth (Annual %)/Malaysia/Brunei Darussalam/Vietnam/Singapore”, *The World Bank Data*, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=MY-BN-VN-SG>, consultado el 19 de noviembre de 2017.

¹⁵¹ Como destaca Campbell, Estados Unidos tiene un gran interés en la región, pues es fuente de materias primas y el Mar del Sur de China es una de las rutas comerciales más importantes. El propio autor sugiere que uno de los objetivos primordiales es la libre navegación, pues eso les reditúa económicamente. Campbell, *op. cit.*, pp. 134-136.

¹⁵² *Ibid.*, pp. 266-269.

REFLEXIÓN: DIFERENCIAS ENTRE LOS GOBIERNOS DE BUSH Y OBAMA

El cambio de gobierno en Estados Unidos siempre trae consigo siempre un cambio en la implementación de políticas y la ejecución de estas. Sin embargo, las diferencias entre Bush y Obama no se limitaron sólo a la implementación de políticas, sino a los objetivos mismos de cada administración. En lo que refiere al Este de Asia, uno y otro gobierno actuaron de manera distinta para resolver diversos conflictos que se presentaron, y ambos tomaron sus decisiones basados en lo que consideraron eran los intereses estadounidenses en la región.

La relación con Beijing fue claramente el problema que dominó la agenda de ambos presidentes, pero la manera de lidiar con dicho país varió ampliamente. Como la potencia emergente en el Este de Asia, China comenzó a ejercer mayor influencia entre sus vecinos, y su mercado se convirtió en uno de los bienes más codiciados.¹⁵³ Como ya se vio, la respuesta de la administración republicana fue una de acercamiento con la potencia regional, con la finalidad de mejorar relaciones diplomáticas tras el incidente de los aviones sobre el Mar del Sur de China y buscar su apoyo en la cruzada contra el terror.¹⁵⁴ Lejos de presentarse como un país que buscara plantarse de lleno y manifestar los intereses estadounidenses, Washington optó por una relación cordial, que favoreciera la agenda de la lucha contra el terrorismo. Al destinar todos los esfuerzos a combatir un enemigo tan abstracto la administración se vio forzada a buscar una cooperación más estrecha con su rival, lo cual la forzó a ser más permisiva con las acciones tomadas por Beijing

¹⁵³ The World Bank, “GDP (current US\$)/China”, *The World Bank Data*, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD?locations=CN>, consultado el 19 de noviembre de 2017. Para el balance comercial de China con economías de la región véase, Trade Map, “List of partners markets from Association of South-East Asian Nations (ASEAN) for products commercialized by China”, *International Trade Center*, 2005-2016, https://www.trademap.org/Country_SelProductCountry_TS.aspx?nvpm=1|156||24|TOTAL||2|1|1|3|2|1|2|1|1, consultado el 14 de junio de 2017.

¹⁵⁴ Mastanduno, art. cit., pp. 267-268; 271.

en la región. Esta postura se extendió al comportamiento que Washington mostró para con Chen Shuibian, a quien estuvo dispuesto a ignorar con tal de evitar fricciones con China.

Obama se distanció de las acciones de la administración anterior, pues adoptó una posición mucho más firme frente al gigante asiático. El Pivote a Asia mostró el compromiso con los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos, pues la administración reincorporó la importancia de los elementos estratégicos y comerciales, al tiempo que redujo la urgencia que había tenido durante los años de Bush el combate al terrorismo. Washington reorientó el porcentaje de la flota estadounidense de manera que el 60% estuviera destinado a tareas en el Este Asia, lo cual evidenció la relevancia que China adquirió en la agenda.¹⁵⁵ Sumado a eso, la administración Obama puso en marcha un plan para reestablecer su predominio económico, al negociar con países del pacífico el TPP para mostrar a Beijing que su poderío económico no desplazaría a Washington.¹⁵⁶

Hay claras diferencias entre las dos administraciones. En gran medida, la distinción más evidente es la agenda que uno y otro presidente priorizaron. La reacción de Bush ante los ataques del 11 de septiembre llevó a que el presidente concentrara los esfuerzos del gobierno estadounidense en el combate al terrorismo, acción que más tarde llevó a la invasión de Iraq y los intentos por democratizarlo. La presidencia de Barack H. Obama se esforzó en regresar a una agenda estadounidense que antepusiera sus intereses estratégicos y económicos a la guerra contra el terror. Esto no quiere que Washington dejó de perseguir a los actores que habían vulnerado su soberanía en 2001, pues fue bajo el gobierno de Obama que se eliminó a Osama Bin Laden. Sin embargo, el combate al terrorismo no ocupó el lugar de *sin equa non* que tuvo durante el gobierno de George Bush.

¹⁵⁵ Campbell, *op. cit.*, p. 15.

¹⁵⁶ *Ibid.*, pp. 266-269.

En el Este de Asia, Washington buscó un nuevo acercamiento con los Estados de la región, con la finalidad de promover los principios de libertad de tránsito, libre comercio y cooperación en instituciones. Aunque este nuevo acercamiento generó fricciones con Beijing, el éxito que tuvieron las negociaciones del TPP y la relación constructiva con países en el Este de Asia facilitaron la reincorporación de Estados Unidos como un actor comprometido con el desarrollo regional.

Las divergencias entre la implementación de política exterior de las dos administraciones no se limitaron al trato con China. La postura que tomaron ante el reto que planteó la proliferación nuclear varió entre los gobiernos de Bush y Obama, quienes emplearon tácticas distintas para hacer frente a las acciones de Corea del Norte. Los ocho años del presidente republicano comenzaron con el dialogo de los seis, foro que reunió a los Estados más interesados en detener la proliferación de armas nucleares en la península coreana. Es claro que las acciones de Pyongyang entorpecieron las negociaciones, pero sería simplista adjudicar la culpa a uno solo de los actores. Debido a los compromisos que había adquirido en el Medio Oriente, Washington cedió a Beijing el protagonismo de las negociaciones, con la finalidad de poder concentrar sus esfuerzos en el combate de dos frentes. Sumado a la falta de protagonismo estadounidense, China se contuvo en las acciones que pudo haber tomado para poner un alto al programa nuclear de su aliado. Lejos de ejercer una presión decisiva que doblegara al gobierno norcoreano, Beijing buscó presionar e intimidar a Pyongyang, sin por eso quebrar crear condiciones que imposibilitaran el funcionamiento del régimen. Es verdad, la retórica, provocaciones e incumplimiento de Kim Jong-Il son el punto de partida de lo que observamos hoy; sin embargo, ignorar la responsabilidad de Estados Unidos y China sería sobreestimar el poder y capacidades del gobierno norcoreano.¹⁵⁷

¹⁵⁷ Mastanduno, art. cit., p. 273.

Aunque el gobierno de Barack Obama llegó con la esperanza de entablar negociaciones en términos más cordiales, el panorama que heredó era poco prometedor. Kim Jong-Il falleció a los pocos años de la llegada de la nueva administración estadounidense, y fue reemplazado por su hijo, Kim Jong-Un, un joven ansioso por apuntalar su posición.¹⁵⁸

A diferencia de la administración de George W. Bush, Washington tomó un papel protagónico y fue contundente, pues recurrió a sanciones que aislaban en lo comercial al régimen en Pyongyang, en aras de forzarlo a negociar. A pesar de cambiar su papel en esta nueva campaña para lidiar con la proliferación nuclear en la península de Corea, la administración cometió un error similar a la anterior, a saber, el papel de que debía desempeñar China. Bush, enmarcó la discusión en el combate al terrorismo y se concentró en dicha agenda, al tiempo que delegó a Beijing la responsabilidad de limitar las ambiciones nucleares de su aliado. La administración republicana no se plantó de lleno frente al gobierno chino, a manera de exigir una rendición de cuentas en cuanto a los pasos tomados para detener el desarrollo de armas nucleares. Por su parte, el gobierno de Barack Obama destinó todos sus esfuerzos a sanciones que aislaron a un actor al punto en que este no tuvo nada más que perder. La lógica detrás de las acciones tomadas por Estados Unidos, durante la administración demócrata, eran las adecuadas, sin embargo, por restrictivas que fueron las medidas, no afectaron al principal socio comercial del régimen norcoreano. La respuesta yacía en sanciones a los actores que continuaran negociando con Pyongyang, y aun cuando es verdad que esas fueron las intenciones de la administración Obama, las compañías chinas que mantenían con vida al régimen no se vieron afectadas.¹⁵⁹

¹⁵⁸ Ian Jeffries, *op. cit.*, pp. 545-771.

¹⁵⁹ Estados Unidos impuso sanciones a todos los actores que comerciaron con Irán, lo cual terminó por afectar a compañías europeas. A pesar de que repercutiera en bancos e industrias de países aliados, Estados Unidos se mantuvo firme y logró que Irán se sentara a negociar.

El combate al terrorismo fue un claro parteaguas en la política exterior de Estados Unidos.¹⁶⁰ En su acercamiento con el Este de Asia, George W. Bush priorizó la relación con aquellos países que pudieran ofrecer herramientas para combatir al enemigo número de Estados Unidos.¹⁶¹ En sus acercamientos a los Estados más grandes de la región, la administración Bush se dedicó a promover la agenda de la Guerra contra el Terror, con la finalidad avanzar sus objetivos de erradicar a grupos que Washington considerara terroristas.¹⁶² Así, lejos de promover vínculos que mejoraran la relación política y económica de la región, con la finalidad de generar un balance de poder entre los actores del Este de Asia, Estados Unidos se acercó a los países dispuestos a adherirse a su agenda –si estos devolvían el gesto– sin pensar mucho en los problemas que se avecinaban.

A diferencia de su antecesor, Obama optó por estrechar relaciones con los países de la región, con miras a recuperar la posición estadounidense. Para esto buscó promover los intereses estratégicos y económicos de Washington, con la finalidad de remediar el error de concentrar esfuerzos en un combate interminable contra un enemigo indiscernible. Así, promovió una agenda que favoreció relaciones comerciales dentro de un poderoso bloque –a la cabeza del cual se encontraba Estados Unidos–, al tiempo que refrendó su apoyo militar a los aliados regionales.¹⁶³ La estrategia de estrechar vínculos comerciales, con la mirada fija en crear un bloque económico que se presentara como un reto a la monstruosidad del mercado chino, retrató a la perfección la persecución estadounidense de sus intereses económicos. Por su parte, el aumento de la presencia naval de Washington en el Este de Asia, acompañado de un recordatorio a sus aliados que el ejercicio de la fuerza siempre sería una opción para garantizar su soberanía, comunicó a quienes

¹⁶⁰ Hoge y Rose, art. cit., pp. xii-xiii, y Campbell, *op. cit.*, pp. 2-3.

¹⁶¹ La noción de “enemigo número uno” la tomo de los discursos de personajes como Reagan y Nixon que hacían uso de la frase “public enemy number one” para destacar aquel problema al que deseaban que la población prestara atención en un esfuerzo por erradicarlo.

¹⁶² Campbell, *op. cit.*, pp. 17-19, y Mandelbaum, art. cit., pp. 257-259.

¹⁶³ Campbell, *op. cit.*, pp. 136; 266-269; 205-230.

temían al expansionismo chino que los intereses estratégicos estadounidenses no lo permitirían. Mientras un presidente se ancló en el Medio Oriente, el otro buscó reposicionarse en el Este de Asia; mientras uno olvidaba el Pacífico, el otro lo reclamaba.

CONCLUSIÓN

El papel de Washington en el Este de Asia es siempre asociado a un constante intervencionismo y una presencia innecesaria y abrumadora. Es verdad que las acciones estadounidenses han llegado de la mano de represión e infamia, pero su ausencia ha generado sus propios episodios de terror. Ignorar que la salida de Estados Unidos ha dado lugar a conflictos es suponer que es él la raíz de todos los problemas del Este de Asia, lo cual no explicaría en absoluto los sucesos de las décadas de 1930 y 1940.

A lo largo del siglo XIX, el papel que tuvo Estados Unidos en la región creció de manera importante. La apertura de Japón mostró el interés de Washington por una región donde, años más tarde, contaría con una presencia permanente en Filipinas y promovería una campaña por proteger la política de Puertas Abiertas. Los sucesores de Woodrow Wilson no fueron tan entusiastas sobre los compromisos que podía adquirir Estados Unidos en el escenario mundial. Sin embargo, el poderío de Washington no podía ser ignorado, y una postura que buscara aislarse del mundo debía tomar en cuenta la posición que su país había adquirido entre las naciones. Así, la respuesta de los tres presidentes republicanos fue alejar a Estados Unidos de sus nuevas responsabilidades y cubrir su retirada con la construcción de un orden internacional que mitigara las posibilidades de que un evento similar se repitiera.

Debido a que la intención era desentenderse de los problemas entre los Estados, el orden que idearon los republicanos no requería de un diálogo constante, pues partían de la premisa que todos

respetarían las normas acordadas en conferencias como Versalles y Washington.¹⁶⁴ Así, los tres presidentes republicanos basaron su diseño en un orden legalista que ignoraba uno de los aspectos más importantes del cumplimiento de la ley: la sanción. Bajo la falsa premisa que la Gran Guerra había mostrado a los países los horrores que la industrialización había traído al campo de batalla, Harding, Coolidge y Hoover vieron en los acuerdos a los que llegaron con el resto de la comunidad una solución a los problemas de la humanidad.

Warren Harding llegó con el objetivo de limitar el involucramiento estadounidense fuera del continente americano. La postura que adoptó el presidente se vio reflejada en la Conferencia Naval de Washington y los tratados ahí acordados entre los países que participaron. Todos los acuerdos a los que se adhirió Estados Unidos carecían de un componente punitivo que hiciera frente al incumplimiento de los mismos, pues suponían que los signatarios respetarían los acuerdos bajo el entendido de que estos preservarían el orden. Sin embargo, lejos de ser un reflejo del compromiso estadounidense con la estabilidad regional, la actitud de Harding mostró el abandono de los intereses estratégicos y económicos de Washington en la región. La actitud del presidente republicano sentó las bases del lento pero indiscutible avance de las tropas japonesas en el continente, pues se percataron que la posición de Estados Unidos no contemplaba acciones contra quienes contravinieran los tratados. Así, la búsqueda por evitar un monopolio territorial de la región y garantizar la apertura de mercados comenzó a perder importancia en la agenda del partido republicano.

Las acciones de Harding encontraron eco en el comportamiento de su sucesor Calvin Coolidge. La agenda de Washington no cambió mucho con el cambio de presidente y así el papel que Estados Unidos desempeñaba en el Este de Asia se vio nuevamente reducido. Un resumen de

¹⁶⁴ Ferrell, *op. cit.*, pp. 22-25.

sus intenciones se puede encontrar en el Pacto Kellogg-Briand, el cual reunió a las naciones para acordar que la guerra constituyera una transgresión imperdonable del comportamiento entre Estados. La administración de Coolidge –marcada por intentos fallidos en Ginebra y su esperanzado experimento por hacer trasladar la guerra al terreno de la ilegalidad– no hizo sino corroborar las intenciones estadounidenses por deslindarse de la comunidad internacional, pues buscó sustituir un involucramiento constante con un andamiaje legal, el cual mostrara cierto interés sin generar un compromiso.

Cuando Herbert Hoover llegó a la presidencia no tenía idea de la crisis económica que se avecinaba y cómo esta marcaría el rumbo de la política exterior. Sin embargo, el aislacionismo que se asocia con su administración no puede atribuirse sólo a las políticas que él implementó, sin antes tomar en cuenta las acciones de sus antecesores. Limitado por la crisis económica de finales de la década de 1920, Hoover se vio forzado a concentrar sus esfuerzos en lidiar con los problemas al interior del país. La poca importancia que dieron administraciones pasadas a los intereses estadounidenses en el Este de Asia, y el subsecuente distanciamiento de la región, se sumó a las limitantes que impuso la Gran Depresión.

A los problemas económicos que debió hacer frente la administración se sumaron las percepciones propias del individuo. Su gobierno continuó con la política exterior fallida de previas administraciones, y buscó hacer frente a la invasión japonesa de Manchuria sin antagonizar al agresor. Tras el incidente, el secretario de Estado Stimson sugirió al presidente responder a las acciones del Imperio japonés con sanciones, a manera de mostrar la indignación y determinación de Washington. Sin embargo, al haber él mismo sido secretario de comercio, consideró que las

acciones eran demasiado severas.¹⁶⁵ Hoover optó por una posición más sumisa, lo cual –años más tarde– daría lugar a la Guerra que años antes había buscado prevenir.

Ya en el siglo XXI, Bush cometió muchos de los errores de las administraciones republicanas de la década de 1920, aunque por condiciones muy distintas. Bajo la bandera de la democracia y el combate al terrorismo, el gobernador texano libró dos guerras en el Medio Oriente, lo cual ancló los recursos de Estados Unidos en Afganistán e Iraq. A pesar de roces con China al inicio de su administración, George W. Bush encontró en Beijing a un socio dispuesto de cooperar en el combate al terrorismo, pues el gigante asiático veía en la Guerra contra el Terror una excusa perfecta para lidiar con disidentes en su territorio. Así, Washington comenzó a exigir que sus aliados cooperaran en su lucha contra las organizaciones terroristas, lo cual provocó que la cercanía con los estadounidenses estuviera condicionada al apoyo que dieran a la cruzada del presidente. El combate al terrorismo, y la promoción de la democracia que a este acompañaban, se convirtieron en los nuevos pilares de la política exterior de Estados Unidos, al tiempo que reemplazaron la persecución de los intereses estratégicos y económicos de Washington en el Este de Asia.

Crisis económica, dos guerras y falta de credibilidad de Estados Unidos fueron los tres temas que Obama tuvo que tratar al llegar a la Casa Blanca. Los intereses estratégicos y económicos se posicionaron nuevamente en la agenda de política exterior. Lejos de relacionarse con el mundo en términos del combate al terror, la administración de Obama buscó estrechar lazos con los países del Este de Asia bajo la consigna de mejorar las relaciones comerciales para todos. De igual manera, refrendó su apoyo a los aliados en la región, y estrechó relaciones con países como Vietnam y Filipinas, en un esfuerzo por mitigar las ambiciones de Beijing en los mares en disputa.

¹⁶⁵ *A History of United States Foreign Policy*, pp. 581-582.

Las administraciones de la década de 1920 desconfiaban del papel activo que Washington desempeñaba en la comunidad internacional. La participación en conflictos innecesarios, en regiones que a los estadounidenses parecían lejanas, no hizo sino afianzar su determinación por garantizar que su país regresara a preocuparse por sí mismo. En su afán por deslindarse de sus responsabilidades, las administraciones reunieron a la comunidad internacional y negociaron tratados que acabarían con las actuar bélico e irresponsable; el derecho, pensaron, era la única manera de controlar el espíritu del hombre, y hará lo mismo con el Estado. La Conferencia Naval de Washington, la de Ginebra, la de Londres, el Pacto Kellogg-Briand, todos estos esfuerzos por limitar la guerra entre las naciones carecían de mecanismos que garantizaran sanciones para quienes incumplieran con sus responsabilidades. La posición de los tomadores de decisión fue una en la que el interés estratégico, con la finalidad de limitar un posible monopolio territorial, quedó marginado por falta de disposición a crear un orden que lo garantizara.

Aunque la administración Bush adoptó una posición similar en lo que refiere al abandono de los intereses estratégicos y económicos en el Este de Asia, sus acciones respondieron a la necesidad de concentrar recursos en aquello que la administración priorizaba, a saber, combatir el terrorismo. Esto llevó a un descuido de la relación con los países del Este de Asia, con tal de destinar recursos al Medio Oriente, pues librar dos guerras no fue tan fácil como imaginó el presidente.

El abandono de la región dio, en ambos casos, lugar a un vacío de poder que favoreció los esfuerzos japoneses (a principios del siglo XX) y chinos (a principios del siglo XXI) por alcanzar sus objetivos en el Este de Asia. Los cambios en los intereses de las administraciones favorecieron la inestabilidad en la región, lo cual benefició a todos aquellos que buscaban mejorar su posición, en estos casos Tokio y Beijing.

Aunque los gobiernos de las décadas de 1920 y 1930, y la administración Bush se hayan alejado de la región por razones distintas, las consecuencias de desatender los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos en el Este de Asia dio lugar a resultados similares. La ausencia de quien comanda la economía más grande del mundo favoreció los proyectos japonés y chino, los cuales veían en la presencia de potencias extra regionales una invasión de su espacio vital. Al retirarse, Estados Unidos se vio incapaz de prevenir que las aspiraciones de las potencias de la región se materializaran, y que ambas (en su respectivo momento) idearan una maniobra que ampliara su control del Este de Asia. Al tiempo que el interés estratégico estadounidense perdía ante las ganancias regionales de sus rivales, el monopolio comercial que estos ejercían al interior de sus mercados no hacía sino consolidar su posición.

En ambos casos, Estados Unidos confió en la buena disposición de las potencias del Este de Asia, bajo la premisa de que ambas cooperarían a apuntalar y preservar la estabilidad. Sin embargo, por encima de cooperar con el objetivo de crear una región que favoreciera el respeto a la integridad territorial de sus miembros, los Estados de la región buscaron expulsar a las potencias extranjeras, con la finalidad de consolidarse su posición. Así, tomaron las enseñanzas militares, comerciales y económicas traídas por las potencias europeas y la potencia americana, y la complementaron con sus propios objetivos expansionistas.

Los presidentes de la década de 1920 consideraron que el remedio a los problemas entre naciones eran los acuerdos de caballeros (a lo cual se reducían los tratados firmados). Ignoraron las acciones que había tomado el imperio insular en el Este de Asia y China, atrocidades que no se detuvieron hasta que las tensiones entre Japón y Estados Unidos llegaron a su punto de inflexión. Este mismo patrón se presentó en la primera década del siglo XXI. La administración de George W. Bush favoreció un sistema que no hizo sino delegar la responsabilidad de lidiar con las

tensiones en la península coreana a China, quien pocos intereses tiene en enemistarse con el régimen de Corea del Norte. Aunado a su renovada amistad con Washington, Beijing comenzó a proyectarse en la región, con miras a consolidar su postura y usar el Este de Asia para catapultarse como una potencia mundial.

Barack Obama llegó con la encomienda de mitigar el daño que heredó de la pasada administración. La reincorporación de los intereses estratégicos y económicos quedó plasmada en el pivote a Asia, la cual tuvo la encomienda de lidiar con las dificultades que dejó atrás el gobierno de George W. Bush. La ausencia estadounidense, y el abandono de sus intereses, no hace sino favorecer un vacío de poder que beneficia a aquellos países revisionistas. Como la administración Obama, la mejor apuesta para Washington es coordinar sus esfuerzos con actores regionales, con miras a crear un sistema que favorezca la apertura de mercados y la autodeterminación territorial. Si han de evitar un nuevo conflicto en la región, deberán hacer frente a los problemas que presente la nueva potencia, no alejarse de ellos.

CONCLUSIÓN

Que Estado Unidos forma parte de la historia del Este de Asia es innegable. Este trabajo relata los encuentros que la nueva república tuvo con el “Lejano Oriente” y la evolución de la misma a lo largo de los siglos. A pesar de ser indiscutible que Washington fue parte y ha forjado la historia de la región, es menos claro cuáles han sido los intereses que han impulsado su actuar en el Este de Asia. Diversos autores relatan un gran número de posibles respuestas, desde la importancia del comercio hasta la necesidad de evangelizar, sin por ello poder responder cuáles fueron los intereses de Estados Unidos en la región, y qué papel tuvieron estos en la formulación de política exterior desde el nacimiento de la república.

El objetivo del trabajo fue mostrar que los intereses de Estados Unidos no son tan ambiguos como podría parecer, y que estos trascienden a los gobiernos que los persiguen mediante su política exterior. Los intereses estadounidenses en el Este de Asia no han cambiado desde que la joven nación entró en contacto con la región, lo único que se ha modificado es su capacidad de defenderlos.

El actuar de Estados Unidos depende de sus intereses estratégico y económicos, pues son estos los que determinan su agenda en el Este de Asia. Es claro que no todas las acciones tomadas por los gobiernos estadounidenses pueden clasificarse como estratégicas o económicas, pues la promoción de la democracia y los derechos humanos no son, necesariamente, de esta índole. Sin embargo, estas acciones están supeditadas a sus intereses primordiales, y su implementación dependerá de cuánto contribuyan o perjudiquen la persecución de los mismos.

El desarrollo del texto estuvo orientado a ilustrar, mediante un recuento histórico, aquello que la introducción presentó de manera teórica. Los primeros dos capítulos de la tesis exponen momentos precisos que muestran la implementación de políticas que favorecían los intereses, estratégicos o económicos, de Estados Unidos en el Este de Asia. El tercer capítulo se distingue de los primeros por ofrecer al lector una comparación de dos momentos en que Washington modificó sus intereses –y por lo tanto su política exterior–, y cómo esto repercutió sobre su actuar en la región.

RECuento HISTÓRICO

Los capítulos del texto privilegiaron un recuento histórico lineal, con la intención de mostrar que los intereses de Washington eran constantes. El primer capítulo expuso el papel que Estados Unidos tuvo durante el siglo XIX y principios del XX en el Este de Asia, con la finalidad de mostrar que su presencia antecede a su victoria en la Segunda Guerra Mundial. Este mismo capítulo ofreció un breve resumen sobre los retos que enfrentó el Este de Asia en un período de descolonización y avance del comunismo. Es importante destacar estos dos eventos, lo que representaron para Washington y cómo decidió lidiar con ellos.

El reto más grande para Estados Unidos fue la reconstrucción de una región que se encontraba en una etapa de transición, lo que produjo fricciones entre los intereses estadounidenses y los de los países que veían en esa coyuntura el momento perfecto para reclamar su soberanía. Japón fue el objetivo más importante, pues era primordial para la tarea de reconstrucción regional. Washington concentró sus esfuerzos en reestructurar el sistema político, resucitar la industria y moldear la sociedad para que adoptara un modelo similar al estadounidense. En su afán por consolidar a Japón como un Estado capitalista con dotes democráticos, Estados Unidos permitió

que individuos que habían pertenecido al régimen militar formaran parte del gobierno, al tiempo que consintió la continuación empresas oligopólicas. Lejos de adherirse con firmeza a sus ideales de democracia y libre mercado, permitió la permanencia de ciertas estructuras del antiguo régimen en aras de asegurar un gobierno dispuesto a colaborar con el proyecto estadounidense.

Este mismo fenómeno se observó en Corea del Sur y Taiwán. En ambos casos Estados Unidos favoreció y defendió gobiernos capitalistas, tuvieran o no tendencias democráticas, pues garantizaba la apertura de mercados que proveían bienes y absorbían capital. En el caso de las dos excolonias japonesas, Estados Unidos garantizó su integridad territorial pero advirtió a ambas que no toleraría campañas que buscaran aumentar su territorio. Washington ignoró las violaciones de derechos humanos perpetradas por los gobiernos en Taipéi y en Seúl, siempre y cuando se adhirieran a la línea económica dictada por su mecenas militar.

El caso de Vietnam es emblemático y el más importante del primer capítulo. A diferencia de las colonias japonesas,¹ Indochina era parte de la esfera imperial francesa hasta la Segunda Guerra Mundial. La derrota de Tokio llegó acompañada de fuertes fricciones entre París y las fuerzas independentistas que reclamaban su soberanía; en el contexto de la Guerra Fría, Estados Unidos apoyó a Francia. Es relevante, pues es un caso icónico en lo que refiere a los problemas que enfrentó Washington cuando favoreció a Europa por encima de sus intereses en la región.

El desmantelamiento del imperio japonés y los movimientos de reivindicación nacional acapararon la atención de los tomadores de Washington durante el primer cuarto de siglo tras la victoria sobre Tokio. Sin embargo, las últimas décadas del siglo XX trajeron consigo retos distintos para los mandatarios estadounidenses, quienes concentraron su atención en los dos actores más importantes de la región, a saber, China y Japón. En el primer caso, Estados Unidos pasó de una

¹ Por 'colonias de Japón' me refiero a aquellas que adquirió previo a su expansión de 1936.

posición en que desconocía por completo la existencia de un gobierno legítimo en el territorio de China, a entablar relaciones amigables con el régimen de Mao e inclusive cooperar con él en sus esfuerzos por hacer frente a la Unión Soviética.

En un principio, las relaciones entre Washington y Beijing estuvieron claramente inmersas en un marco político, el cual dominó las discusiones entre los actores. La importancia de reconocer la legitimidad del régimen en Beijing y aceptar que la isla de Taiwán era parte indivisible del territorio chino dio lugar a fuertes discusiones y concesiones, las cuales dieron lugar a diversos comunicados, entre ellos el de Shanghái. Es indiscutible la importancia del componente político en la relación, lo cual queda de entredicho cuando se observa el uso que el uno y el otro dieron a la relación a manera de contrapeso a la hora de negociar con la Unión Soviética. Sin embargo, hacia finales del siglo XX, se dio una transición centrada en el aspecto económico de la relación, la cual precedió la caída de la Unión Soviética. Estados Unidos vio en China una manera de abrir un mercado que le había sido negado al capital que se había acumulado, el cual tendría salida una vez que pudiera hacer uso de la fuerza de la tierra y fuerza de trabajo que podría explotar.

Lo importante de rescatar de la relación entre Beijing y Washington en las últimas décadas del siglo XX es la importancia que los intereses estratégicos desempeñaron, y la transición de estos a intereses económicos. En estas acciones Estados Unidos evitó presionar a China en materia de Derechos Humanos y Democracia, pues consideraba que ese discurso entorpecía la persecución de sus intereses estratégicos y luego económicos. El presidente Carter evitó presionar a China en materia de Derechos Humanos, a pesar de ser uno de los temas que caracterizó su administración. Ronald Reagan, lejos de comportarse como el empedernido anticomunista y hacer frente a la “amenaza roja” sugirió que China no era verdaderamente comunista. Inclusive el joven William Clinton, quien criticó al gobierno de George H. W. Bush por su manejo del incidente en

Tiananmen, extendió a Beijing la condición de Nación Más Favorecida. La agenda de Washington no cambió con la llegada de una nueva administración; los intereses eran los mismos.

La relación con China mostró una transición –en las últimas décadas del siglo XX– de una enfocada en temas políticos a una que priorizó el aspecto comercial. La relación entre Washington y Tokio, por su parte, se vio dominada por las fricciones creadas por la agenda económica de Estados Unidos y su incompatibilidad con el modelo japonés. La llegada de Nixon a la Casa Blanca generó diversas tensiones entre los tomadores de decisión en Washington y Tokio, pues el presidente condicionó la devolución de Okinawa a demandas económicas que lastimaban a la industria textil japonesa. Este comportamiento no se limitó a la administración republicana, pues durante el gobierno de Carter se presionó a Tokio para equilibrar los términos de intercambio, pues se le consideraba un gorrón, el cual no hacía más que perjudicar al aliado que lo había ayudado durante su reconstrucción. El presidente Reagan, famoso por su retórica anticomunista, entabló relaciones cordiales con China, pero aplicó sanciones económicas a Japón, por considerar que su aliado asiático no respetaba las reglas de intercambio entre las dos naciones.

En resumidas cuentas, lo que podemos observar es que Estados Unidos no obvió la disparidad económica que la alianza con Japón representaba, en aras de preservar o favorecer la relación militar. Washington construyó su agenda con miras a mejorar sus intereses, sin importar si esto lo llevaba a fricciones con Japón o a relaciones más cordiales con China. La administración que estuviera en el poder, sin importar afiliación partidista, buscó que tanto sus intereses estratégicos, como los económicos se vieran satisfechos. Japón, a pesar de ser una democracia, no pudo evitar las sanciones de la administración Reagan; China, inclusive tras el incidente de Tiananmen, consiguió el estatus de Nación Más Favorecida.

Lo que podemos observar de los dos capítulos anteriores es una continuidad de la política exterior y la construcción de esta con base en los intereses de Estados Unidos, fueran estos estratégicos o económicos. Sin embargo, dos períodos concretos (las décadas de 1920 y 1930, y la administración de George W. Bush) se caracterizaron por dejar un vacío de poder que otros Estados buscaron llenar. Durante la hegemonía republicana de principios del siglo XX, el internacionalismo wilsoniano fue descartado a favor de una política exterior que buscara alejar a Estados Unidos del sistema internacional. El descontento con la intervención estadounidense en la Primera Guerra Mundial favoreció a la campaña del presidente Harding, quien comenzó una política aislacionista, la cual continuaría bajo las administraciones de Coolidge y Hoover. Lejos de proteger sus intereses estratégicos y económicos, estos presidentes modificaron la agenda de manera que cualquier problema allende los océanos no debía involucrar a las fuerzas armadas estadounidenses.

George W. Bush siguió un patrón similar. Tras lanzar severas críticas al presidente Clinton, por considerarlo demasiado intervencionista, el entonces candidato republicano sugirió que Estados Unidos debía seguir una política exterior menos proactiva. Lejos de esto, el presidente implementó una política exterior intervencionista tras los ataques del 11 de septiembre, la cual lo involucró en dos conflictos, uno en Afganistán y otro en Iraq. Al igual que sus símiles de las décadas de 1920 y 1930, el presidente republicano modificó la agenda estadounidense, de manera que el combate al terrorismo desplazó a los intereses estratégicos y económicos.

En el caso de las administraciones republicanas de principios del siglo XX, Japón hizo valer su oportunidad para reemplazar a Estados Unidos como la potencia regional, lo cual llevó a un desenlace desafortunado durante la segunda mitad del siglo. Por su parte, la administración Bush ha concentrado sus recursos en el Medio Oriente, lo cual ha limitado su capacidad de maniobra en

el Este de Asia. Esto ha beneficiado a China, quien –en años recientes– se ha visto favorecida por la ausencia de Washington y ha aprovechado su oportunidad para apuntalar su posición en la región.

Es importante entender los errores de las administraciones de las décadas de 1920 y 1930, y del gobierno de George W. Bush, para poder proponer soluciones a los problemas estadounidenses en el Este de Asia. Un análisis de la política exterior estadounidense y el papel que han desempeñado los intereses estratégicos y económicos en su formulación permite reconocer aquellos componentes que facilitan la posición que Estados Unidos tiene en la región.

LOS INTERESES ESTRATÉGICOS

Después de la victoria en el pacífico, las acciones emprendidas por Estados Unidos en su esfuerzo de reconstrucción regional evidenciaron la preocupación que el avance del comunismo representaba para los tomadores de decisión en Washington. La estrategia estadounidense en el Este de Asia se centró en evitar la expansión de una ideología que era antitética a los principios del capitalismo, y que amenazaba los intereses estadounidenses en la región.

La primera acción que se tomó, en aras de procurar dicho objetivo, fue la reforma del sistema político japonés. En primera instancia, los esfuerzos por reincorporar un sistema democrático apoyaron medidas que marginaron o limitaron la participación de quienes, en un pasado, habían favorecido al régimen militar en la isla. Sin embargo, bajo la amenaza del comunismo, el equipo estadounidense de transición comenzó a permitir la participación política de individuos que habían cooperado con el gobierno totalitario. Esta, la primera de muchas, mostró el interés de Washington en evitar que el comunismo influenciara la toma de decisiones en países o territorios de la región. Temían que dicha ideología entorpeciera su proyecto, por lo que la idea de defender la democracia

fue condicionada a la obtención de sus intereses estratégicos. Si los gobiernos defendían e implementaban las políticas de libre mercado que Estados Unidos abanderaba, Washington velaría por la supervivencia del régimen, y estos gozarían de los privilegios que la superpotencia podía ofrecer.

Años más tarde, la invasión norcoreana del sur de la península movilizó al ejército estadounidense, quien acudió al auxilio de su aliado. La caída del régimen surcoreano era inaceptable, pues la expansión del comunismo cortaba de tajo la entrada al capital que de Washington emanaba. Concentró sus esfuerzos en defender al régimen surcoreano, con lo cual logró consolidar un territorio, al sur del paralelo 38, mismo que la República de Corea reclama como suyo. Tras asegurar la supervivencia del régimen, al menos en términos militares, el gobierno estadounidense apuntaló la posición de diversos regímenes militares, los cuales triunfaron en defender la agenda capitalista de Washington. Siempre y cuando el desarrollo surcoreano se adhiriera al proyecto que abanderaba Estados Unidos, la Casa Blanca no prestaría atención a las acciones tomadas por Seúl para mantener el control político del territorio.

Taiwán se vio enormemente beneficiada por los acontecimientos en la península coreana. Pues al tiempo que recibió una garantía de protección del gobierno estadounidense, Washington extendió una línea de apoyo económico al régimen en Taipéi, el cual sería vital para su existencia. El crecimiento sostenido se convirtió en piedra angular de la supervivencia de Taiwán, pues a la menor muestra de inestabilidad o descontento, Beijing estaba dispuesta a tomar aquello que veía como suyo. En esa instancia, los intereses estratégicos fungieron como escudo para el régimen insular, pues Washington veía en la defensa de la isla un destino para su capital y una barrera contra la expansión del comunismo.

Estados Unidos no pudo emular en Vietnam del Sur lo que percibió como éxitos en Japón, Taiwán y Corea del Sur. A pesar de su compromiso con evitar la expansión del comunismo en el Este de Asia, el apoyo que brindó a Francia mostró que Estados Unidos estaba más comprometido con su aliado europeo que con sus intereses en la región. Sin embargo, el continuo gasto en una guerra que se había perdido años antes evidenció lo convencido que estaban los estadounidenses que la protección de Vietnam y la contención del comunismo iban de la mano con sus intereses estratégicos.

La pérdida de Indochina constituyó una derrota para la estrategia de contención del comunismo. Sin embargo, el objetivo estadounidense se había centrado ahora en separar a China de la Unión Soviética, mismo que serviría para eliminar lo que tomadores de decisión en Washington veían como un bloque monolítico que limitaba la participación de capital estadounidense en la región. Con los conflictos sino-soviéticos, Washington compensó sus pérdidas en el Sudeste Asiático, pues su acercamiento con Beijing representó una salida para la inversión que ya no podía explotar los bienes que Vietnam ofrecía. A pesar del triunfo del comunismo en Indochina, la fractura de sus dos representantes más icónicos presentó a Estados Unidos un desenlace favorable.

En estos casos, ubicados a lo largo de la obra, el papel que Estados Unidos ha desempeñado se centra en el cumplimiento de objetivos, los cuales derivan de intereses estratégicos. No quiere decir que su actuar en dichos momentos dejó de lado los intereses económicos, pero estos casos ilustran de mejor manera la urgencia que representó para Estados Unidos evitar una posible expansión de control por parte de un Estado.

LOS INTERESES ECONÓMICOS

Ya desde su independencia, Estados Unidos veía el potencial económico del comercio con el Lejano Oriente. La creciente importancia de la región comenzó a generar la necesidad de consolidar una estrategia de intercambio, lo cual llevó a Washington a buscar más y mejores potenciales mercados. Así, la estrategia estadounidense en la región consistió en una de apertura, misma que eliminara los monopolios comerciales al interior de territorios o países, los cuales limitarían la capacidad de participación estadounidense. Una de las acciones que retrata esta meta se dio a mediados del siglo XIX, cuando el comodoro Perry forzó la apertura de Japón. Aunque el objetivo consistiera en asegurar puertos que reabastecieran navíos, el comercio con la isla creció de manera exponencial. Años más tarde, el secretario Hay comunicaría al resto de la comunidad europea en el Este de Asia que los puertos bajo control de naciones extranjeras debían permitir la entrada de bienes de todos los países, a manera de respetar el principio de libre comercio.

Las últimas tres décadas del siglo XX mostraron las acciones que estaría dispuesto a tomar Estados Unidos en sus esfuerzos garantizar apertura comercial, y evitar la competencia desleal que trae consigo un monopolio comercial. El caso de Japón, en las décadas de 1960, 1970 y 1980, mostró que Washington no toleraría que Tokio aprovechara las ventajas de su mercado, pues la nación insular había limitado el acceso al capital estadounidense. El proteccionismo que denunciaba Estados Unidos tensó las relaciones, y las fricciones llegaron a tal punto que Washington amenazó a su aliado con la imposición de sanciones. Los estadounidenses podían tener fuertes vínculos con los japoneses, pero la importancia que daban a sus intereses económicos no debía ser subestimada (ni puesta a prueba).

La importancia comercial de la región no sólo creó fricciones entre Estados Unidos y sus aliados, también ayudó a limar asperezas con sus rivales. La administración de Bill Clinton llegó

con un discurso que abanderaba la causa de los Derechos Humanos y la Democracia, por lo que chocó de inmediato con el régimen en Beijing. El joven presidente estadounidense amenazó con privar a China de su estatus de Nación Más Favorecida, a menos que esta cambiara su actuar respecto a los dos principios antes mencionados. Los tomadores de decisión en Beijing, a sabiendas de la importancia que el comercio representaba para Estados Unidos, cabildeó con ciertas industrias, lo cual forzó la mano Clinton, quien refrendó la condición de China. A pesar de incluir cláusulas que vigilarían el progreso de los Derechos Humanos y la Democracia, Estados Unidos antepuso sus intereses económicos a los valores que decía abanderar. No primó el interés estratégico, ni los ideales que dice promover, pues limitar la participación del capital estadounidense en un mercado creciente era demasiado costoso, y ante eso, Washington optó por proteger el aspecto económico de la relación.

LA AUSENCIA

Los análisis sobre la participación estadounidenses en el Este de Asia abundan, sin embargo, los períodos de ausencia y las consecuencias de dicho retraimiento requieren mayor atención. Dichos lapsos aportan al estudio del papel que han desempeñado los intereses de Washington en la región, pues permiten detallar sus efectos en las interacciones entre Estados y en la formulación de su política exterior.

Queda claro que la ausencia de Washington nunca fue absoluta. Inclusive a principios del siglo XX la presencia continuó en sus colonias en el Este de Asia. Sin embargo, las acciones que garantizaban los intereses estratégicos y económicos se vieron significativamente reducidos, como lo mostraron las acciones de los presidentes estadounidenses en la década de 1920 y principios de 1930.

La administración de Warren Harding se caracterizó en discurso, y en obra, por comenzar a limitar el papel que desempeñaba Estados Unidos en el mundo. Para este presidente, las acciones de su antecesor habían forzado a Washington a involucrarse en conflictos que poco o nada reflejaban los deseos de su pueblo. Para poder hacer frente a los compromisos que ya había adquirido, optó por negociar con las potencias, en aras de conseguir una situación que facilitara a los estadounidenses deslindarse de sus recién adquiridas responsabilidades. En este tenor, la Conferencia de Washington vio firmados una serie de tratados que buscaban que los problemas entre las naciones se resolvieran entre ellas, a modo de acuerdos de caballeros. Aunque un gran logro fue conseguir la asistencia, debate y firma de dichas propuestas, la noción de acuerdos que serían respetados por mutuo acuerdo, sin órgano o herramienta que castigara al infractor fue el talón de Aquiles. Es claro que la necesidad de acciones concertadas motivó a la comunidad a avalar las decisiones tomadas en la capital estadounidense, pero la irresponsabilidad de no construir un órgano punitivo es imperdonable.

El verdadero interés de Estados Unidos yacía, no ya en garantizar la apertura comercial en países de Oriente y evitar un monopolio territorial, sino en asuntos al interior del país y en los costos que representaba preocuparse por el exterior. Así, un exceso de preocupación en lo que consideraban su esfera de influencia, los mantendría ocupados en su territorio y lo que constituía la extensión natural del mismo: el Caribe.

Calvin Coolidge adoptó la misma bandera que su antecesor y condujo la política exterior valiéndose del mismo guion. En un ingenuo intento por evitar los conflictos armados, participó en un tratado que pondría fin a toda guerra, sin darse cuenta de lo ridículo que era su iniciativa. Al igual que su antecesor, la falta de visión yace en la falta de una herramienta que vele por el cumplimiento de las normas, y haga por sancionar a quien las rompa. Este comportamiento se

extendió a diversas conferencias que buscaron reemplazar o mejorar lo que se había ya debatido en Washington, sin por esto haber corregido el problema de fondo.

Las actitudes de Coolidge son reflejo de un Estado que confió demasiado en las leyes, pues había construido su nación alrededor del concepto de la santidad de las mismas. Sin embargo, no reparó en el hecho de que su funcionamiento estaba basado en un aparato judicial con la capacidad de perseguir a quienes incumplieran, con el objetivo de sancionar a los infractores.

La tercera administración republicana no hizo sino repetir los errores pasados. Hoover, quizá mejor conocido por la presa y la Gran Depresión, veía con buenos ojos las acciones de sus dos antecesores, pues veía en la guerra una barrera contra los beneficios del comercio. Esta visión sagrada del intercambio comercial lo llevó a cometer uno de los errores más graves de su administración, pues cuando su secretario de Estado le propuso sanciones económicas contra Japón, este las rechazó. Él, quien había desempeñado el cargo de secretario de Comercio, veía a las sanciones como acciones que podrían conducir a un conflicto entre naciones; eran para él, una declaración de guerra.

El puritanismo del presidente, sumado a la Gran Depresión y el legado de sus antecesores, no hicieron sino prolongar lo inevitable. Ya para la década de 1930, Japón había adoptado una postura determinante con respecto a sus planes en China, y la ineptitud estadounidense se mostró cuando el esquema de acuerdos de caballeros se vino abajo.

La otra gran ausencia se dio ochenta años después de la primera. La concentración de fuerzas en el Medio Oriente limitó la atención y recursos que la súper potencia podía destinar a otras esferas. Así, el Este de Asia se vio marginada de la agenda de Washington, ya porque no representaba gran problema, ya porque las potencias regionales se sumaron al combate contra el terrorismo. La administración de George W. Bush adoptó una postura sumamente conciliadora

con la potencia que amenazaba sus intereses estratégicos y económicos. Los primeros, porque busca consolidar su monopolio sobre la región conocida como el Mar del Sur de China, lo cual limitaría su capacidad de transitar con libertad. Los segundos, porque las acciones adoptadas por China disminuían la participación del capital estadounidense en los mercados regionales.

La ausencia de Washington ha favorecido vacíos de poder. Estos han sido ocupados por quienes ven en el momento histórico una oportunidad para ocupar la posición que, consideran, les corresponde. Así, Estados Unidos, al descuidar sus intereses estratégicos y económicos, por cambios radicales a su agenda, ha descuidado la estabilidad regional. Estos cambios llegan de la mano de momentos muy puntuales, como lo fueron el desenlace de la Primera Guerra Mundial y los ataques del once de septiembre.

Las decisiones tomadas por los presidentes en la década de 1920, quienes veían en la participación en conflictos armados una responsabilidad innecesaria, descuidaron sus intereses en la región, lo cual facilitó el vacío que Japón llenó tan pronto tuvo la oportunidad. Este mismo desinterés, tras anclarse en dos guerras innecesarias, se vio repetido durante la administración del presidente Bush, quien descuidó las acciones de China en el Este de Asia.

La administración Obama ha buscado revertir el avance de la potencia asiática, de la mano de políticas que buscan aumentar la participación y acercamiento con naciones en el Este de Asia. No obstante, esto poco puede hacer para remediar las actitudes del presidente Donald Trump, quien ve con desprecio las acciones del primer presidente afroamericano. Si Estados Unidos ha de mejorar su posición en la región, habrá de reestablecer en su agenda los intereses estratégicos y económicos, o repetir los errores del pasado. Es verdad que la historia no se repite, pero parece que rima, y las decisiones del magnate neoyorquino, recuerdan a uno los pasajes más sombríos del involucramiento estadounidense en el Este de Asia.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahrari, Ehsan M., *The Great Powers versus the Hegemon*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2011.
- Allawi, Ali A., *The Occupation of Iraq. Winning the War, Losing the Peace*, Nuevo Haven, Yale University Press, 2007,
- Arendt, Hannah, *Imperialism*, Nueva York, 4ª reimpresión, Harcourt, Brace & World, 1968.
- Arrighi, Giovanni, y Beverly J. Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999.
- Ayoob, Mohammed, “Assessing the War on Terror”, en Mohammed Ayoob y Etga Ugur (editores), *Assessing the War on Terror*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 2013.
- Ayoob, Mohammed, y Etga Ugur (editores), *Assessing the War on Terror*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 2013.
- Barnhart, Michael A., “From Hershey Bars to Motor Cars; America’s Economic Policy Towards Japan, 1945-76”, en Arika Iriye y Robert A. Wampler, *Partnership. The United States and Japan 1951-2001*, Nueva York, Kodansha International, 2001.
- Battistini, Lawrence H., *The United States and Asia*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1955.
- Bernkopf Tucker, Nancy, *Strait Talk. United States-Taiwan Relations and the Crisis with China*, Massachusetts, Harvard University Press, 2009.
- Bernstein, Carl, y Bob Woodward, *All the President’s Men*, Nueva York, Simon and Schuster, 1974.
- Brogan, Denis W., *The Era of Franklin D. Roosevelt. A Chronicle of the New Deal and Global War*, Nuevo Haven, Yale University Press, 1951.

- Brook, Douglas A., y Cynthia L. King. "Civil Service Reform as National Security: The Homeland Security Act of 2002.", *Public Administration Review*, vol. 67, no. 3, 2007.
- Bush, Richard C., *At Cross Purposes. U.S.-Taiwan Relations Since 1942*, Nueva York, M.E. Sharp, 2004.
- Campbell, Kurt, *The Pivot. The Future of American Statecraft in Asia*, Nueva York, Twelve, 2016.
- Carr, E. H., *The Bolshevik Revolution. 1917-1923*, vol. 1, Nueva York, The MacMillan Company, 1951.
- Chen-main Wang, Peter, "A Bastion Created, A Regime Reformed, An Economy Reengineered, 1949-1970", en Murray A. Rubinstein (editor), *Taiwan. A New History*, Nueva York, M. E. Sharp, 1999.
- Clough, Ralph, "Taiwan under Nationalist Rule, 1949-1982", en MacFarquhar Roderick y John K. Fairbank (editores), *The Cambridge History of China*, vol. 15, Nueva York, Cambridge University Press, 1991.
- Cole, David, "The United States: Civil Society's Defence of the Rule of Law", en Mohammed Ayoob y Etga Ugur (editores), *Assessing the War on Terror*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 2013.
- Connelly, Marisela, *Historia de Taiwán*, México, El Colegio de México, 2014.
- Diem, Bui y David Chanoff, *In the Jaws of History*, Massachusetts, Houghton Mifflin Company, 1987.
- Dower, John W., *Embracing Defeat. Japan in the Wake of World War II*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1999.
- Dubay, Curtis, "The Bush Tax Cuts Explained: Where Are They Now?", *The Heritage Foundation*, Washington, 2013.

- Edmonds, Richard Louis y Steven M. Goldstein (editores), *Taiwan in the Twentieth Century: A Retrospective View*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- Elleman, Bruce A., *International Competition in China, 1899-1991. The Rise, fall, and restoration of the Open Door Policy*, Nueva York, Routledge, 2015
- Emmerson John K., y Harrison M. Holland, *The Eagle and the Rising Sun*, Massachusetts, Addison-Wesley Publishing Company, 1988.
- Eunadi, Mario, *The Roosevelt Revolution*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1959.
- Fair, C. Christine, “Pakistan: Perfidious Ally in the War on Terror”, en Mohammed Ayoob y Etga Ugur (editores), *Assessing the War on Terror*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 2013
- Fairbank, John K., “The Creation of the Treaty System”, en John K. Fairbank (editor), *The Cambridge History of China*, vol. 10, London, Cambridge University Press, 1978.
- Feeney, William R., “Strategic Implications”, en Gene T. Hsiao y Michael Witunski (editores), *Sino-American Normalization and its Policy Implications*, Nueva York, Praeger, 1983.
- Ferrell, Robert H., *American Diplomacy in the Great Depression. Hoover-Stimpson Foreign Policy, 1929-1933*, Nueva Haven, Yale University Press, 1957.
- Gilson, Ronald J., y Mark J. Roe. “Understanding the Japanese Keiretsu: Overlaps between Corporate Governance and Industrial Organization.” *The Yale Law Journal*, vol. 102, no. 4, 1993.
- Goldstein, Avery, “Power Transition, Institutions, and China’s Rise in East Asia: Theoretical Expectations and Evidence”, en G. John Ikenberry y Chung-in Moon (editores), *The United States and Northeast Asia. Debates, Issues, and New Order*, Maryland, Rowman and Littlefield Publishers, 2008.

Guthrie-Shimizu, Sayuri, "Japan, the United States, and the Cold War, 1945-1960", en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

Harvey, David, *The New Imperialism*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

Herring, George C., *America's Longest War: The United States and Vietnam, 1950-1975*, Nueva York, MacGraw Hill, 2ª edición, 1986.

----, *From Colony to Superpower. U.S. Foreign Relations since 1776*, Oxford, Oxford University Press, 2008.

Hicks, John D., *Republican Ascendancy, 1921-1933*, Nueva York, Harper & Brothers, 1960.

Horton, Emily, "The Legacy of the 2001 and 2003 'Bush' Tax Cuts", *Center on Budget and Policy Priorities*, Washington, 2017.

Hum Kim, Young, *American Frontier Activities in Asia. U.S.-Asian Relations in the Twentieth Century*, Chicago, Nelson-Hall, 1981.

Ikenberry, John G., "The Political Foundation of American Relations with East Asia", en John G. Ikenberry y Chung-in Moon, *The United States and Northeast Asia. Debates, Issues, and New Order*, Nueva York, Rowman and Little Field Publishers, 2008.

----, *Liberal Leviathan. The Origins, Crisis, and Transformation of the American World Order*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2011.

James F. Hoge, Jr. y Gideon Rose, "Introduction", en James F. Hoge, Jr. y Gideon Rose (editores), *How did this Happen?*, Nueva York, Public Affairs, 2001.

Jansen, Marius B., *The Making of Modern Japan*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.

Jaworski, Leon, *The Right and the Power. The Prosecution of Watergate*, Nueva York, Reader's Digest Press, 1976.

- Jeffries, Ian, *North Korea, 2009-2012. A guide to economic and political developments*, Nueva York, Routledge, 2013.
- Kennan, George F., *American Diplomacy. Expanded Edition*, Chicago, University of Chicago Press, 1984.
- Kennedy, Paul, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Nueva York, Random House, 1987.
- Keohane, Robert O., y Joseph S. Nye, *Power and Interdependence. World Politics in Transition*, Boston, Little Brown and Co., 1977.
- Khalidi, Rashid, *Sowing Crisis. The Cold War and American Dominance in the Middle East*, Boston, Beacon Press, 2009.
- Kissinger, Henry, *On China*, Nueva York, The Penguin Press, 2011.
- Lampton, David M., *Same Bed, Different Dreams. Managing U.S.-China Relations 1989-2000*, Berkeley, University of California Press, 2001.
- Leffler, Melvyn P., “The Emergence of and American Grand Strategy, 1945-1952”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- León Manríquez, José Luis, y Juan Felipe López Aymes, “Corea del Sur”, en José Luis León Manríquez (coord.), *Historia mínima de Corea*, México, El Colegio de México, 2009.
- Logevall, Frederik, “The Indochina wars and the Cold War, 1945-1975”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, vol. 2, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- MacMillan, Margaret, *Nixon and Mao: The Week that Changed the World*, Nueva York, Random House, 2008.

- Mandelbaum, Michael, "Diplomacy in Wartime. New Priorities and Alignments", en James F. Hoge, Jr. y Gideon Rose (editores), *How did this Happen?*, Nueva York, Public Affairs, 2001.
- Mann, James, *About Face. A History of America's Curious Relationship with China, From Nixon to Clinton*, New York, Vintage Books, 2000.
- Mastanduno, Michael, "Hegemonic Order, September 11, and the Consequences of the Bush Revolution", en G. John Ikenberry y Chung-in Moon (editores), *The United States and Northeast Asia. Debates, Issues, and New Order*, Maryland, Rowman and Littlefield Publishers, 2008.
- Matray, James I., *Japan's Emergence as a Global Power*, Connecticut, Greenwood Press, 2001.
- Mommsen, Wolfgang J., *La época del Imperialismo. Europa 1885-1918*, traducido por Genoveva y Antón Dieterich, vigesimotercera edición, vol. 28, México, Siglo XXI, 2004.
- Moon, Chung-in, "Managing the North Korean Nuclear Quagmire: Capability, Impacts, and Prospects", en G. John Ikenberry y Chung-in Moon (editores), *The United States and Northeast Asia. Debates, Issues, and New Order*, Maryland, Rowman and Littlefield Publishers, 2008.
- Paul, T.V., "Introduction: The Enduring Axioms of Balance of Power Theory and Their Contemporary Relevance", en T.V. Paul, James J. Wirtz, y Michel Fortmann, *Balance of Power. Theory and Practice in the 21st Century*, California, Stanford University Press, 2004.
- Peng-Er, Lam, "Japan-Taiwan Relations: Between Affinity and Reality." *Asian Affairs*, vol. 30, no. 4, 2004.

- Perrolle, Pierre M., “Long-Term Educational Exchange with China”, en Gene T. Hsiao y Michael Witunski (editores), *Sino-American Normalization and its Policy Implications*, Nueva York, Praeger, 1983.
- Pratt, Julius, *A History of United States Foreign Policy*, Nueva Jersey, Prentice-Hall Inc., 7ª edición, 1961.
- , *Expansionists of 1898. The acquisition of Hawaii and the Spanish Islands*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1936.
- Radchenko, Sergei, “The Sino-Soviet Split”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, Vol. 2, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- Ricklefs, Merle C., *A History of Modern Indonesia since c. 1300*, Stanford, Stanford University Press, 2ª edición, 1993.
- SarDesai, D.R., *Southeast Asia. Past & Present*, San Francisco, Westview Press, 3ª edición, 1994.
- Schaller, Michael, “Japan and the Cold War, 1960-1991”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, Vol. 2, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- , *The American Occupation of Japan. The Origins of the Cold War in Asia*, Nueva York, Oxford University Press, 1985.
- Schriftgiesser, Karl, *This was Normalcy. An Account of Party Politics During Twelve Republican Years: 1920-1932*, Boston, Little, Brown and Company, 1948.
- Service, Robert, *A History of Modern Russia. From Tsarism to the Twenty-First Century*, tercera edición, Massachusetts, Harvard University Press, 2009.

- Smith, Sheila A., “A Place Apart: Okinawa and Japan’s Postwar Peace”, en Arika Iriye y Robert A. Wampler, *Partnership. The United States and Japan 1951-2001*, Nueva York, Kodansha International, 2001.
- , “The Evolution of Military Cooperation in the U.S.-Japan Alliance”, en Michael J. Green y Patrick M. Cronin (editores), *The U.S.-Japan Alliance. Past, Present, and Future*, Nueva York, Council on Foreign Relations Press, 1999.
- Soon Sung, Cho “American Policy Toward Korean Unification, 1945-1980”, en Tae-Hwan Kwak, John Chay, Soon Sung Cho, Shannon McCune (editores), *U.S. – Korean Relations 1882-1982*, Seúl, Kyungman University Press, 1982.
- Soros, George, *The Crash of 2008 and What It Means. The New Paradigm for Financial Markets*, Filadelfia, Public Affairs, 2ª edición, 2009.
- Stone MacDonald, Donald, *U.S.-Korean Relations from Liberation to Self-Reliance. The Twenty-Year Record*, Oxford, Westview Press, 1992.
- Stone, Laura, “Whither Trade and Security? A Historical Perspective”, en Michael J. Green y Patrick M. Cronin (editores), *The U.S.-Japan Alliance. Past, Present, and Future*, Nueva York, Council on Foreign Relations Press, 1999.
- Stubblefield, Thomas, *9/11 and the Visual Culture of Disaster*, Indiana, Indiana University Press, 2015.
- Stueck, William, “The Korean War”, en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (editores), *The Cambridge History of The Cold War*, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- , *The Korean War. An International History*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1995.
- Tanner, Stephen, *Afghanistan. A Military History from Alexander the Great to the War Against the Taliban*, edición actualizada, Filadelfia, Da Capo, 2009.

- Taylor, Jean Gelman, *Indonesia. Peoples and Histories*, New Haven, Yale University Press, 2003.
- Tsou, Tang, *America's Failure in China 1941-1950*, Chicago, The University of Chicago Press, 1953.
- Turner, Frederick Jackson, *The Frontier in American History*, Nueva York, Henry Holt and Company, 1920.
- Tyler, Patrick, *A Great Wall. Six Presidents and China*, Nueva York, Century Foundation Book, 1999.
- Van Alstyne, Richard W., *The United States and East Asia*, Londres, Thames & Hudson LTD., 1973.
- Varoufakis, Yanis, *El Minotauro Global. Estados Unidos, Europa y el Futuro de la Economía Mundial*, trads. Carlos Valdés y Celia Recarey, Madrid, Capitán Swing, 2012.
- Wakeman, Frederic, "The Canton Trade and the Opium War", en John K. Fairbank (editor), *The Cambridge History of China*, vol. 10, London, Cambridge University Press, 1978.
- Walt, Stephen M., "The End of the American Era", *The National Interest*, no. 116, 2011.
- , *The Origins of Alliances*, Nueva York, Cornell University Press, 1987.
- Wardaya, Baskara T., "Diplomacy and cultural understanding: Learning from US policy toward Indonesia under Sukarno", *International Journal*, vol. 67, no. 4, 2012.
- Zeiler, Thomas W., "Business Is War in U.S.-Japanese Economic Relations, 1977-2001", en Arika Iriye y Robert A. Wampler, *Partnership. The United States and Japan 1951-2001*, Nueva York, Kodansha International, 2001.

Buckley, Chris, “China Boosts Defense Budget 11 Percent After U.S. ‘Pivot’”, Reuters, 3 de marzo del 2012, <https://www.reuters.com/article/us-china-defence/china-boosts-defense-budget-11-percent-after-u-s-pivot-idUSTRE82302O20120304>, consultado el 3 de marzo del 2012.

Cooper, Helene, “U.S. Approval of Taiwan Arms Sales Angers China”, The New York Times, 29 de enero del 2010, <http://www.nytimes.com/2010/01/30/world/asia/30arms.html?mtrref=undefined&mtrref=www.nytimes.com>, consultado el 17 de mayo de 2017.

Forsythe, Michael, “China Protests Sale of U.S. Arms to Taiwan”, The New York Times, 17 de diciembre del 2015, <https://www.nytimes.com/2015/12/18/world/asia/taiwan-arms-sales-us-china.html?mtrref=www.google.com.mx&gwh=398D9ABFB819D8ED69984D025ACEBAB4&gwt=pay>, consultado el 3 de mayo de 2017.

Gady, Franz-Stefan, “South China Sea Verdict: US Reactions”, The Diplomat, 13 de julio del 2016, <https://thediplomat.com/2016/07/south-china-sea-verdict-us-reactions/>, consultado el 13 de julio del 2016.

Graham, Bradley, “Taiwan’s Leader Cancels Stopover”, *The Washington Post*, 4 de mayo de 2006, <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2006/05/03/AR2006050302371.html>, consultado el 10 de abril del 2017.

Greenwald, Glenn, “What ‘Democracy’ Really Means in U.S. and New York Times Jargon: Latin America Edition”, *The Intercept*, 17 de octubre del 2014, <https://theintercept.com/2014/10/17/democracy-really-means-u-s-jargon-subservience-u-s/>, consultado el 12 de febrero del 2017.

O'Brien, Adam, "The U.S.-Indonesian Military Relationship", Council on Foreign Relations, 4 de octubre de 2005, <https://www.cfr.org/backgrounder/us-indonesian-military-relationship>, consultado el 17 de agosto de 2017.

O'Brien, Barbara, "The Dalai Lama and the President", *The Guardian*, 19 de febrero de 2010, <https://www.theguardian.com/commentisfree/belief/2010/feb/19/dalai-lama-obama-china>, consultado el 29 de julio de 2017.

Pillalamarri, Akhilesh, "The United States Just Closed Its Last Base in Central Asia", *The Diplomat*, 10 de junio del 2014, <http://thediplomat.com/2014/06/the-united-states-just-closed-its-last-base-in-central-asia/>, consultado el 3 de marzo del 2017.

Polgreen, Lydia, y Tim Weiner, "Haiti's President Forced Out; Marines Sent to Keep the Order", *The New York Times*, 29 de febrero del 2004, <http://www.nytimes.com/2004/02/29/international/americas/haitis-president-forced-out-marines-sent-to-keep.html>, consultado el 12 de febrero del 2017.

Pomfret, John, "U.S., Chinese Warplanes Collide Over S. China Sea", *The Washington Post*, 2 de abril de 2001, https://www.washingtonpost.com/archive/politics/2001/04/02/us-chinese-warplanes-collide-over-s-china-sea/d919325e-57e7-4da9-a0a324db368e8227/?utm_term=.97e572dda4e0, consultado el 15 de febrero del 2017.

Reuters Staff, "U.S. Warships Make Landmark Visit to Strategic Vietnam Port", Reuters, 4 de octubre de 2016, <https://www.reuters.com/article/us-usa-vietnam-navy/u-s-warships-make-landmark-visit-to-strategic-vietnam-port-idUSKCN1241D3>, consultado el 4 de octubre de 2016.

Schortzman, Douglas, “Staging Base for Afghan War Handed Over to Kyrgyzstan”, *The New York Times*, 3 de junio del 2014, <https://www.nytimes.com/topic/subject/manas-air-base-transit-center-at-manas-kyrgyzstan>, consultado el 3 de marzo del 2017.

Smith, Jeff, “Setting the Record Straight on US-India South China Sea Patrols”, *The Diplomat*, 8 de junio del 2016, <https://thediplomat.com/2016/06/setting-the-record-straight-on-us-india-south-china-sea-patrols/>, consultado el 17 de octubre del 2017.

Weiner, Tim, “200 U.S. Marines Land in Liberia to Aid African Force”, *The New York Times*, 15 de agosto del 2003, <http://www.nytimes.com/2003/08/15/world/200-us-marines-land-in-liberia-to-aid-african-force.html>, consultado el 12 de febrero del 2017.

BASES DE DATOS

The World Bank, “GDP (current US\$)/China”, *The World Bank Data*, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD?locations=CN>, consultado el 19 de noviembre de 2017.

-----, “GDP Growth (Annual %)/China/India”, *The World Bank Data*, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=CN-IN>, consultado el 17 de noviembre de 2017.

-----, “GDP Growth (Annual %)/Malaysia/Brunei Darussalam/Vietnam/Singapore”, *The World Bank Data*, <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=MY-BN-VN-SG>, consultado el 19 de noviembre de 2017.

-----, “GDP (Current %) Japan/East Asia”, *The World Bank Data*,
<https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD?contextual=region&locations=JP>, y

-----, “GDP (Current %) Japan/G7”, *The World Bank Data*,
<https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.CD?contextual=default&locations=JP-US-GB-DE-FR-IT-CA>, consultado el 11 de septiembre de 2017.

Trade Map, “Bilateral Trade Between China and Korea, Democratic People’s Republic of”,
International Trade Center, 2005-2016, https://www.trademap.org/Bilateral_TS.aspx?nvpm=1|408|156|TOTAL||2|1|2|3|2|1|1|1|1, consultado el 14 de junio de 2017.

-----, “Bilateral Trade between United States of America and China”, *International Trade Center*,
2005-2016, https://www.trademap.org/Bilateral_TS.aspx?nvpm=1|156|842|TOTAL||2|1|1|3|2|1|1|1|1, consultado el 14 de junio de 2017.

-----, “List of partners markets from Association of South-East Asian Nations (ASEAN) for
products commercialized by China”, *International Trade Center*, 2005-2016,
https://www.trademap.org/Country_SelProductCountry_TS.aspx?nvpm=1|156||24|TOTAL||2|1|1|3|2|1|2|1|1, consultado el 14 de junio de 2017.

DOCUMENTOS OFICIALES

Bush, George W., “Presidential Candidates Debate”, *C-SPAN*, 11 de octubre del 2000.

Congreso de Estados Unidos, *Authorization for Use of Military Force Against Iraq Resolution of 2002*, Ley Pública 107-243, 16 de octubre de 2002.

Corte Suprema de los Estados Unidos, *Goldwater v. Carter*, 444 U.S. (996), 1979.

Departamento de Estado, *Joint Communiqué of the United States of America and the People's Republic of China*, Shanghai, 1972.

-----, *Joint Communiqué on the Establishment of Diplomatic Relations between the United States of America and the People's Republic of China*, Beijing, 1979.

-----, *Limitation and Reduction of Naval Armament (London Naval Treaty)*, Londres, 1930.

-----, *Memorandum Taft-Katsura*, Washington, 1905.

-----, *Mutual Interests in China (Lansing-Ishii agreement)*, Washington, 1917.

-----, *Treaty between the United States and other Powers providing for the renunciation of war as an instrument of national policy*, París, 1928.

His Majesty's Stationery Office, *Conference on Limitation of Armament, Washington, 1921-1922, (Treaties, Resolutions, & c.)*, Londres, 1922.

Kennedy, John F., *Remarks of Senator John F. Kennedy at the Conference on Vietnam Luncheon in the Hotel Willard*, Washington, D.C., 1 de junio, 1956.

Roosevelt, Theodore, *Carta a Henry L. Sprague*, 26 de enero, 1900.

Tribunal Arbitrado Constituido Bajo el Anexo VII de la Convención de la Ley del Mar de las Naciones Unidas de 1982, *In the Matter of the South China Sea Arbitration*, PCA Case N° 2013-19, 12 de julio de 2016.

United States House of Representatives, "107th Congress (2001-2003)", *Congress Profiles*, <http://history.house.gov/Congressional-Overview/Profiles/107th/>, consultado el 15 de agosto de 2017.

-----, "67th Congress (1921-1923)", *Congress Profiles*, <http://history.house.gov/Congressional-Overview/Profiles/67th/>, consultado el 15 de agosto de 2017.

-----, "73rd Congress (1921-1923)", *Congress Profiles*, <http://history.house.gov/Congressional-Overview/Profiles/73rd/>, consultado el 15 de agosto de 2017.

United States Senate, *Biographical Directory of the United States Senate*, <http://bioguide.congress.gov/biosearch/biosearch1.asp>, consultado el 15 de agosto de 2017.

-----, *Biographical Directory of the United States Senate*, <http://bioguide.congress.gov/biosearch/biosearch1.asp>, consultado el 15 de agosto de 2017.

-----, *Biographical Directory of the United States Senate*, <http://bioguide.congress.gov/biosearch/biosearch1.asp>, consultado el 15 de agosto de 2017.